

Autor anónimo

**MEMORIAS DE
VICTORIANO
HUERTA**

ÍNDICE

**Primera edición cibernética, diciembre
del 2010**

Captura y diseño, Chantal López y Omar Cortés



[Haz click aquí](#), si deseas acceder al catálogo general de la **Biblioteca Virtual Antorcha**

MEMORIAS DE VICTORIANO HUERTA

Autor anónimo

ÍNDICE



[Presentación](#) de Chantal López y Omar Cortés.

MEMORIAS DE VICTORIANO HUERTA

CAPÍTULO PRIMERO

A mis hermanos.- Mi pasado.- La muerte de una época.- La salvación de Zapata.- La *División del Norte*.- Los militares políticos.- La corrupción del ejército.- Mi odio a Madero.- El fracaso de Díaz.- La sangre.- Mi compadre Joaquín.- El drama.- Ün sacrificio de 5,000 vidas.

CAPÍTULO SEGUNDO

Mis cómplices.- ¡Viva la República! - Papeles mojados.- Uha entrevista.- Mi *amigo* Gustavo.- Malos matadores.- La renuncia.- La fe de Madero.- El *coco* de México.- El único problema.- La blusa y el saco.- Lá insurrección de Don Porfirio. - ¿Linchamiento? - La sabiduría de los políticos.- ¡Yo, Presidente! - Mis primeras 5,000 víctimas.- Mis *tanteadas*.- El padrino de la Revolución.- Unos niños.

CAPÍTULO TERCERO

Lo que soportó Félix.- La piedad del licenciado Reyes.- Cómo daba.- El gobierno militar.- La prostitución de las cruces.- Mis hombres.- Las ambiciones de Mondragón.- Uno que quería la presidencia.- Mis ministros.- El vértigo del poder.- Mis cantores.- Mis aliados.- La campaña.- La *matanza en detall*.- Sacrificios.- ¡El deber! - Joaquín, mi sobrino.- El general Rubio.- *Mueran los anti.huertistas*.- Mi enemigo Mr. Wilson.

CAPÍTULO CUARTO

Mis *diplomáticos* y Mr. Lind.- La desorientación de Wilson.- El populacho.- La orgía huertista.- Un diálogo.- El Ejército nuevo.- Mi *amigo* Rubio Navarrete.- De Chapultepec a *El Globo*.- La venta de los gobiernos.- La Cruz del 29º Regimiento.- Un beso a mi ahijada.- La familia real.- Charreteras y bandas.- El puente de la Tlaxpana.- Mi compadre Urrutia.- Propositiones desechadas.- Mi reyismo.- La disolución de las Cámaras.- Mi enemigo Mr. Wilson.- Yo, hombre de América.- El entusiasmo del pueblo.- A la guerra.- La labor revolucionaria.- El ultraje al suelo mexicano.- La lucha.- El heroico Veracruz.

CAPÍTULO QUINTO

Mr. Wilson triunfa.- El saqueo de la Tesorería.- Para los toros del Jaral ... - Rubio contra Mondragón.- Contraste.- Los volcadores.- Mi guardia.- ¿Volveré? - Los aristócratas huertistas.- Un resumen ministerial.- Maldades de tequila.- La leva.- Cómo saqué dinero.- ¡Dios nos bendiga!

Carátula de la edición cibernética de *Memorias de Victoriano Huerta* de autor anónimo

Presentación de Chantal Lóñez y Omar Cortés

CAPÍTULO PRIMERO

Biblioteca Virtual Antorcha

MEMORIAS DE VICTORIANO HUERTA

Autor anónimo

PRESENTACIÓN



La obra que ahora colocamos en los estantes de nuestra **Biblioteca Virtual Antorcha**, titulada **Memorias de Victoriano Huerta**, escrita por autor anónimo -y precisamos *autor anónimo*, porque no pudo ser redactada ni tampoco dictada por quien en vida distinguióse por ser sanguinario dictador poco afecto a las letras.

Podemos suponer que el autor de estas supuestas **Memorias** quizá hízolo buscando ganancia económica o bien por *encargo* de algún político o grupo político con el fin de *sacar a la pasarela* a algún enemigo partidario y ponerle un *quemón* de aquellos.

En fin, haya sido cual haya sido la razón que movio al autor anónimo para escribir esta obra, la misma guarda cierta coherencia y lógica en el relato que la vuelve atractiva como elemento de segunda mano para comprender el corto pero tormentoso periodo presidencial del dictador más aberrante que haya tenido México: el general Victoriano Huerta.

Chantal López y Omar Cortés

Indice de la edición cibernética de **Memorias de Victoriano Huerta** de autor anónimo

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO SEGUNDO

Biblioteca Virtual Antorcha

MEMORIAS DE VICTORIANO HUERTA

Autor anónimo

CAPÍTULO PRIMERO

Sumario

Hermanos míos.- Mi pasado.- La muerte de una época.- La salvación de Zapata.- La *División del Norte*.- Los militares políticos.- La corrupción del ejército.- Mi odio a Madero.- El fracaso de Díaz.- La sangre.- Mi compadre y Joaquín.- El drama.- Un sacrificio de 5000 vidas.

Hermanos míos:

Es necesario que yo escriba estas líneas para que los mexicanos y el mundo entero me conozcan íntimamente, tal cual fui durante mi gobierno.

Yo sé que nunca me comprendieron los que me rodeaban; la divergencia de opiniones sobre mi personalidad ha sido tan grande desde el año de 1910 hasta la fecha, que no creo que haya dos hombres que tengan la misma opinión de mí.

Para unos soy *un hombre extraordinario*, definición que no dice nada y que por la misma causa fue la más empleada para calificarme. (Lozano, mi Ministro, la inventó). Para otros soy *un bandido inteligente*; para algunos un genio; para muchos un borracho tan sólo ..., pero, cuando alguien ha contestado sinceramente lo que a su juicio le parezco, vacilara si se le objeta en lo más mínimo y no sabe decir con toda claridad el concepto que se ha formado de mí.

Los griegos (creo que así me decía el poeta García Naranjo), practicaban este precepto: *conócese a ti mismo*. Y bien, señores, yo no me conozco.

Yo me he preguntado muchas veces quién soy, y nunca he tenido una respuesta que me

satisfaga. La verdad, yo no sé quién soy.

Desde luego me creo un hombre fuera del nivel que alcanzaban los más grandes en mi época. Y a que los superara, si acaso los superé, pues yo sólo puedo asegurar que los dominé, se debieron a las circunstancias en que se desarrolló mi carácter.

Me explicaré: indio de raza pura, tengo las virtudes de los de mi estirpe y muy pocos de sus defectos. Soy -era más bien-, constante, enérgico, valiente, audaz. (No se tome a mal que me elogie, pues también voy a decir mis defectos y a hacer una confesión de todos mis errores, de los que me apresuro a decir que no me arrepiento). Algunos de mis defectos como hombre, eran cualidades como gobernante. El egoísmo y la desconfianza, especialmente.

Yo creo que un gobernante de México que no tenga en su alma estos defectos o cualidades (como se quiera llamarles), no triunfará nunca.

Yo era egoísta como Napoleón y desconfiado como una rata. Napoleón fue, a mi juicio, el hombre más egoísta de los hombres; sin cultivar su egoísmo como lo cultivó, no hubiera sido nunca el dueño de las tres cuartas partes de Europa. Y es bien sabido que ni a las mujeres amaba, por amarse a sí mismo.

Egoísmo es, pues, a mi juicio, una de las cualidades que requiere todo gobernante para prosperar. Don Porfirio mismo, al que me sentí arrastrado a imitar, no hizo por la educación del pueblo de México todo lo que hizo por el engrandecimiento material. Y es que en éste se amaba y se perpetuaba (grandes edificios, obras materiales, etc.), en tanto que en la educación del pueblo veía una obra que no se realizaría en el transcurso de su Gobierno ni en el de su sucesor, así se le supusiera a éste una vida tan prolongada como la del Caudillo.

Fui desconfiado como una rata, porque había necesitado matar y traicionar para mi prosperidad. Por esto temía infidencias y traiciones de cada uno de los hombres que me rodeaban.

Pero es inútil que quiera mostrar mis virtudes y mis taras morales como se describe un objeto. Mi alma es de las más complicadas y de las más sencillas. Voy a tratar de mostrarla en la narración de los principales hechos ocurridos durante mi gobierno: voy a confesar todos los sentimientos que me movieron a consumir buenas y malas acciones.

Sin duda que al mismo tiempo que yo me exhibo tal cual soy ante el mundo, algunos amigos míos van a quedar vindicados y sobre otros voy a atraer el odio de mis coterráneos. No importa. Estos apuntes están fundados en la verdad y servirán para que se laven culpas y se me juzgue ante la Historia.

Yo escribo en el destierro, alejado de las pasiones que se agitan todavía en mi país, sereno como siempre, libre de que los odios que desperté, me hieran en lo más mínimo.

Mi pasado

Mis biógrafos han hablado mucho de mi niñez, de mi vida de colegio, de mis estudios de ingeniería. Hasta ha habido algunos que han asegurado en letras de molde que soy una notabilidad como astrónomo ...

Recuerdo bien que cuando era Presidente se me elogió en muchas ocasiones por mis *profundos estudios en ciencias y artes*.

También se relataban en letras de molde, anécdotas sobre mi vida de soldado, y hurgando de modo servil los que me adulaban, encontraron en mi pasado hazañas gloriosas y trabajos que me harían inmortal entre los hombres de ciencia ...

La verdad es que cuando me presenté a Don Porfirio para ponerme a sus órdenes contra la revolución de 1910, yo no tenía pasado.

Sí recuerdo que hice una campaña en Yucatán, como tantos otros; que hice práctica de topografía, como tantos otros y que quebré, en una forma poco airosa, como tantos otros ...

Esto de Monterrey es de alguna importancia, porque se refiere a mis amistades políticas, pero me disgusta el recordarlo y por eso no voy a insistir en ello. Sí diré, y sólo de paso, que el general Reyes, mi protector de entonces, quedó algo disgustado conmigo.

El asunto fue un contrato de pavimentación y se refirió la diferencia, causa de mi quiebra y de mi disgusto, a unos dieciocho mil pesos. Quedé medio deshonorado.

¡Más me costó la amistad del general Reyes! Por ella me tuvo siempre Don Porfirio gran desconfianza y sólo por ella se me postergó y relegó al más completo abandono.

Sin ninguna comisión y muy pobre, viví muchos años. Por humildes tabernas azoté mi vida en unión de aquel mi gran amigo, el tribuno don Diódoro Batalla; un muchacho Villagrán al que más tarde había de hacerlo diputado, y Chucho de León, un rancharo de Coahuila, muy parejote y buen amigo.

Fraternalmente mataba el tiempo con estos señores y algunos otros, pobres como yo y que como yo sentían la angustia de vivir en la intolerable atmósfera porfiriana. Amigo de los humildes, humilde yo, muchas veces sentí la necesidad de rebelarme, en distintas ocasiones tuve deseos de que cayera el viejo Don Porfirio para que los postergados prosperáramos. Ya he dicho que fui reyista.

Pero la oportunidad no se presentó hasta que don Francisco I. Madero se lanzó a la lucha en las postrimerías del año de 1910.

Tuve en aquellos días en que aparecieron las primeras partidas rebeldes en Chihuahua, la idea de que sería aniquilado el maderismo. No creía que se podría derrocar a Don Porfirio con una revolución. La verdad, yo hubiera preferido el golpe de Estado, que es la mejor forma de acabar con un régimen, por viejo y fuerte que sea.

También sufría el desaliento del que ha esperado largos años sin fruto alguno. Me ocurría lo que ocurría a la casi totalidad de los mexicanos: me había acostumbrado a sufrir la tiranía del pequeño grupo que rodeaba al Presidente de treinta años.

Sin duda que mi carácter de militar, me inclinaba también, en aquellos días, a sentirme partidario de Don Porfirio.

Recuerdo que al mismo Don Porfirio le dije un día:

- Señor Presidente: deme usted tres mil hombres y acabo con la revolución en el Sur.

Con gusto hubiera ido con mi columna a batir a los zapatistas y a los figueroistas, que en aquel entonces habían levantado a los Estados de Morelos y Guerrero.

No me dió el señor Presidente los elementos que le pedí y por eso la revolución llegó a ser temible en el Sur y hasta a arrojar a Don Porfirio de la Presidencia.

Cuando mi nombre empezó a pronunciarse por todos los mexicanos, fue cuando Don Porfirio me nombró jefe de la escolta de los trenes que lo llevarían a Veracruz para abandonar el Poder y su Patria.

La noche en que me habló Don Porfirio, todavía tenía yo la esperanza de que la Revolución no triunfaría. Recuerdo que al ver al viejo caudillo rodeado de sus familiares y de sus más íntimos amigos, me acerqué y le propuse limpiar la ciudad de manifestantes, cañoneando a las multitudes.

La muerte de una época

Carmelita fue la que primero se opuso. También Don Porfirio se mostró abatido, dispuesto a no oír. Le atormentaban los gritos de la multitud y un dolor de muelas ...

- *Todavía es tiempo, señor Presidente* -insistí.

- *Ya no, no es posible* -me respondió.

Yo no sentía rencor por el hombre que me había postergado. Por el contrario, era mi devoción para él, en aquel momento decisivo en que preparaba su fuga, más grande que nunca.

Fuera de la casa de la Calle de Cadena, la multitud rugía. Llegaban por entre las junturas de las ventanas, los gritos de las chusmas clamando por la democracia y la libertad, vitoreando a Madero y lanzando mueras al Presidente.

Cuando subió al tren Don Porfirio, yo sentí cierta emoción. Partimos y en el camino hubo un asalto por la gente que mandaba un cabecilla apellidado Caloca.

¡Recuerdo que cuando el tren detuvo su marcha y ordené a los zapadores que batieran al enemigo, Don Porfirio saltó del carro, dispuesto a combatir! Tenía en cada mano una pistola. ¡Y no temblaba!

Ya que recogimos unos cuatro mil pesos que llevaban en una mula los maderistas, nos dispusimos a la marcha. Yo dije a Don Porfirio:

- *Ordene usted, señor Presidente.*

- *Usted es el jefe del tren, compañero* -me contestó.

Era un militar mi general Díaz. Todavía debe ser un militar. Por eso yo sentí tanta atracción hacia él. ¡Ni en los momentos de peligro olvidaba su papel de militar, y no se olvidaba que me había dado una misión!

Cuando volví de Veracruz, durante el camino, solo en el tren, medité en este pensamiento que nunca se me había presentado tan claro aunque me obsesionó mucho tiempo: *yo seré Presidente de México.*

¿Por qué se me ocurrió tal cosa? ¿Qué proceso siguieron mis ideas hasta llegar a este pensamiento? ¿Mis emociones de ver y sentir, a un gran hombre destruído por una revolución a la que yo no le daba ninguna importancia, me hicieron ver como empresa fácil alcanzar el Poder?

¿Fue acaso la ambición que tal vez vivía en mí desde tanto tiempo lo que me hizo anhelar el primer puesto entre los mexicanos, en aquel momento que había caído el más grande de los obstáculos?

No lo sé; pero una hora después me había bebido una botella de coñac.

Cuando llegué a México comprendí que la situación de todos los oprimidos por don Porfirio Díaz había cambiado. Las cárceles se abrían para dar libertad a los reos políticos; hombres oscuros obtenían puestos públicos; se veía al señor De la Barra, Presidente de la República, con gran facilidad. Era otro México, del todo distinto, al que había yo dejado.

El México de Porfirio Díaz había muerto.

La salvación de Zapata

Yo fui un amigo íntimo del señor De la Barra. Cuando le di parte de mi comisión, me recibió con sonrisas y abrazos y por éstos y aquéllas, comprendí que mi situación iba a cambiar para siempre.

No se necesitaba mucho para captarse las simpatías del señor De la Barra. Era tan vacilante y su situación de Presidente Interino tan falsa, que procuraba hacerse de amigos a toda costa, y para ello los tomaba de los más próximos a él. Yo me puse cerca ...

Cuando me nombró para hacer la campaña contra Zapata, sentí tal alegría que pude disimularla con trabajo, no obstante que mi rostro es de indio y por tanto inmovible.

Sí, señores: la situación del Ejército en aquel momento era inmejorable.

La Revolución no lo había derrotado. Se conservaba íntegro con sus tradiciones, con su prestigio; formado por antiguos jefes y por una oficialidad joven e impetuosa, salida de los dos planteles militares que enorgullecían a Don Porfirio.

La Nación y hasta la Revolución, sentían un profundo respeto por el Ejército. Sólo ejemplos heroicos; sólo nobles y bizarras acciones era lo que la Institución tenía en su haber.

Si el señor De la Barra -pensé un día- no entrega el Poder a Madero (y no debe entregarlo, pues en México no se entrega el poder nunca), ¿qué sucederá?

Yo mismo me contestaba: *una gran parte de la Revolución se unirá a este Ejército para sostener al señor De la Barra, salvando a la República de una catástrofe. Y como a mí me estima el señor De la Barra y como la Revolución me ataca porque fui a dejar a Don Porfirio, yo seré Ministro de la Guerra.* Cuando pensé esto, también me tomé una botella de coñac.

Empezaba el señor Madero a defender a Zapata cuando yo, con mi columna, iba a batirlo a Morelos.

Permítaseme que abra un paréntesis para referirme a la prensa, pues mi opinión sobre ella servirá mucho a los que leen estas líneas, para formarse una idea de mí.

Yo temo a la prensa. Desde que conocí las campañas que se hicieron contra Don Porfirio y también el miedo que inspiraban al Caudillo los ataques impresos, sentí aversión para los periodistas.

Por los castigos enérgicos que siempre impuso Don Porfirio a los periodistas; por la tolerancia que siempre tuvo el mismo para los gobernantes que castigaban a aquéllos, hasta arrojándolos vivos a un horno, como lo hizo Cravioto en Pachuca; por todo esto, yo sentía aversión a los periodistas.

Instintivamente comprendía el poder que estos hombres tienen en sus manos; y también la educación política porfiriana nos decía que había que comprar o matar al periodista.

Pues bien: en la prensa pulsaba yo la opinión pública y veía que una y otra eran hostiles a Zapata.

Estaba convencido de qué Zapata era un guerrillero a quien con toda facilidad se podía destruir. Ni guerreros, ni con elementos y un pequeño Estado, los zapatistas podían ser aniquilados muy fácilmente.

Sin embargo, yo retardé la campaña, la captura de Zapata. Quería dejarle tiempo al señor De la Barra; quería que al fin se deshiciera la tempestad que iba formándose sobre la cabeza de aquel caudillo de la Revolución que empezaba a atacarme por la prensa.

Tuve en mis manos a Zapata; podía cortar el telégrafo y acabar con él, cumpliendo las órdenes que para ello tenía; eso es muy fácil para cualquier jefe de columna que quiere hacer lo que le han ordenado y lo que sabe que le van a impedir que ejecute.

Pero pensé que si mataba a Zapata, crecía mi prestigio de militar, pero terminaba mi encumbramiento, que se iniciaba tan bien, pues Madero no me perdonaría que yo acabara con la fuerza que quería conservar para batir a De la Barra en el caso de que éste no quisiera entregarle la Presidencia.

No esperaba ya nada de De la Barra: sus vacilaciones y su cobardía para tomar una resolución, me indicaban a las claras que estaba perdido irremisiblemente. ¡Había, pues, que trabajar para el nuevo Presidente! ¡Zapata se salvaría!

Cuando tomó posesión el señor Madero, me retiró inmediatamente, pues no era grato y se me atacó con rudeza en la **Nueva Era**, órgano de la Revolución. Se me llamaba *reyista* y se me hacían algunos cargos.

Fuí a dar mis explicaciones al señor Madero.

Creía el público que yo contestaría por la prensa; pero yo comprendí que entablar una polémica era la muerte.

Lo convencí. Mis protestas de lealtad se extendieron hasta don Gustavo Madero, al que fácilmente logré hacer mi amigo. Cenamos juntos con Sánchez Azcona, en Sylvain.

Menudearon mis visitas a Don Gustavo. Cada vez que podía le declaraba mi devoción por su hermano.

Vino por entonces el movimiento reyista. Comprendí que fracasarían, pues en esta ocasión como en otras vi con toda oportunidad lo que tendría que ocurrir al fin.

Es verdad que mi general Reyes era mi antiguo protector. Pero preferí seguir mis asuntos, pues me había costado muy cara su amistad. ¡Ni los diez y ocho mil pesos de la pavimentación me compensaban la pérdida de prosperidad de tantos años!

La División del Norte

Seguí siendo ardiente partidario de Don Gustavo y de don Francisco Madero.

No hice, pues, caso a las insinuaciones de algunos amigos.

Cuando el señor Madero me dijo que era yo el designado para reparar el revés que las fuerzas de Pascual Orozco habían causado al Ejército federal en Rellano, sólo le pedí una cosa: que me dejara escoger los elementos para hacer mi campaña.

He dicho que fui *reyista*; pero en verdad yo no me distinguí nunca por inoportuno. Mi general Reyes fracasó por esta falta de oportunidad. Es mía la frase que se pronunció mucho en México, a raíz de la muerte de mi antiguo jefe: *El general Reyes fue inoportuno hasta para morir.*

Yo no: con calma he esperado siempre que se desarrollen los acontecimientos que tienen que señalarme un momento oportuno.

En esto ha estribado una gran parte de mi fuerza: en saber esperar. *Si sufrí resignado todo lo que Don Porfirio me hizo durante tantos años, ¿por qué no iba a esperar un momento durante unos cuantos meses?* -pensaba yo entonces.

Y fue esto y sólo esto lo que me ha servido para triunfar.

Busqué elementos para ir a la campaña, dando mucha importancia a esta gestión cuando en realidad no me importaba llevar a cualquiera, pues en el caso de que no me sirviera un hombre, podía mandarlo a México o no darle ninguna misión.

Y puede decirse que desde el día en que quedé con el mando de la *División del Norte*, mi éxito político estaba asegurado.

Aproveché el momento del desastre para pedir elementos. Pedí cuanto quise; lo mejor del Ejército; los jefes más valientes y los oficiales más aptos quedaron a mis órdenes.

Marché a Torreón y lo hice con tal lentitud que quedaron sorprendidos mis subordinados y el señor Presidente. Yo caminaba despacio, porque sólo así se va al éxito. En el camino iba conociendo a mis subordinados.

Rábago, Priani, Rubio Navarrete ... Con aquellos tres hombres podía llegar a Chihuahua. Rábago era bravo, Priani también, Rubio era organizador y bravo.

El entusiasmo de la oficialidad que me acompañaba, levantó el espíritu de los que ya se creían vencidos.

Aproveché las cualidades de Rubio, en quien había descubierto, como ya he dicho, a un gran organizador. En poco tiempo nuestra división, la *División del Norte*, a la que he llamado y llamaré *el primer poder de la América*, marchó al encuentro de Pascual Orozco.

En el primer combate, en la falda de la Sierra de Banderas, Conejos, el empuje de nuestra columna iba a causar la derrota definitiva de los orozquistas; pero ...

Una derrota violenta significaba para mí escaso éxito. Se hubiera hablado de mi división, se me hubiera ascendido; pero nada más. ¡Y yo no quería un ascenso: yo iba a exigir por aquella campaña, el Ministerio de la Guerra!

Es tan antigua como el Ejército mexicano la táctica de prolongar las campañas. Las campañas producen prestigio y dinero. Mientras más larga es la campaña, es más productiva.

Y yo, siguiendo lecciones antiguas, prolongué la campaña.

El general Joaquín Téllez, inepto y caduco, fue el encargado de cargar sobre el enemigo, de destrozarlo. Naturalmente, el enemigo tuvo tiempo de embarcarse en sus trenes y huir.

El espíritu de mi columna creció entonces; con aquella victoria ya no era posible tener derrotas.

Siguió la marcha victoriosa.

Es verdad que yo bebía coñac todos los días y a todas horas. Pero podía hacerlo. Al cuidado de las tropas iban jefes competentes. Por esto cuando dimos la acción de Rellano, logramos el triunfo, no obstante que hubo un gran desorden.

No quiero tener la gloria para mí solamente. La artillería que mandaba Rubio, y el reconocimiento que hizo este joven jefe, fue todo. El es, con sus oficiales, con toda la división, quien triunfó en Rellano.

Los militares políticos

Pero si Rubio triunfó allí y Rábago obtuvo un triunfo de los más grandes en el combate de la Cruz, donde sin artillería venció a los orozquistas, el triunfo político era mío.

Político he dicho y no retiro la palabra. Política era la que estaba yo haciendo: política en favor de mi persona: atraía con las victorias, la atención de toda la República. La prensa empezaba a hablar de mí poniéndome en parangón con don Francisco Madero; se me señalaba como el salvador de éste.

Sobre el campo de operaciones yo me dedicaba a hacer amigos. Me adoraba la tropa; los jefes y los oficiales, todavía resentidos por el triunfo de la Revolución, volvían a mí los ojos, deseosos de que yo fuera el vengador del Ejército, como se atrevió a decirlo un jefe en un banquete que se

me ofreció.

Recibía felicitaciones de los políticos y cartas entusiásticas de militares que querían unirse a mi columna. En una palabra: progresaba en mi camino hacia la Presidencia.

El incidente de Villa, debido a una yegua, y otros pequeños choques con don Abraham González, gobernador de Chihuahua y uno de los más fervientes amigos de don Francisco Madero, hizo que se emprendiera una campaña en mi contra por Emilio Madero, que iba como coronel honorario en la división de mi mando y por el citado Don Abraham.

Uno de mis oficiales me dijo que Emilio Madero había presumido que yo no sería leal a su hermano. Era verdad esta acusación que se hacía al coronel Madero, de murmurar. Pero me callé y lo traté mejor.

Al llegar a Chihuahua, ya batido y aniquilado Orozco, los oficiales de la *División del Norte* no tenían empacho en declarar su hostilidad al Gobierno y su adhesión a mí. En banquetes, en cantinas, en casas particulares, gritaban los oficiales vivas a mi persona, y mueras al Presidente Madero.

Yo pensé que no era el momento oportuno.

Quise acallar las murmuraciones; pero no lo hice en forma que se ofendieran mis amigos los oficiales y jefes, a los que sin que ellos lo supieran, había convertido ya en *propagandistas políticos*.

Yo fui quien mezcló a los militares en política. Yo fui quien no reprimió las manifestaciones políticas de los soldados contra el Primer Magistrado de la Nación. Soy el autor -con ello- de la resurrección de los cuartelazos en México; el causante de la ruina de la institución que vió con repugnancia el complot de Tacubaya, porque en él estaban mezclados algunos oficiales, y que luego tomó parte en asonadas de toda especie.

Pero lo hice para servir mis planes políticos; no lo hice inconscientemente.

Cuando el señor Presidente me llamó a la capital de la República, me presenté acompañado del jefe militar que traía un prestigio ganado sólo con esfuerzos sanos, Rubio, y le protesté mi adhesión.

Un día que le llevé unas fotografías de un tiro de ráfaga, me encontré al gobernador de Coahuila, don Venustiano Carranza, que me saludó con frialdad. ¡Vi en este hombre a un enemigo: él también quería ser Presiderite y me había adivinado!

Muchos oficiales y jefes de mi columna me propusieron la rebelión. ¿Si la *División del Norte* había triunfado de la revolución oroquista; si habíamos derrotado a la fuerza armada más poderosa de cuantas hasta aquellas fechas se habían enfrentado con el Gobierno, si el Ejército estaba representado por mi columna, que era el único núcleo formidable, invencible, por qué, entonces, no nos rebelábamos contra el Presidente y lo derrocábamos de un solo golpe?

Ante todos, la empresa se reducía a volvernos hacia la capital de la República y tomarla en un combate en el que con toda facilidad y de antemano, llevábamos las más grandes ventajas. Así pensaban todos, menos yo.

La *División del Norte* tenía, entre sus componentes, algunos cuerpos de antiguos maderistas, revolucionarios algunos de prestigio. El mismo Emilio Madero formaba -como ya he dicho- parte de mi columna. Y por más que había hecho esfuerzos para atraerme aquella gente, no lo había conseguido. Emilio Madero era el defensor de los maderistas de mi columna. La gente de Villa estaba aún con nosotros. Abraham González trabajaba por don Francisco Madero con gran tenacidad.

También algunos jefes y oficiales de mi columna parecían conservar su independencia de criterio. El general Rábago, Trucy Aubert y Rubio Navarrete, no me hubieran seguido.

Por eso no me rebelé contra Madero cuando era jefe de la *División del Norte*.

Ya he dicho que el señor Presidente Madero me recibió muy bien a mi llegada a la capital. Don Gustavo también tuvo para mí grandes elogios y yo procuré hacerme agradable a este hombre, en el que siempre vi una fuerza política enorme en los asuntos de la administración maderista.

Pero si para Madero era yo un hombre leal, para su Gabinete era un traidor. La política que me había hecho don Abraham González daba sus frutos.

Inopinadamente, cuando yo menos lo esperaba, el señor Presidente me comunicó que cesaba en el mando de la *División del Norte*.

Estaba yo en México y era un día de mi santo cuando recibí la noticia de que todo aquello que yo había creado, aquel poder que llamaría con orgullo, repito, *el primero de la América*, se venía por tierra.

Medité fríamente. Bebí muchos días más de lo que acostumbraba y ... ¡esperé!

La corrupción del Ejército

Los políticos y los conspiradores de México ya me señalaban como el único hombre capaz de derrocar a Madero.

Había fracasado mi discípulo Félix Díaz en Veracruz. El desaliento de los que creyeron en Félix como en un salvador, era notorio. Sólo Ocón insistía, con mi buen amigo Rodolfo Reyes, en salvar la vida del prisionero de Ulúa.

Pascual Orozco había cruzado la frontera del Norte y sólo Marcelo Caraveo, su segundo, seguía combatiendo, con muy escasos elementos y sin poder resistir los ataques que las autoridades americanas hacían a la revolución, negándole la entrada de cartuchos y de armas.

Y bien, en aquella atmósfera de maderismo triunfante, yo respiraba ya el aire del triunfo.

Yo no creo en la opinión pública ni en el prestigio de los hombres. Para mí es igual utilizar a mi sobrino Joaquín Maass que al general Rábago. A la época de terrdr que desarrollaron mis ministros, nunca le di importancia como no se la daba a las medidas de conciliación.

Creo que para un gobernante es igual que los hombres que lo rodean, distribuyan oro o que asesinen.

Esto lo he comprobado en mi administración. Para mí, pues, todo es el éxito.

Una vez se lo dije a mi compadre Urrutia: *si yo tengo armas y hombres, yo triunfo y hasta lo feo se me quita, compadre.*

¡Por eso me importaba muy poco el prestigio de Madero ; yo seguía pendiente de los sucesos que se desarrollaban en el corazón del Ejército: allí estaba todo!

Como he dicho, yo mezclé en política a mis oficiales y esta labor, hecha por mí con toda conciencia, la hilo don Francisco Madero con toda inconsciencia. Y señores, un militar que hace política, cuando no es un Porfirio Díaz, está perdido, irremisiblemente perdido.

Imagináos un ejército que sigue a su jefe por simpatía que va más lejos que la que debe tener un subordinado para su superior: si el jefe le contraría, lo abandona en el acto.

Pero yo hice política hasta con los ascensos. ¡Yo ascendí tan rápidamente a mis oficiales, que en menos de tres meses me vi rodeado de napoleones! ¡Todos se creían con dotes de mando: todos se consideraban postergados por los superiores que Madero me había enviado en calidad de coroneles honorarios; y todos veían en mí al hombre que había de concederles el generalato que los librara de aquellos coroneles de petate!

La oficialidad que escapó a esta acción mía, fue tan sólo una reducida parte del gran núcleo militar que era a mis órdenes. Para ella tengo una frase de admiración.

El señor Presidente dijo en uno de sus discursos del Colegio Militar, a los alumnos del mismo:

El día que yo me aparte de la línea del deber; los autorizo para que vuelvan sus armas contra mí.

Yo no me comprendo, pero tampoco puedo comprender a Francisco Madero. ¡ Y eso que éramos tan diferentes! ...

La Tribuna, órgano que cooperaba a mi labor política por la asombrosa habilidad que desplegaba su director, el señor licenciado don Nemesio García Naranjo, enemigo de los más inteligentes de la Revolución, inició una campaña disolvente como ninguna, incitando al Ejército a rebelarse contra el Gobierno.

Era frecuente que García Naranjo y yo nos reuniéramos en la casa de mi compadre Urrutia para hablar de política. Allí se me incitaba a revolucionar contra el Presidente Madero. Discutíamos todas las posibilidades, pero yo siempre me mostraba reservado para dar mi opinión.

La campaña que en la Cámara de Diputados inició el llamado *triángulo parlamentario*, que estaba integrado por los licenciados José María Lozano, Francisco M. de Olaguibel y García Naranjo, crecía diariamente en interés por el licenciado Querido Moheno, que se había separado del grupo maderista y pugnaba contra él demostrando una gran actividad.

Así es que con mi oficialidad, que hacía ya labor sediciosa en varios puntos de la República, y con **La Tribuna**, que encarnaba las aspiraciones de los militares y decidía a éstos a la sublevación, ya veía muy próxima la oportunidad de asestar un golpe de muerte al maderismo.

Otra de las razones por qué no me sublevé en esos días contra Madero, no puedo explicarla lo suficiente para ser comprendido. Sin embargo, voy a tratar de hacerlo, pues para los que tengan

interés en conocer hasta lo más profundo de mi alma, es muy importante que les diga esto.

El alcohol ha neutralizado en mí la acción, sólo en parte. Dígase lo que se diga, el alcohol mata las energías y a muchos hombres los aniquila por completo. A mí no me produce un efecto tan decisivo, pues pocas veces he quedado en el estado de inconsciencia en que quedan los que beben mucho en pocas horas, pero sí en mi larga vida ha ido minando mis facultades. Débese a esto que se repitieran muchas torpezas durante mi Gobierno; también que ocurrieran en tantas ocasiones los mismos errores.

Yo dejé hacer muchas cosas porque no podía impedirlo más que por un momento; pero si la falta cometida por mis amigos se repetía, entonces les dejaba hacer lo que les viniera en gana, sin objetar nada, sin oponerme, sin mostrar enojo.

Por otra parte, yo siempre tuve fe en mi destino. No creo que pueda ocurrir nada que no esté previamente señalado por los hechos anteriores. Soy fatalista como todos los indios, y al mismo tiempo soy creyente.

Mi odio a Madero

Pues bien, para no rebelarme en tiempo inoportuno, concurrió, principalmente, mi falta de acción. El alcohol mataba mis anhelos de prosperidad, me obligaba a dejar pasar los acontecimientos sin que yo tuviera otra idea que ésta: yo aprovecharé el momento oportuno para derrocar a Madero.

Mi aversión por el señor Presidente y por su hermano, crecían en mi corazón en las largas horas de tedio que vivía en mi casita de la calle de la Colonia de San Rafael.

Pasaba el día bebiendo con mis amigos y oyendo las quejas de éstos, quejas muy amargas y que escondían esta sola intención: que me sublevara.

Mis ahorros como jefe de la *División del Norte* llegaban a treinta mil pesos. Construía con gran actividad unas casitas, realizando con ello uno de mis ensueños acariciados durante toda mi vida.

Los conspiradores contra don Francisco I. Madero empezaron a asediarme. Uno de mis oficiales - no diré su nombre nunca- me propuso la sublevación en una forma tan violenta y tonta, que tuve que decirle:

- *Si vuelve usted a proponerme tal cosa, lo mandó a Santiago. (Prisión militar).* Lo hubiera hecho, pues ya he dicho que a mí no me importaba nadie de los que me rodeaban: a nadie quería ni a nadie quiero. Además, ya don Francisco Madero estaba abrumado por las denuncias que se le hacían de mí. Todos veían en mi persona a un traidor, todos menos él.

Por fin ocurrió el Cuartelazo de Febrero, movimiento que se denominó impropriamente *felixista*, cuando no fue sino *reyista*, pues a él concurrieron todos los elementos reyistas.

Convencí a mis amigos de que yo no conspiraba y, sin embargo, alenté a todos a conspirar: hice creer, no en mi lealtad, sino en mi abstención, y Mondragón se lanzó a la aventura en que quedó envuelto mi discípulo Félix y muerto mi jefe, el señor general don Bernardo Reyes.

Antes me había propuesto Enrique Cepeda, capturar al Presidente.

El plan de mi compadre, porque Cepeda no sólo era mi amigo, sino también mi compadre, pues me había prestado servicios que yo correspondí llevando a una de sus hijitas a la pila bautismal, era tan sencillo como seguro; pero inútil para mí.

Se trataba de capturar al señor Presidente cuando pasara por el Paseo de la Reforma, cosa que hacía todas las mañanas, y llevarlo en un automóvil hasta Morelos, o fusilarlo.

Para mí la sola desaparición del señor Presidente, era inútil y hasta contraproducente: el grupo maderista hubiera seguido en el Poder. Para condensar: mi odio hubiera quedado satisfecho; pero ... ¡yo quería ser Presidente!

Deseché la proposición, en la que sólo se exponían Cepeda y uno de mis ayudantes.

Me habló Mondragón para conferenciar sobre la sublevación que se iniciaría con un cuartelazo en la capital. Mi general Reyes quedaría al frente del Gobierno y mi discípulo Félix en un Ministerio. Yo en el de Guerra. Yo exigía la Presidencia. El general Reyes, al saber mis aspiraciones, dijo:

Mándenlo a la ...

El fracaso de Díaz

No sé por qué llaman inteligente a Mondragón. Es activo, activísimo; pero no inteligente. ¡Proponerme que le diera todo mi prestigio militar, que era nacional, a mi general Reyes, que había fracasado, era desconocer mis ambiciones, era creerme un soldado vulgar, con aspiraciones a un Ministerio! A mí, que era todavía en espíritu y casi en realidad, el jefe de la *División del Norte*, el poder militar que a un llamado mío, aplastaría a cualquiera que se enfrentara.

Señores, el político que no conoce a los hombres, no es político ni es inteligente. ¡Y Mondragón necesitó que yo lo aniquilara para conocerme!

Varios oficiales me comunicaron que la sublevación de los reyistas y felixistas, iba a estallar dentro de una hora. Me dormí tranquilo y esperé.

Es muy difícil triunfar en las ciudades por un cuartelazo. Sí se obtienen rápidos triunfos, pero tan efímeros que no recuerdo en estos momentos sino fracasos para los que se han alzado contra el Gobierno en la capital de la República.

El mismo oficial que me comunicó detalles de la sublevación de algunos oficiales de la Escuela de Aspirantes, me despertó más tarde, en la mañana del 9 de febrero, y me dijo que se iba a poner en libertad a mi jefe el general Reyes.

Entonces cruzó por mi mente una idea: batir a los del cuartelazo y crecer ante los ojos del señor Presidente; obtener la Cartera de Guerra y así llegar por alguna combinación a la Presidencia de la República.

La desorganización de aquel grupo de oficiales y civiles que mandaba Mondragón, era tan notoria que con un escuadrón de rurales yo los hubiera pasado a cuchillo en media hora.

Pensaba en esto al salir a la calle, para conocer la verdadera situación, pues la idea general ya la

conocía muy bien, cuando me dijeron mis oficiales que mi jefe había sido muerto frente al Palacio Nacional.

Tomé un automóvil, para dirigirme a la Comandancia Militar.

¿Qué pensé en el camino? Las noticias que me habían dado, aseguraban un éxito a favor del Gobierno. Muerto el general Reyes y disuelto el núcleo de fuerzas que lo habían seguido en su aventura, era de suponerse que el cuartelazo había fracasado. De pronto me asaltó esta idea: mis enemigos pueden aprovecharse de mi situación actual y complicarme en el movimiento fracasado; pero si llego a tiempo de ayudar a la extinción de la asonada, entonces recupero el lugar de estimación en que me tienen los prohombres del Gobierno.

Saqué la cabeza fuera de la ventanilla para ordenar al chofer que apresurara la marcha del automóvil, y en aquel momento vi al Presidente Madero.

Yo no dudé nunca de que don Francisco Madero supiera enfrentarse ante una situación difícil; y aun más: lo creía inconsciente como a cualquiera de mis soldados que ignora la causa del combate. Pero ante el espectáculo que presentaban los alumnos del Colegio de Chapultepec; el arma al brazo, rodeando al Presidente que iba al lugar que le correspondía, sin saber con firmeza si iba a la muerte, yo que soy soldado, no pude admirar al señor Madero, pero sí lo consideré como un hombre difícil de ser derribado del Poder.

Salté del coche y me puse a sus órdenes. ¡Recibí algunas noticias inmediatamente y en el camino de la glorieta de Carlos IV a la fotografía Daguerre, menos de mil muertos, comprendí que se acercaba el fin del Gobierno maderista!

Media hora más tarde yo era nombrado *Comandante Militar de la Plaza de México*, es decir, era el jefe de las operaciones contra el grupo de sublevados.

La sangre

En ninguno de mis combates había visto tanta sangre como vi en la Plaza de la Constitución. Hago memoria de aquel cuadro, para dar amenidad a estos apuntes, pero no porque haya dado yo ninguna importancia a aquella hecatombe en la que sucumbió mucha gente, pero que la hicieron los soldados del Gobierno en cumplimiento de su deber.

Más de mil cadáveres yacían en los portales de la Plaza de Armas, en los jardines de la catedral, en las calles, en los prados del kiosco central.

Agrupados o diseminados, los muertos alfombraban algunos trechos, hacían imposible el paso.

Había cadáveres de niños papeleros; de damas de alta alcurnia, de barrenderos, de comerciantes, de mujeres, de niños de pecho ... Por todas partes se extendían las manchas de sangre que humeaba o hacía grandes y oscuros coágulos.

Los heridos se quejaban o lloraban; algunos se movían penosamente, otros se arrastraban dejando huellas rojas en el asfalto de la calle.

Y de pronto, dominando todos aquellos ayes y lamentos, la turba que anunciaba la proximidad del Presidente prorrumpió en un grito: ¡*Viva Madero!*

Dentro del Palacio yacían quinientos heridos y en los corredores y en las puertas de la Comandancia había tantos, que no se podía caminar.

El general Villar había cumplido con su deber. Muy enfermo de artritis, casi sin poder andar, Villar, no había desdeñado salir de su casa para dirigirse a la Comandancia en el Palacio Nacional. Redujo al orden a las fuerzas del 20° Batallón, que se hallaban comprometidas con los sublevados y batió al gran núcleo que se presentó en Palacio.

Para los militares, la conducta del general Villar fue digna de todo elogio. Pero los civiles, lo consideraron como un asesino. Villar es el tipo del militar que no hace política; enérgico y valiente, aunque ya esté muy viejo. Sus primeras declaraciones, cuando logró levantarse de la cama del Hospital Militar, donde estuvo a punto de sucumbir, las hizo públicas la prensa. Declaró que había ordenado se hiciera fuego sobre el general Reyes; que ya herido continuó organizando una guerrilla, hasta que me entregó el mando.

Ignoro por qué los de la Ciudadela no lo mataron cuando estaba en cama; me sorprende que la Revolución lo tenga sin su sueldo y abandonado.

La muerte del general Mariano Ruiz la ordenaron un grupo de civiles y el Ministro de la Guerra. Se consumó en el jardín del Palacio Nacional.

Era diputado, pero traía las armas en la mano. Este hecho me sirvió más tarde para no vacilar ante el escándalo de segar vidas amparadas por el fuero constitucional.

Mi compadre y Joaquín

Mi primera orden fue para que se echara agua en el Patio de Honor del Palacio.

Y mientras recibía a mis oficiales y a los paisanos que me daban noticias; y mientras el Gobierno se instalaba en los salones, yo pensaba si había llegado a mí ya el momento oportuno.

Todo consiste en esto -me decía a mí mismo- todo se gana, si yo no dejo esta oportunidad que me favorece mucho, pues, me pone una vez más ante la Nación, como el hombre del día. Si ya los sublevados habían fracasado (y si habían fracasado era sólo porque yo no estuve con ellos), lo que me convenía era demostrar lealtad ante el Gobierno. Pero ¿y si no habían fracasado?

Cepeda, mi compadre Cepeda, me sacó de las dudas y me marcó un camino, dándome los mejores datos sobre la situación de la pequeña columna de pronunciados.

Entonces vi qué el momento oportuno iba a pasar y decidí aprovecharlo.

En telegramas y en conversaciones, no se hablaba sino del general Huerta. *¿Con quién está Huerta?* -preguntaban del último rincón de la República.

Y cuando se les contestaba que del lado del Gobierno, aseguraban que *aquello de la Ciudadela era cuestión de un momento.*

Y, en tanto, yo esperaba.

Pero tenía noticias fidedignas de lo que ocurría. Se me escapaban las ideas de detalles y no encontraba la forma en que debía obrar de una manera enérgica y definitiva.

Esperé como siempre y me dispuse a desempeñar mi papel de la manera menos activa posible, para dar tiempo a que mis amigos me mostraran la verdad completa de los sucesos que se desarrollaban con una rapidez inesperada.

i algún militar lee estas memorias de su antiguo jefe, escuche este consejo que siempre les di y que hoy repito para grabarlo entre los de mi clase: los jefes de columna antes de entrar en acción deben hacer un reconocimiento personal, si es posible, de las posiciones del enemigo. Nunca hay que combatir si no se tienen buenos datos sobre el contrario. Esto da grandes ventajas sobre el enemigo y asegura el éxito final. Ya lo dice la táctica, pero yo le doy más importancia al reconocimiento que a cualquiera otra parte del combate.

Decía que mi compadre Cepeda me resolvió a tomar una actitud, porque él me dijo cuanto ocurría.

Personalmente había conferenciado con mi discípulo Félix y con Mondragón. Los dos jefes, encerrados en la Ciudadela con un puñado de soldados, me llamaban *su único jefe*, me reclamaban en nombre de viejas amistades. Una gran parte de la oficialidad de la muy reducida que estaba en la Ciudadela, rebelada, también me llamaba.

Comprendí la situación. Los sublevados estaban a mis órdenes, podía aniquilarlos en un momento; por otra parte, el señor Presidente estaba en mis manos, pero no podía tocarlo porque todas las fuerzas eran irregulares, es decir, maderistas.

Di tiempo suficiente a que los sublevados adquirieran alguna fuerza y a que se organizaran, pues era notoria su debilidad.

El señor Presidente se alistó para ir por refuerzos a Cuernavaca y en un arranque de locura él mismo salió de la capital de la República para llamar de Morelos al general Felipe Angeles.

En tanto yo vacilaba. Él pensamiento de que si los de la Ciudadela eran vencidos yo caería con ellos, me hizo contestar a Mondragón y a mi discípulo que esperaran, que no los atacarían, sino que me uniría a ellos más tarde.

Rápidamente el general Angeles, salvando todos los conductos, pero usando para ello el nombre del señor Presidente de la República, hizo una reconcentración de fuerzas. Con cierta habilidad, llamó a las irregulares, de preferencia; y a las mías las dejó donde se encontraban. Angeles desconfiaba de mí y tenía celos de la *División del Norte*.

El drama

Y empezó a desarrollarse el drama más sangriento en nuestra historia, señores; drama del que fui yo autor y cuyos secretos hoy paso al papel para darlos como testimonio a la verdad.

Mi compadre Cepeda me traía noticias del interior de la Ciudadela y llevaba las mías con una actividad y valor que elogio ampliamente.

Para no hacerse sospechoso, Cepeda cruzaba a la hora de los tiroteos y entre dos fuegos salía y entraba siempre con un gesto de desdén para la muerte. Cepeda, señores ... ya hablaré más tarde

de este hombre que me fue adicto como ninguno de los que me rodeaban.

Mi nombramiento de *Comandante General de la Plaza de México*, me permitía elegir la forma de combate sobre los pronunciados.

Ya he dicho que Madero no desconfiaba de mí; pero sus ministros sí. Especialmente García Peña, el Secretario de la Guerra y viejo camarada mío ¡comprendía que yo andaba conspirando!

Pero Madero me quería y se empeñaba en demostrarme su confianza.

Desde el momento en que fui *Comandante Militar de la Plaza*, Madero estaba perdido.

Olvidaba un detalle importante: lo primero que hice fue enviar a mi sobrino Joaquín (Maass) a comunicar a los sublevados que tomaran la ciudad a toda costa.

La gente del cuartelazo ya estaba dispersada; sólo Félix con unos ciento cincuenta hombres marchaba con rumbo incierto, dirigido por el mayor Trias, el más entusiasta de los comprometidos.

Recuerdo que Joaquín -llamaré así a mi sobrino, pues la costumbre me obliga a suprimir su apellido-, me contó la situación de los sublevados y más tarde me dijo cómo había comunicado *mi primera orden*, al general Mondragón y a Félix.

Llegó Joaquín a la plazuela donde se alzaba una columna con un reloj en la calle de Bucareli y allí dijo al general Mondragón que mi orden era atacar y tomar la Ciudadela.

Cuenta Joaquín que como Mondragón estaba a un lado de la bocacalle y del otro Félix, incitó al general a que pasara por entre los balazos, en la zona abatida como decimos nosotros; pero Mondragón temió cruzar la calle ...

Joaquín, que es hombre, pasó por el fuego y cumplió mi orden.

La Ciudadela cayó porque el general Dávila estaba en ella y porque el general Villarreal había sido herido de muerte en el ligero ataque que hicieron los sublevados. A Villarreal no se le ha señalado como valiente; pero lo era y también era un hombre de honor. Fue a la Ciudadela porque se sentía soldado; por entereza de alma.

Los sublevados tocaron dianas al entrar a la Ciudadela y estas dianas se oyeron a muchos kilómetros, pues antes de que transcurrieran dos horas, los doscientos hombres que entraron tenían más de mil amigos y adeptos a su lado.

Se organizó la defensa de la plaza y ya en la tarde supe que estaban dispuestos a hacer alguna resistencia. Yo no necesitaba más.

Empezaron mis arreglos con los jefes del cuartelazo.

Mi compadre Cepeda y mi sobrino Joaquín llevaron saludos y promesas mías a los que se habían entregado a mí en lo absoluto, pues bien sabían que podía despedazarlos en un momento.

El día 10, un día después del cuartelazo, ofrecí una cita personal a Félix en la dulcería de *El Globo*,

en la Avenida Principal de México. Fue Félix. Yo le envié a un amigo, me parece que a Guasque.

Después fue a cenar a la Ciudadela y a conferenciar con el Ministro de Estados Unidos en México, Mr. H. L. Wilson, que odiaba a Madero porque era revolucionario.

Allí iba con frecuencia Félix o bien el hijo de mi jefe, el licenciado Rodolfo Reyes.

Tuve en varias ocasiones que cañonear la Ciudadela, pues se les olvidaba a los que estaban dentro que yo era el alma y que su salvación estaba en mis manos.

Un sacrificio de 5,000 vidas

A todo esto las víctimas caían; primero por centenares, después a millares.

Con frecuencia me he preguntado a qué se debe mi indiferencia por la vida humana. Yo no siento nunca que la piedad conmueva mi corazón: ¿es éste de piedra? ¿el alcohol, que en tanta abundancia he ingerido, atacó mi entraña y aniquiló en ella la sensación? Yo no siento lo que he oído llamar *la voluptuosidad de matar*, no. La muerte de un ser humano produce en mi ser el mismo sentimiento que la caída de la hoja de un árbol.

Es por esto que para poder esperar el momento oportuno, del que tanto he hablado, dejara que la tragedia se desarrollara, aniquilando vidas humanas. Con frecuencia me daban parte de que una familia había sido muerta por un proyectil lanzado desde la Ciudadela, pues dieron los sublevados en tirar granadas a los cuatro rumbos, sin ton ni son; otras veces enviaba columnas a la muerte. Eran los rurales, los irregulares que tanto me habían obligado a esperar.

Como entraban por las calles, las ametralladoras los aniquilaban. ¡Hubo un cuerpo que entró a caballo al asalto de la posición enemiga!

Yo, con absoluta indiferencia para las víctimas, continuaba mis arreglos.

Hasta hoy me he puesto a pensar que para llegar al Poder sacrifiqué más de cinco mil vidas en sólo ocho días.

Pero eso no quiere decir que me arrepienta, señores: yo no me arrepiento nunca de lo que hago. No se arrepientan ustedes tampoco.

Por mi serenidad pude ocupar mi mente en preparar el golpe de muerte al señor Presidente.

Los arreglos duraron poco tiempo; pero yo no podía operar, porque las fuerzas que llegaron a la plaza eran irregulares. Las había de línea; pero el pésimo resultado del golpe de la Ciudadela; la seguridad que tenían todos los militares de que los sublevados que se hallaban encerrados en el corazón de la ciudad estaban perdidos, originaba que todos se fueran a la cargada, es decir, a favor de Madero.

Los mexicanos somos así, según dice Bulnes. *Nos vamos a la cargada ...*

En Palacio no se hablaba de otra cosa sino de acabar con la Ciudadela. Las granadas que habían arrojado desde aquel lugar hasta el en que se encontraba el señor Presidente, no causaban pánico: aumentaban las energías de aquel hombre incomprensible.

Indice de Memorias de Victoriano
Huerta de autor anónimo

Presentación de Chantal
López v Omar Cortés

CAPÍTULO
SEGUNDO

Biblioteca
Virtual
Antorcha

MEMORIAS DE VICTORIANO HUERTA

Autor anónimo

CAPÍTULO SEGUNDO

Sumario

Mis cómplices.- ¡Viva la República! - Papeles mojados. Una entrevista.- Mi *amigo* Gustavo.- Malos matadores.- La renuncia.- La fe de Madero.- El coco de México.- El único problema.- La blusa y el saco.- La resurrección de don Porfirio.- ¿Linchamientos? - La sabiduría de los políticos.- ¡Yo presidente! - Mis primeras 5000 víctimas.- Mis tanteadas.- El padrino de la Revolución.- Unos niños.

Mis cómplices

Me faltaba un apoyo moral, algo en qué fundar un movimiento armado contra don Francisco I. Madero. La posibilidad de la empresa que yo intentaba, era notoria: sólo faltaba dar una razón al mundo.

Me aproveché de las gestiones del Senado de la República. El Senado, como la Cámara de Diputados, no eran sino unas cuevas de conspiradores. La anarquía de ideas entre los señores que formaban el Congreso de la Unión, era total. Los grandes grupos de gobernistas estaban subdivididos en otros pequeños en que había pinistas, vazquistas, indecisos, gustavistas y antimaderistas ...

Pero la generalidad no era de hombres de acción: eran *catrines*, como les llamamos los militares a los civiles. Los que no se escondieron en sus casas; los que quisieron entrar en juego en aquellos momentos en que estaba disputándose un triunfo político que decidiría la caída de la Ciudadela, fueron los senadores.

De éstos, don Guillermo Obregón fue el más audaz y el más enconado en sus odios contra Madero; el más trabajador para demoler al maderismo fue el señor De la Barra. Este hombre es malo. Yo lo consideré así y quise utilizarlo, pues, señores, los servicios de los malos son mejores que los de los buenos ...

Ya es conocida la acción de los senadores. Yo insinué al señor De la Barra mis deseos de acabar con aquella situación, de salvar a la República a toda costa. Y él me comprendió.

Lo que más me ayudó fue el temor que abrigaban en mi país todos los gobernantes a una intervención armada de parte de los Estados Unidos. Y digo *abrigaban* porque firmemente creo que no se volverá a dar el caso de que se teman las invasiones. Yo he alejado para siempre tal temor del alma de los mexicanos.

El señor Embajador de los Estados Unidos hizo, pues, sus gestiones encaminadas a hacer creer al Gobierno que los Estados Unidos intervendrían en México si no cesaba la lucha en la capital. La especie se propaló en un momento de terror y todo el mundo la acogió no sólo como posible sino hasta como una medida salvadora. Ya es sabido que la capital de la República es una ciudad propicia a ser conmovida por todos los embaucadores. ¡Yo creo, señores, que de la ciudad de México ha de salir un Mesías!

Y bien, los señores senadores celebraron varias juntas; hicieron su papel admirablemente al mismo tiempo que en el ánimo de ellos se arraigaba la idea de que el triunfo de Félix era necesario para que cesara la lucha que tanto espanto sembraba.

El día 18 de febrero se celebró la junta a la que había yo citado a los senadores y acudieron estos señores ante el señor Presidente. Don Francisco Madero los trató con energía y no les concedió la renuncia que le pidieron, diciéndoles que estaba dispuesto a sucumbir antes que entregar el Poder a nadie que no fuera el sucesor que el pueblo le designara.

Sin duda que ya sus amigos le habían hecho dudar de mi actitud, pues me mandó llamar y me preguntó cuándo terminaría aquello.

Le contesté que en aquellos momentos iba a dar las órdenes del asalto definitivo y salí de la Presidencia temeroso de que me detuviera.

Para lograr mi último golpe sólo necesitaba de un jefe con mando de fuerzas que me ayudara. No me convenía utilizar a Delgado ni a Romero; éste había sospechado algo y el primero era maderista; y a Angeles no podía darle ni una orden, pues ya me había desobedecido y hasta intentó bombardear la Ciudadela, sin orden mía, desobedeciéndome.

Blanquet había llegado y confié en él para mi combinación final. Yo creí que al proponer al Jefe del 29° Regimiento que me ayudara, me respondería que sí con entusiasmo; pero grande fue mi sorpresa cuando este jefe se mostró reservado y poco amigo de la sublevación. Sin embargo, había sido uno de los militares más atacados por la Revolución. Los periódicos y hasta los políticos lo señalaban como un asesino enemigo del Gobierno.

¡Viva la República!

Lo convencí con algún esfuerzo, pero siempre supuse que él traía algo desde Toluca, pues retardó mucho su marcha a la capital.

Preparé mi combinación final para que todo se desarrollara a la misma hora y tan rápidamente que fuera una sorpresa de la que no se pudieran rehacer los enemigos.

Invité a Delgado y a don Gustavo Madero a comer en *Gambrinus*; ordené al teniente coronel Jiménez Riveroll que aprehendiera personalmente a don Francisco Madero y a su Gabinete; a mi compadre Cepeda de la misma comisión; y yo me fuí a la Estación de San Lázaro a detener al general Rivera, que venía con grandes refuerzos de Oaxaca.

El capitán Luis Fuentes de la *División del Norte*, quedaba encargado de capturar a don Gustavo, a quien dejé en *Gambrinus*.

Cuando llegué a la estación de San Lázaro, acababa de descender del tren el general Rivera. Inmediatamente lo cogí por un brazo y lo invité a que tomara una copa. Se rehusaba diciéndome que tenía forzosa necesidad de desembarcar sus soldados para ir a la lucha, pero yo lo arrastré hasta una cantina y allí nos dieron una pésima copa de mezcal.

Lo invité a que me acompañara en mi automóvil, llegamos a la Comandancia Militar y allí le dije: *hermano, eres mi prisionero. Soy el Comandante Militar.*

Lo dejé y salí de la Plaza de la Constitución.

En aquellos momentos me avisaron que don Gustavo Madero había caído en poder nuestro y que don Francisco Madero y el señor Pino Suárez, estaban encerrados en los salones de la Intendencia Militar.

Todo había ocurrido bien. Jiménez Riveroll se presentó ante don Francisco Madero y le pidió que lo acompañara. El ayudante Garmendia disparó su pistola sobre Riveroll y lo dejó muerto. También mataron al mayor Izquierdo, no sé si el mismo Garmendia.

A Cepeda sólo le dieron un balazo en la mano, pero en cambio, él mató a don Marcos Hernández, un hermano del señor Ministro de Fomento, don Rafael Hernández, a quien yo siempre guardé todo género de consideraciones.

Parece que la escolta que llevaba Enrique González, iba a terminar con todos los que estaban en el *Salón de Acuerdos*, pero oportunamente este joven jefe ordenó a sus soldados que cesaran el fuego.

Cuando don Francisco Madero bajó por el elevador para huir, lo capturó Blanquet, llevándolo al *Cuerpo de Guardia* de la Puerta de Honor.

A los demás los capturamos con facilidad. Don Gustavo había sido capturado sin que opusiera resistencia alguna.

Blanquet lloraba porque le habían matado a su oficial más querido, Jiménez Riveroll.

Yo no me explico como un hombre como Blanquet puede llorar sinceramente. Yo nunca he llorado, ni de mentiras, como lloraba Don Porfirio.

Todas mis simulaciones, todás mis emociones fingidas no han sido de lágrimas, porque tal vez mis pupilas no están hechas para llorar ... como mi corazón.

El bronce no llora y yo creo que mi rostro y mi alma están troquelados en bronce: soy indio, más indio que Juárez.

Esto último lo digo sin ironía, porque recuerdo el momento en que se derrumbó el maderismo y acude a mi memoria el espectáculo que no me conmovió, y que hubiera preñado las pupilas de cualquier hombre que se encontrara en mi caso.

Al salir de la Comandancia por la pequeña puerta, al pasillo que daba a los patios llenos de soldados, lancé este grito: *¡Viva la República! ¡Viva México!*

Los soldados respondieron al unísono. Fuera, en la plaza, empezaron a escucharse los gritos de *¡Viva el general Huerta! ¡Viva el Ejército! ¡Viva la República!*

De las torres de Catedral caían los sonoros rumores de las campanas, echadas a vuelo, para anunciar mi triunfo.

Pronto la plaza de la Constitución se llenó de personas ansiosas de saber; anhelantes de darse cuenta de que el peligro, la muerte, habían dejado de cernirse sobre todos.

¡Viva la República! ¡Viva la Patria!, gritaba yo. ¡Y los soldados lanzaban sus gorras al aire y me aclamaban como en un día aclamaron a Iturbide, como nunca aclamaron a Madero!

El entusiasmo de todos era indescriptible. Se abrazaban los desconocidos. Había lágrimas en muchas pupilas.

La ciudad de México me acogía como el único jefe, olvidaba a Madero y a Félix Díaz, sólo veía a mi persona: ¡el vencedor de Rellano! ¡el jefe de la *División del Norte!*

Aquello era el fruto de mi campaña militar, o para decir mejor, de mi campaña política. ¡Era mi triunfo!

Y pensé que en toda la República se repetía el grito que en aquellos momentos salía de los labios de la muchedumbre; creí, como creen todos los habitantes de la metrópoli, que aquella ciudad, al aclamarme, me consagraba como el amo de México. Sí, señores, México, la sola ciudad de México es toda la nación.

Papeles mojados

No gusto de añadir a estas memorias ningún documento oficial, por dos razones: primera, porque los documentos sólo los leen los historiadores que luego obligan a los niños a aprendérselos; y segunda, porque para mí nunca tuvieron ninguna significación los documentos oficiales.

Si como me propusieron el **Pacto de la Ciudadela**, me proponen otro pacto, por el cual hubiera yo quedado de Presidente sólo diez días, lo hubiera aceptado, pero sólo con una condición: que el pacto fuera por escrito.

Los hombres de acción debemos despreciar todo lo escrito. Los historiadores y los que escriben, sólo sirven para aniquilar a los hombres de acción que se dejan seducir por doctrinas a cual más absurda. Siempre he creído que yo sé más de mi persona y de los medios que debo emplear para el triunfo que persigo, que lo que me enseñara toda la filosofía ...

Y bien, por esto repito que al pacto que firmé en la Embajada Americana y por el cual quedaba *sólo provisionalmente* en la Presidencia, no le di ninguna importancia.

Me preocupaba que Madero renunciara, pues no quería -por consejo de no sé quién-, subir a la Presidencia sin la previa renuncia del legítimo Presidente.

Me encomendé a los senadores que me habían servido admirablemente y a los diputados, que ya se habían presentado a mí para ofrecerme sus servicios.

¿Necesito decir algo sobre los políticos de mi país? ¿Necesito decir que son la gente más despreciable de cuantas existen en México? Creo que no. Ya todos lo saben.

Una entrevista

Mi corazón sí contiene odio. Si no puedo llorar, en cambio puedo odiar y mucho. Para mí el odio es la más amable de las pasiones y la tengo en mi alma como la dominante.

El rencor que guardaba por don Francisco Madero, me obligó a hacer algo por él antes de matarlo. Porque, que se le tenía que matar, eso era indudable. Yo no comprendí jamás a algunos amigos míos que me dijeron que perdonase a Madero. Seguramente ellos no me conocían.

Pero ya he dicho que quise antes gozarme en mi triunfo, ver al vencido y recordarle su ingratitud para mí, que era el hombre que lo había salvado de ser vencido por una revolución formidable.

Gocé en esta idea y la realicé inmediatamente, antes que nada, perdiendo mi serenidad por ella. Y fui hasta el local donde estaba encerrado el prisionero y me encaré con él.

Desde luego recuerdo que el licenciado Rafael Hernández y otros de los prisioneros, se pusieron en pie para darme la mano. El licenciado Vázquez Tagle, Ministro de Justicia y el señor Madero, permanecieron sentados: era un desafío a la muerte.

Fuera, gritaban los soldados: *¡Viva la República! ¡Viva el Ejército! ¡Viva el general Huerta!*

- *Señor Presidente* -empecé.

- *¡Oh!, ¿todavía soy Presidente?* -me preguntó Madero riendo con burla.

- *Está bien* -repuse-, *señor Madero*.

El y su Ministro quedaron con los brazos cruzados. No me tendieron la mano y esto me irritó. Entonces empecé po hablar. Y hablé con todo mi rencor...

- *¿Recuerda usted cuando me humilló y me hizo mil ofensas sólo porque sus amigos me señalaban como un traidor?*

- *Lo era usted* -replicó vivamente.

- *Está hien, pero ya verá usted que yo no lo mato. Usted mi prisionero, lo voy a respetar. A mí me*

juzgará la Historia, señor, pero a ustedes lo voy a juzgar yo -dije al fin en tono enérgico.

El sonrió con desprecio.

Salí de allí. Madero estaba sentenciado a muerte por él mismo.

Entre el pensamiento de una obra y la realización de la misma, ocurren cosas tan diversas que yo siempre he creído, sin ser pensador, que pocos hombres harían lo que piensan, si aplazaran el acto creador por unas cuantas horas.

A mí me sucedió muchas veces. Yo sentencié a Madero a morir y hubiera ordenado que se cumpliera mi voluntad a este respecto inmediatamente. Pero, por razones que he explicado, yo me confío siempre a lo imprevisto, dejo al azar una gran ingerencia en los hechos ... Por esto dejé para más tarde lo que pude haber ejecutado inmediatamente. Y a fe que me fueron favorables los acontecimientos.

Mi amigo Gustavo

Pero no quiero alterar el orden en mi narración. Voy a procurar seguir con el mayor método posible el relato, para así poder recordar mis estados de alma (como diría el poeta García Naranjo), durante aquella interesante época de mi vida.

Muchos civiles me pidieron la ejecución de los dos prisioneros, y los oficiales llegaron hasta a reclamarme aquellas cabezas. Recuerdo que entre éstos, uno de los que me fue más estimable, no más querido, pues repito que yo no quise a nadie, me propuso que colgáramos a los dos señores Madero y a Pino, de las tres puertas del Palacio Nacional.

¡Tenían imaginación mis oficiales!

Yo era amigo de don Gustavo Madero. Con él cené como un camarada y bebí, en muchas ocasiones champagne y coñac; y siempre le protesté mi más sincera amistad.

Sabía muy bien que aquel hombre era el que podía decidir de mi suerte, pues era más inteligente que don Francisco y el único verdaderamente revolucionario entre toda la familia Madero. Era activo y trabajaba a favor de su hermano, con un grupo que se había atraído el odio de todos los grupos que no estaban con el maderismo, es decir, de toda la República. A este grupo lo había bautizado el periodista Sánchez Santos, en un artículo que se leyó en toda la nación, con el mote de *La porra*. La institución se dedicaba a hacer manifestaciones tumultuosas, sin orden alguno, befriendo a la gente de prestigio. Yo había sido una de las víctimas de *La porra*.

Por esto odiaba yo a Don Gustavo. Temía que en cualquier momento lograra obtener todo el favor del señor Presidente de la República y en tal caso hubiera hecho cualquiera de estas dos cosas: ordenar mi fusilamiento inmediato o encerrarme en Santiago.

A Don Ernesto, yo no lo odiaba, como no odiaba a los demás miembros de la familia que justamente se ha llamado *funesta* para México. A Don Ernesto lo veía con frecuencia y siempre me atendía con la misma parsimonia que el señor Limantour empleó en el Ministerio de Hacienda. Yo no odiaba a Don Ernesto, por que se dedicaba a hacer negocios; era un comerciante al por mayor. Y a mí me han simpatizado siempre los comerciantes. Tengo debilidad por ellos, como se verá más tarde.

Malos matadores

La muerte de Don Gustavo se debió, pues, muy principalmente, a la solicitud que me hicieran los hombres de la Ciudadela para que lo entregara. Lo ofrecí a mi discípulo, y le ofrecí también las cabezas de los señores Franciso I. Madero y Pino Suárez, pero éstas yo me las reservaba para más tarde.

Ya en la madrugada del día en que hice el ofrecimiento, Don Gustavo fue llevado a la Ciudadela, donde inmediatamente lo ejecutaron.

Es tiempo de que yo hable de la impericia de los militares para asesinar. Nadie, señores, mata más mal que ellos. Y esto no obstante que debíamos ser los más aptos en el arte de matar, pues llevamos sobre los civiles la ventaja de la práctica ...

Y bien, cuando matamos, basta que no se nos den órdenes de fusilamiento, y con ellas todas las facultades que nos conviertan en simples máquinas de muerte, para que demos una ineptitud que siempre se nos echa en cara ...

Doy este dato a los criminalistas, por si acaso no lo tienen apuntado.

La muerte de Don Gustavo se conocía una hora más tarde de que ocurriera, hasta en sus menores detalles. Toda la ciudad conocía la forma de la ejecución; todos comentaban que se le hubiera ejecutado sin cuadro, sin formarle un consejo de guerra. Y, más que todo, se hablaba de la participación que habían tenido los jóvenes oficiales de la Ciudadela, los que se habían disputado como un honor, el hecho de haber dado mayor número de balazos al cuerpo del político maderista ...

A Bassó, que también era amigo mío, lo había entregado a solicitud de los de la Ciudadela, que lo señalaban como autor de la muerte del general Reyes. Era Bassó un hombre excelente. Yo no lo hubiera fusilado, si los odios de los pronunciados no reclamaran más víctimas. Lo entregué ... porque necesitaba entregarlo. Era inocente.

La renuncia

Mis gestiones para que el señor Madero renunciara al Poder, las encaminé por los mejores conductos: uno, el más interesante, fue el señor Ministro de Relaciones, el señor licenciado Lascuráin, a quien tenía espantado el hecho (probable sólo para él) de tener que ocupar la Presidencia de la República en el caso de que los señores Madero y Pino renunciaran.

Principié por dejar en libertad a los señores secretarios de Estado, para que influyeran en el ánimo de los prisioneros y Madero no fuera a encastillarse en la idea que había manifestado siempre de morir antes que entregar el Poder.

Varios diplomáticos, me ayudaron, se entiende que inconscientemente, en mi obra de persuasión, pues desde el primer momento manifesté que quería la renuncia de los dos funcionarios, pero no arrebatárselos la vida.

El señor Lascuráin, se interesó vivamente por obtener las renunciaciones solicitadas, ofreciendo en cambio garantías para los prisioneros y hasta la libertad. El señor general Robles fue también uno de los comisionados para obtener las renunciaciones. A este militar di mi proposición que se

reducía a recibir las renuncias a cambio de un salvoconducto para que los reos salieran de la República a la isla de Cuba, pues el ministro de esta nación S. E. Márquez Sterling, se ofrecía como salvaguarda de los funcionarios en su viaje a Veracruz.

La fe de Madero

Recuerdo algo que me contó un amigo mío sobre la tenacidad de Madero y su fe en el triunfo de su revolución.

En la prisión dijo a Pino Suárez que *la campaña del pueblo contra los traidores, sólo tendría un paréntesis con su prisión, pues que una vez que lograran llegar a La Habana levantaría a la Revolución*. Llegó hasta hacer un plan que consistía en el pronunciamiento de don Venustiano Carranza en Coahuila y Nuevo León; el de Maytorena en Sonora; el de don Abraham González en Chihuahua y la unión de Zapata y Figueroa en la nueva campaña.

Madero confiaba, sin duda alguna, en la labor de acercamiento que había hecho con aquellos señores que se comprometieron con él desde la época en que se levantaron en armas contra el general Díaz. Se fundaba también en algunos hechos que ignoro.

Cuando terminó de exponer su plan al señor Pino, dijo a éste, poniéndole la mano en el hombro:

Dentro de un año, estamos otra vez en la presidencia de la República.

El coco de México

El señor Henry Lane Wilson, era mi amigo, porque yo era enemigo de don Francisco I. Madero y porque me consideraba aliado a mi discípulo, Félix Díaz.

Sucedía en mi país que el señor Embajador de los Estados Unidos, era visto como un poder superior al Ejecutivo de la República. Representaba a los Estados Unidos, y este hecho le daba una influencia preponderante sobre los demás miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante el Gobierno mexicano. Se presumía que el Embajador americano, era algo así como un tutor enviado por la Casa Blanca para que vigilara de cerca la conducta de los funcionarios mexicanos.

En el caso a que me voy a referir había algo de verdad en este modo de juzgar, pues el señor Wilson había cooperado a la caída del señor general Díaz, de una manera activa.

Cuando a mí me dijo que estaba dispuesto a ayudarme en mi alianza con la reacción aristocrática que se levantaba en México contra la plebe, al grito de *¡Viva Félix Díaz!*, comprendí que aquel hombre era para mí lo que yo quisiera; un excelente amigo o un enemigo peligroso.

Decía que en la Embajada Americana se hizo el **Pacto de la Ciudadela**, por el cual quedaba yo en el Poder con un Gabinete escogido por Félix Díaz y sus hombres en tanto que se efectuaran las elecciones de presidente y vice-presidente de la República.

En verdad, yo escogí a algunos hombres del Gabinete y más que yo, mi compadre y amigo, Enrique Cepeda, fue el que eligió a los políticos que podrían servirnos. Recuerdo que sólo se opuso a Un nombramiento, pero yo no podía desechar a la persona que se me proponía: Mondragón.

El único problema

Mi Gabinete quedó integrado por los hombres más prestigiados de la ciudad de México:

García Granados, un inepto.
Robles Gil, un político.
Rodolfo Reyes, un nuevo.
Mondragón, completamente desprestigiado.
Esquivel Obregón, ex maderista teorizante.
De la Barra, con prestigio nacional.
Vera Estañol, un soñador teorizante ...

Todos coincidían en esta idea: en odiar a Madero; unos lo odiaban por despecho, otros porque no los había querido aceptar como amigos, otros porque veían en aquella administración, un obstáculo para prosperar ... En el odio únicamente podían unificar su acción. Pero eso no me importaba a mí: yo estaba decidido a tratarlos como amigos y no como colaboradores; y, más que como amigos, como subordinados ...

No temía yo a ninguno de estos hombres. Pensaba en mi espada, en el Ejército, en el Gobierno militar, a quien confiaría la labor de refrenar toda ambición que no tuviera por objeto servir a mis intereses.

Para salvar a México, yo nunca he creído que se pueda emplear otro medio, que el brutal de represión que yo puse en práctica. Sólo con las bayonetas, sólo con la Ordenanza (que es detestable como Código Militar), sólo con el machete, se puede gobernar a México ...

No hay problemas en mi patria. Ni el agrario, que ha servido únicamente para que los pensadores pierdan el tiempo y para que los imbéciles adquieran prestigio falso; ni el de la justicia, que tiende a igualar a todos los hombres, cosa que es más imposible en México que en cualquier otro país, pues en México todos los hombres son distintos y lo serán ... ¡Ningún problema me preocupaba: mi espada y un buen ministro de Hacienda: eso me serviría para gobernar un país que despreciaba a Madero por falta de energías y que había estado postrado a los pies de Don Porfirio porque este señor había matado demasiado!

En cuanto a los revolucionarios ... yo siempre, siempre desprecié a los revolucionarios ...

La blusa y el saco

Me interrumpí al referirme a Mr. H. L. Wilson, y voy a volverme a ocupar de él, porque quiero señalarle la parte muy importante que tuvo en la organización de mi Gobierno.

Wilson fue amigo mío, por carambola ... De quien era era amigo, era de mi discípulo Félix Díaz.

El Embajador es hijo de un país donde no hay otra aristocracia que la del dinero; donde los hombres, no obstante que van de todas partes del mundo, se unen en esta tendencia que los hace manejables y dóciles: ganar dinero.

En cambio en México, hay dos clases de hombres: los que usan saco y los que no lo usan. En las ciudades, en las haciendas, en todas partes, el hombre de saco considera inferior al hombre de blusa o de camisa. Y lo más extraordinario, lo inconcebible para cualquiera que no conozca

México, es que el de blusa se cree inferior, del todo inferior, al de saco.

Este ha oprimido siempre a aquél; con lo que resulta que no hay sino opresores y parias. Pero no obstante que el paria sufre todos los atentados de su opresor, sigue sirviéndole, humillado siempre, siempre vencido ...

Y hay más, y esto es lo verdaderamente grave: ¡No se ha conformado el hombre de saco con hacer trabajar al humilde, con chuparle la sangre, con quitarle a su mujer y hacer prostitutas de sus hijas, sino que lo ha dejado con hambre!

Ahora bien, Mr. Wilson sentía irresistible atracción por los hombres de saco. El fausto desplegado por los mexicanos ricos, entre los que siempre está el Gobierno, había sido tal, que Mr. Wilson, arrepentido de haber arrojado al destierro a Don Porfirio, hombre de saco, quiso reparar su error elevando a la categoría de Presidente de la República a un hombre de saco: a Félix Díaz. Madero, señores, sólo Don Francisco, a pesar de su fortuna, a pesar de su educación y de sus costumbres, era un hombre de blusa metido en un hombre de saco.

Por esto Mr. Wilson trataba con toda cortesía a don Ernesto Madero y desdeñaba a Don Francisco, por esto mister Wilson ayudaba a los conspiradores de la Ciudadela; por esto Mr. Wilson, en la Embajada Americana, cuando salía de firmar el famoso **Pacto de la Embajada**, gritó con toda la fuerza de sus pulmones: *¡Viva Félix Díaz, el salvador de México!*

La resurrección de Don Porfirio

La aristocracia de México también creyó que había triunfado con el Cuartelazo de la Ciudadela; algunos capitalistas habían dado dinero, pequeñas cantidades; las damas de la aristocracia que no habían querido a Madero, porque daba fiestas a las que iban revolucionarios que olían a sudor, al triunfo del cuartelazo prepararon con sus modistas los trajes que iban a lucir en las grandes *soires*, donde el ídolo sería el joven sobrino del para ellas inolvidable Don Porfirio; pensaban en las fiestas donde se reunirían sólo ellas, las mimadas de la suerte, las que se habían constituido por el éxito de su clase en treinta años, en reinas de la elegancia y de la belleza; pensaban, en fin, en la resurrección del porfirismo, pero de un porfirismo rejuvenecido, con un Don Porfirio *donjuanesco*, que iba al cuartelazo con sombrero flexible, florecido de ramos y de violetas ...

Y llegaron a decir algunas de las más conspicuas damas de la aristocracia:

- *Ahora sí nos tocó la nuestra: vamos a matar pelados.*

En fin, el viejo partido porfirista creía que la Revolución había muerto con el último cañonazo de la Ciudadela. Yo pensaba distinto.

La Revolución que se había combatido primero con la sangre generosa de un ejército de viejos militares y de niños que en gestos heroicos daban su sangre sólo por honra (según la frase de mi general Eguía Liz), era todavía nacional: todavía estaba latente en el corazón de las masas, todavía la anhelaban los mexicanos. Y como yo comprendí esto, en mi primer discurso pronunciado ante las Cámaras y ante el Cuerpo Diplomático, que estaba conmovido por mi arenga, dije que mi Gobierno sería *eminente revolucionario*.

¿Linchamiento?

La muerte de los señores Madero y del señor Pino Suárez, las voy a referir muy brevemente, sólo para dar pequeñas enseñanzas a los militares y a los políticos que tengan que resolver problemas como el que me ocupó a mí a raíz del triunfo de la Ciudadela.

He dicho que me pedían a los cuatro prisioneros y que yo sólo di dos; pero no he explicado por qué en tal ocasión fui parco para dar. Y bien, señores, yo sólo mandé a dos, porque si mando a los cuatro no hubiera podido protestar legalmente ante el Congreso de la Unión.

En la muerte de Don Gustavo, dictada por el silencio de mi discípulo Félix y por orden expresa de Mondragón (este general injurió cruelmente al prisionero antes de matarlo), hay un hecho digno de ser considerado. Desde luego, la intervención de los oficiales del Ejército federal en tal asesinato. No sé quién disparó el primer tiro al prisionero; si fue un militar o si un mozo de Mondragón; pero sí sé que en el momento en que fue herido Don Gustavo, se arrojaron sobre él los jóvenes militares que se habían pronunciado por las insinuaciones de Mondragón, y lincharon al político.

No solamente se consumó este crimen en la forma brutal de asesinato, sin el requisito legal de formar un Consejo de Guerra al reo, sino que, como ya he dicho, se llegó hasta el linchamiento, que sin duda alguna es la forma más cobarde de matar.

Dos días más tarde, el general Mondragón repetía esta hazaña, ordenando a los militares que asesinaran a un hombre indefenso e inofensivo, a quien no había necesidad de castigar, pues no podía invocarse para ello, siquiera, la razón política. Me refiero al señor Manuel N. Oviedo, periodista independiente que desempeñó el puesto de Prefecto Político de Tacubaya.

Después de hacer que unos oficiales (entre los que se encontraba uno muy allegado a Mondragón) trajeran ante su presencia al reo, acusado de haber cateado la casa del general Mondragón, éste ordenó que se le matara en forma brutal: ¡*Mátenlo!*

Los oficiales dispararon sus armas sobre el cuerpo del periodista y la forma de linchamiento del señor Gustavo Madero se reprodujo hasta con el detalle del robo de las prendas de la víctima, pues unos oficiales regresaron a la casa de Oviedo y pidieron a la viuda el reloj y el caballo del hombre que acababan de asesinar ...

Por esto yo siempre he dicho, contra la opinión general, que Mondragón no es inteligente.

La sabiduría de los políticos

Yo quería fusilar, desde que fue mi prisionero, a don Francisco I. Madero. Lo quería fusilar por venganza, porque, hombre de pasiones como soy, no podía vivir sin vengarme de lo que me hizo aquel hombre.

Pero lo hago constar desde luego: yo no quería que Madero desapareciera porque temiese que un día me derrocaria. Ya he dicho que yo siempre desprecio a las revoluciones.

Mis ministros, sí temían a Madero. Creían que si quedaba en libertad, organizaría una nueva revolución. Le temían y lo odiaban. Tan así lo creí, que pensé en dejarlo en sus manos, para que lo fusilaran. Lo hubieran hecho, según pude cerciorarme por hechos posteriores.

Consulté lo que debía hacer con ellos, para sondear sus opiniones. Los más inteligentes me

decían que dejaban a mi elección la forma de resolver aquel pequeño problema; otros opinaban porque se ejecutara a los dos prisioneros. Robles Gil, el único, me declaró que se debía respetar aquellos dos hombres, consignándolos al *Gran Jurado*.

La verdad, aquel hombre tan ridículo para todos los políticos y para la aristocracia, había hecho una revolución poderosa; había dado un golpe de muerte a un régimen de treinta años; pugnaba, aunque fuera muy débilmente, por el triunfo de los humildes ...

... Y no obstante que sus incertidumbres eran tan grandes que tenía de ministro a su tío (que consultaba a su vez con Limantour), los políticos no hubieran permitido que viviera: ¡le temían!

Me decidí a ejecutarlo y ordené a Blanquet que buscara gente apropiada para ello, que no fueran militares de línea, para no incurrir en la misma falta de Mondragón.

Blanquet lloraba con lágrimas verdaderas la muerte de su oficial más querido, Jiménez Riveroll; tenía, pues, necesidad de vengarse.

Francisco Cárdenas y un tal Pimienta, gente de la más desprestigiada entre los irregulares, fueron los comisionados para encargarse de las ejecuciones. Venían en la columna de Blanquet.

No conozco bien los detalles del suceso, porque yo, como general, poco me preocupo de los detalles. Me interesa la idea general. Lo de detalle, lo dejo a mis subordinados ...

Las ejecuciones se consumaron en las afueras de la Penitenciaría de México, entre once y doce de la noche. Llevaban a los reos, en automóvil, el mayor del 7° Cuerpo Rural, don Francisco Cárdenas y el oficial Pimienta, que se había distinguido siempre por su facilidad para consumir ejecuciones de muerte.

Un grupo de paisanos, creo que todos comisionados por los hombres de la Ciudadela para que asistieran a la ejecución, esperaban en las afueras de la Penitenciaría el momento de tomar parte en los asesinatos. Creían tal vez que ellos iban a acabar con los ex funcionarios, pero no se necesitó de sus servicios, pues Cárdenas dió un balazo a Madero, en la cabeza, diciéndole antes para que volteara que viera a una bola (multitud).

A Pino le dió tres balazos Pimienta, y los de la Ciudadela, que no quisieron permanecer inactivos, hicieron una descarga sobre los dos cadáveres.

Cometieron la torpeza de enterrar inmediatamente a los dos muertos; pero en cuanto lo supe, ordene que los exhumaran y los presentaran a la Penitenciaría, pues en un Consejo de Ministros que celebré una hora más tarde, los señores secretarios de Estado me dieron esta idea luminosa.

Yo tengo que alabar en esta ocasión a los señores licenciados y políticos que me hicieron tomar tal determinación, pues así logré encontrar la solución del asalto por una multitud a la escolta que llevaba a los prisioneros a la Penitenciaría, es decir, *la verdad oficial*.

¡Saben mucho estos señores políticos!

Al día siguiente, cuando se supo la muerte de los dos políticos, recibí más de mil felicitaciones ...

Mis oficiales me proclamaron *el salvador de la República*. ¡Se me abrazaba públicamente por el asesinato de los dos funcionarios, se me aclamaba!

Y fueron tantas y tamañas las felicitaciones que recibí, que llegué a considerar que en verdad había vengado a la nación del atentado que consumara aquel hombre, enfrentándose contra Porfirio Díaz.

¡Yo, Presidente!

Lo que sentí al ocupar la Presidencia de México, fue algo que no pude ni podré explicar. Me creí el amo de México, el dominador de todo aquel pueblo del que había yo formado parte como uno de los más humildes, desde hacía tantos años. Y pensé ...

Voy a relatar cuál fue la primera aspiración que tuve en el Poder: ayudar a los humildes, hacer la paz, engrandecer a los eternamente vejados. Creo que esto mismo le ocurrió al general Díaz, cuando por el **Plan de Tuxtepec** llegó a la Presidencia de la República.

Pero pronto estas ideas cambiaron para dar paso a una sola: ¡mi odio a la aristocracia, a Félix Díaz, al grupo porfirista que había estado en el poder durante treinta y cinco años y que en aquellos días creía que yo me prestaba como instrumento suyo, como espantajo para esperar un momento en que Don Porfirio volviera a entronizarse por medio de Félix Díaz, su sobrino, su sucesor!

¡Sí, señores, yo odié desde aquel momento a Félix Díaz, porque yo nunca había sido porfirista, nunca, ni por un instante de mi vida, ni cuando por mi sola orden y en un arranque de hombría, ordené que ante la bandera que flameaba sobre el mástil del **Ipiranga**, que se llevaba al destierro al ex Presidente, se tocara el Himno Nacional! ... Entonces todos habían creído que yo era porfirista. Y debo confesarlo: yo ordené que se tocara el Himno, por antimaderismo, no por porfirismo.

¡Me irritaba hasta la idea de saber que los felixistas, en los que yo no veía sino a los porfiristas, me pudieran suponer tan inocente de entregarles el Poder!

¿Qué iba a hacer, para sacudirme el felixismo? No lo pensé. Sí consideré que la situación era grave, pues el felixismo cundía y algunos felixistas estaban armados. Pero yo tenía otras armas de las que ellos carecían: mi gran inteligencia y el Poder.

Mis primeras 5,000 víctimas

A muchos les ha llamado la atención la fuerza que tengo para atraer las simpatías o el respeto de las gentes que me hablan. Yo mismo he tratado de explicarme en qué consiste este poder de sugestión, y nunca lo he conseguido.

Recuerdo que uno de mis ministros, el licenciado García Naranjo, me decía en una ocasión:- *La mejor labor política que puede usted hacer, es hablar con sus enemigos. Los haría huertistas en una hora.*

¿Y, saben ustedes, señores, lo que yo decía a los que hablaban conmigo? Pues sólo les decía mentiras ...

Yo no reflexioné jamás para decir una mentira. La decía espontánea y constantemente, a todas horas, por cualquier motivo, muchas veces sin objeto.

También debe haber concurrido a acrecentar mi poder de atracción, que siempre propuse a los amigos y a los enemigos, los dos caminos: el de la amistad (y en este caso les daba todo lo que quería), y el de la guerra (y en este caso no podían esperar sino la muerte). Algunos imbéciles dicen para explicar mi don especialísimo que *era yo un indio muy ladino*. Y les he llamado imbéciles a los que tal dicen, porque Medina Barrón, por ejemplo, es muy ladino y, sin embargo, no puede atraerse ni engañar a nadie.

Se me temía mucho también, desde el principio de mi Gobierno. La muerte de Madero y la sangre fría de que diera muestras patentes para poder permitir que se mataran cinco mil seres durante la *Decena Trágica*, me hacían temible. Si no me había detenido ante tales hechos -pensaban mis enemigos- no me iba a detener para mandar fusilar a cualquier hombre.

Yo procuré siempre, por sistema, inspirar terror. Y esto lo lograba mintiendo y matando. Las dos cosas las hacía con exceso, según la opinión pública.

Mis tanteadas

Durante todo mi Gobierno, no hice sino lo que en México llamamos *tanteadas*.

Entraba y salía por las puertas de Palacio a horas imprevistas, cuando la guardia no estaba preparada para hacerme los honores; dormía de día y en las noches me reunía con mis amigos; visitaba a todas horas a gentes de costumbres morigeradas que se asustaban con mis visitas; mandaba reunir a mis ministros a las altas horas de la noche, para pedirles consejos sobre cosas que ya previamente tenía resueltas o para decirles que se tomaran una copa conmigo ...

Me levantaba de la mesa de mi casa a medio comer y dejaba allí, esperándome, a las gentes a quienes había invitado mi familia; recibía al público sólo unos cuantos días, en Palacio; pero bastaba que me fuera a saludar uno de mis amigos o uno de mis generales, para que me pusiera a charlar con ellos, despreciando a los que esperaban para tratarme de todo género de asuntos.

El desorden en mis costumbres, llamó la atención de todo el pueblo; pero no me atrajo antipatías, pues siempre era mejor un Presidente así que un hombre de bronce, que decía sólo dos palabras, como Don Porfirio, o como los señores Madero y De la Barra, que hacían muchas promesas a sus visitantes y que no cumplían ni una sola ...

Todo el mundo esperaba que yo me fuera a vivir a Chapultepec, un día después de la protesta que hice ante las Cámaras. Creían que iba a dar el espectáculo que dió el señor De la Barra, quien envió desde su recamarera con los triques, hasta los pericos ...

Sorprendido porque yo no me iba a Chapultepec, uno de mis ministros me hizo notar tal cosa y yo le contesté ... no puedo decir aquí lo que le contesté.

No empleé, al principio de mi Gobierno, ninguna medida de terror. Creía que con la hecatombe de la Ciudadela el respeto a mi Gobierno era nacional, como las tortillas ...

El padrino de la Revolución

En estas circunstancias, se alzó de nuevo la revolución maderista. Era la misma pugna entre la gente que no había comido en treinta años y la que desde hacía treinta años comía ...

Los que ahora se levantaban (me refiero a los que tomaban las armas, no a los que encabezaban el movimiento político), eran los mismos irregulares que Madero había metido en el Ejército cuando trató de reorganizar éste con elementos que le fueran del todo adictos, con su gente. Era, pues, la misma revolución, pero con esta ventaja para los que no habían logrado el triunfo: enseñar a los fanáticos, a los que todavía creían en el maderismo, la víctima inmolada y sangrienta.

Era, como me dijo no sé quién, *una religión en su etapa más próspera, la de los mártires*.

Cuando me dijeron tal cosa, me sonreí, pues yo nunca he creído en las revoluciones, no creo ahora.

Pero si para mí no tenía peligro la revolución, en cambio me traía un argumento para prolongar mi labor destructora del felixismo. Y vi con toda claridad, con perfecta percepción, que mi salvación, mi única salvación por el momento, era la revolución.

Y propagué la revolución. Sí, señores, si hay alguien que se pueda llamar *padre de la Revolución* de 1913, yo creo que no me disputará el puesto de padrino, que yo ejercí entonces.

Yo podía destruir a la revolución. Con una sola orden reunir a mi gloriosa *División del Norte*, y lanzarla sobre los focos de sublevación, acabar a los rebeldes, exterminarlos y hacer la paz. Todas las razones sociológicas que se opongan a esta verdad, deben de considerarse nulas, sólo patrañas de los imbéciles que creen que se puede triunfar cuando un Gobierno no quiere caer. ¿Quién podrá negarme que con aquellos seis mil hombres de la *División del Norte*, yo no me podía pasear por el último rincón de la República, sin que nadie se atreviera a dispararnos un tiro de fusil?

Pero no sólo la consideración anterior me obligó a fomentar la revolución, dejándola crecer; me interesaba y mucho esta otra idea: crear mi grupo, hacer mis hombres, formar una República netamente huertista, pero no porque hubiera manifestaciones huertistas, como ocurrió con el señor Madero, que creyó que el pueblo de México era maderista y no hubo un hombre de los suyos que tomara las armas para defenderlo, aunque muchos las pidieran a gritos; no, yo quería una República de amigos huertistas, de gente que recibiera de mí los más grandes beneficios y hasta el pan. Pensaba hacer un ejército numeroso y fuerte lleno de nulidades militares, pero capaz de aplastar por su número a cualquier revolucionario. ¡Para decirlo en una palabra, yo, que no había sido electo, pensaba ya en la reelección!

Y retiré a Rábago de la *División del Norte*, porque el general Rábago es un hombre incapaz de comprender políticas, honrado y dispuesto a cumplir con su deber, sin importarle el sacrificio de la vida. Rábago, señores, es uno de los elementos más puros y más dignos que ha tenido el Ejército.

Dejé al general Miguel Gil en Sonora y a Trucy en Coahuila, a fin de que con la ineptitud que les reconocía, fueran arrollados por la revolución. Gil fue requerido para hacer una reconcentración que hubiera acabado con la rebeldía de Sonora, pero yo impedí que la hiciera, no ordenándoselo. El, que es inepto, se encargó de dejarse arrollar.

En cuanto a Trucy ... ya se sabe quién fue Trucy, el mejor amigo de los revolucionarios.

Y la revolución empezó a crecer, a aumentar en la forma, a ganarse la opinión de la gente dispuesta al saqueo y al delito.

Mi política empezaba a desarrollarse ...

Unos niños

Félix Díaz mi discípulo y el general Mondragón, son unos niños, aunque oigan ustedes llamar a Mondragón *el mejor general de artillería de la República*. Son unos niños y con Mondragón ocurre lo que con todos o con la mayoría de los hombres de prestigio de México: no sirven para nada, ni son inteligentes a los que se llama inteligentes, ni son valientes a los que se les llama valientes, ni son sabios los que están señalados como tales. Mi país es el país de la mentira, de la falsedad, del extravío. No sé si así ocurra en otros países.

Los que siguieron a Félix en el cuartelazo, lo hubieran abandonado si lo hubiesen conocido con anticipación. En verdad el Cuartelazo de Veracruz les había mostrado al hombre, pero parece que esto no les bastó.

Félix era un sublevado que no quería sublevarse; un candidato a la Presidencia, que no quería molestias ni luchas; era un militar sin carrera y sin combates, un revolucionario que dejaba tres millones de pesos en la plaza que había ocupado; un hombre que creía en la lealtad de los hombres ...

¡Y Mondragón que lo tomó como jefe, era un hombre a quien en México llamaban inteligente!

Se ha dicho que yo traicioné a mi discípulo y eso no es verdad en lo absoluto, como no es verdad que los sublevados hubieran triunfado en la Ciudadela. Me hubiera bastado aislarlos en la ratonera en que se metieron, para acabarlos. Sé que un día antes de que yo resolviera la situación, estaban ya sólo unos cuantos hombres, dispuestos a emprender la fuga. En fin, con sólo negarles mi apoyo, los hubiera aniquilado; en realidad estaban vencidos desde que se encerraron en la Ciudadela.

Por esto he dicho verdad cuando sostengo que yo fui quien triunfó, y no ellos. Aunque, por otra parte, en estos asuntos de sublevaciones, no hay que contar con la palabra de los que nos la dan espontáneamente: se deben emplear todas las armas, porque nunca como en estos casos todas las armas son buenas.

He llegado a pensar que mi discípulo Félix no hizo el **Pacto de la Embajada** para ocupar la Presidencia de la República, sino para salir de aquella situación en la que su cabeza, bastante débil, se había extraviado.

Pero yo tenía que destruir la creencia general de que mi discípulo era el vencedor, yo tenía que demostrar ante el mundo, que la Presidencia de la República no estaba en la calle de las Artes (domicilio de Félix Díaz), a donde concurrían todos los políticos y todos los que deseaban prosperar, sino en el Palacio Nacional.

Empecé a atraer al general Mondragón. Fue labor muy rápida. El hombre comprendió que estaba en mis manos, que yo lo podía sostener en la Secretaría de Guerra, o mandarlo fusilar ...

Y Mondragón, que lo que quería era prestigio y dinero, se sometió a mí y traicionó a su amigo y socio.

Mondragón quería prestigio, porque nunca lo había logrado tener, ni a pesar de sus inventos, y

quería dinero, porque es hombre insaciable ...

Mondragón es el tipo del ambicioso. Pero no del ambicioso que está destinado a triunfar, porque sus actividades, que son múltiples, las divide; quiere dinero y quiere prestigio. Y la verdad, estas dos cosas, no se obtienen rápidamente en mi país.

El *Cuadrilátero Parlamentario* (al *Triángulo* se había unido el licenciado Moheno) laboró para destruir la alianza Félix Díaz-Mondragón.

Me comprendió Mondragón y rompió dulcemente su alianza con Félix Díaz.

[Indice de Memorias de Victoriano Huerta de autor anónimo](#)

[CAPÍTULO PRIMERO](#)

[CAPÍTULO TERCERO](#)

[Biblioteca Virtual Antorcha](#)

MEMORIAS DE VICTORIANO HUERTA

Autor anónimo

CAPÍTULO TERCERO

Sumario

Lo que soportó Félix.- La piedad del licenciado Reyes.- Cómo daba.- El gobierno militar.- La prostitución de las cruces.- Mis hombres.- Las ambiciones de Mondragón.- Uno que quería la presidencia.- Mis ministros.- El vértigo del poder.- Mis cantores.- Mis aliados.- La campaña.- La matanza en detall.- Sacrificios.- ¿El deber? - Joaquín mi sobrino.- El general Rubio.- *Mueran los anti-huertistas* - Mi enemigo Mr. Wilson.

Lo que soportó Félix

Al mismo tiempo que hacía la labor de atracción de los ministros, *orientaba* hacia mí toda la gran masa de gente dispuesta a prosperar ...

Pronto fueron descubriendo que yo era el Presidente de la República y no un espantajo de factura felixista. ¡Pronto se convenció toda la nación de que Félix Díaz estaba más muerto que don Francisco I. Madero!

Eso sí, yo me sujetaba a las farsas de los amigos de Félix, que tenían la idea de presentarme como un maniquí de mi discípulo.

A Félix lo atormentaba hasta con mi presencia; lo llamaba a las altas horas de la noche, o a las altas horas de la noche lo visitaba, y hasta le decía: *señor Presidente* ...

Y al mismo tiempo le quitaba uno a uno a todos sus amigos, alejaba del mando de fuerzas a todos

los que habían secundado el cuartelazo, a los sospechosos los mandaba a Quintana Roo, fusilaba a algunos que parecían dispuestos a cualquier cosa ...

Pronto se empezó a atacar a Félix Díaz en mi presencia, a juzgársele en forma dura, a vilipendiarlo y a destrozarlo. Rubio Navarrete, que sentía un odio profundo por Félix Díaz, a quien le atribuía todas las desgracias del país, lanzaba arengas inverecundas en todas partes contra el *caudillejo de la Ciudadela*.

Los periódicos del Gobierno desgarraban al *sobrino de su tío*; en las oficinas públicas se burlaban del cuartelazo, y la idea de que podía haberse destruído al núcleo de sublevados, era nacional.

Empezaron a proponerme muchas personas, fusilar a Félix Díaz, como una medida para la paz.

Pensé en alejarlo y le envié con una comisión: representar al Gobierno ante S. M. el Emperador del Japón, para darle las gracias por la comisión que había enviado a las fiestas del *Centenario de la Independencia*. (Yo soy cruel para herir, señores, porque mis heridas han sido siempre crueles). Me han enseñado a hacer el mal, sacrificándome; por eso no se me juzgue. El Gobierno del señor Madero había acordado enviar una misión diplomática ante el *Imperio del Sol Naciente* para dar las gracias al Mikado por la comisión que a su vez había enviado para las fiestas del *Centenario de la Independencia de México*. Y había nombrado al señor Madero al señor su hermano, Don Gustavo, para que fuera el Presidente de aquella misión. ¡Ahora yo confería el mismo alto honor, al hombre que señalaba el mundo entero como asesino de don Gustavo Madero!

Esta forma un poco brusca, la empleé para demostrar a los imbéciles que Félix Díaz no sería el Presidente. ¡Y ni así lo creyeron!

La piedad del licenciado Reyes

Mi discípulo, incapaz de sublevarse, de hacer un movimiento de protesta, de nada, nombró a los que lo habían de acompañar, y con ellos partió ...

Ya en Europa, antes de que desempeñara su comisión, lo mandé regresar. Lo iba a capturar en Veracruz, lo dejé que escapara, lo hice añicos ...

¡Y bien, se necesitó todo esto para que me creyeran un hombre capaz de no cumplir mi palabra!

El señor general Díaz tuvo dos amigos: Ocón y el hijo de mi jefe, el licenciado Rodolfo Reyes. Fueron estos dos hombres los únicos que no vacilaron en sostener sus compromisos. A Rodolfo Reyes lo tenía aislado, rodeado de enemigos, y sin embargo, se mostraba amigo de Félix.

Un día, después de acordar conmigo lo relativo a Justicia, me dijo:

- Señor, traigo en mi cartera tres pliegos en blanco, firmados por Félix Díaz. Y bien, señor, lo que usted quiera que firme Félix Díaz, puede dictármelo en este momento: su renuncia, la disolución del **Pacto de la Embajada**, lo que usted quiera. Yo le ruego a usted que cese la burla que se le está haciendo.

Pensé rápidamente lo que tenía que contestar, e iba a hablar, cuando el señor licenciado Reyes

me preguntó:

- *¿Qué es lo que quiere usted que haga Félix?*

- *Que cumpla con sus compromisos políticos, que vaya a las elecciones, que triunfe.*

Y desde entonces, ya no volvió a hablarme más de Félix Díaz el licenciado Reyes.

Cómo daba

Aniquilado el felixismo, volví los ojos a la campaña militar, contra la revolución.

El prestigio del Ejército estaba ya en duda. Los rebeldes habían consumado victorias contra nuestros soldados. Los dos núcleos, el de Sonora y el de Coahuila, eran menos débiles que el de Chihuahua, donde por la impericia o por la lenidad del general Mercado, se había disuelto la *División del Norte*.

Recuerdo que mi compadre Urrutia, respondiendo a la opinión pública, me propuso el fusilamiento de los generales que estaban sufriendo derrotas injustificadas. No acepté tal proposición, pues todavía necesitaba que la revolución prosperara.

La opinión en México y en algunas partes de los Estados, era la de que el gobierno de mi mando iba a fracasar. Pero todos creían esto porque sí, sin saber una razón más que la militar, que era la más despreciable. Yo hubiera hecho la paz en un mes, si he querido.

Voy a explicar por qué no era el momento de hacer la paz: todavía no tenía yo el número de huertistas que necesitaba para sentirme fuerte. Había ya algunos hombres interesados en mi triunfo. No podían abandonarme, porque todos estaban en espera de un momento oportuno para enriquecerse: ansiosos de continuar *sirviendo* a mi Gobierno, que les daba todo lo que querían. Muchos ya eran mis cómplices en innumerables combinaciones políticas y en delitos.

Quiero referirme a esto con alguna detención, pues se me ha acusado de ser un corruptor de hombres y ese cargo lo voy a rechazar con pruebas.

Yo daba honores y dinero. Los hombres, todos los hombres, fundan en esto la prosperidad, el triunfo, el éxito. Sus afanes, no son sino para obtener una de estas dos cosas, o las dos.

Y es una verdad que se ha comprobado siempre, que el que tiene más ambiciones, tiene más energías.

Yo había observado ligeramente, sin acudir a la filosofía, ciencia por la que tengo alguna aversión, la verdad que he citado.

Mi persona, mi caso, como dicen esos señores sabios, es toda mi enseñanza: obré por mi experiencia o por mis impulsos. Y aunque tal vez esto le pasa a la mayoría de los hombres, es verdad negada por todos.

Digo que emprendí mi labor de atracción dando a los que me pedían, pero dándoles sin tasa, sin medida, con una liberalidad que no había tenido nunca ningún gobernante. ¿Se necesitaba violar la ley para atender una súplica? se violaba; pero el que pedía, tenía siempre lo que solicitaba.

¡Ah, si yo hubiera permanecido en el Poder, mis amigos se hubieran enriquecido y la Nación ,se habría salvado! El número de amigos del Gobierno hubiera sido igual al de habitantes de la República.

Fue uno de los errores del Gobierno del general Díaz, reducir el número de amigos en beneficio de un grupo de ambiciosos, sólo porque éstos querían dinero y no Poder. Si el general Díaz extiende su protección a todos los que se la pidieron, los que le arrojaron del Poder hubieran sido los que hubieran presentado el pecho a sus enemigos para defender al Caudillo.

La revolución maderista había sido grande, sólo por una razón: porque la Nación ya no soportaba a don Porfirio Díaz. ¡Odiaban al viejo ídolo oaxaqueño todos los habitantes de la República; y lo odiaban por una razón, po,que tenían hambre! El pueblo no quería evolucionar hacia la democracia, porque el pueblo no sabe lo que es democracia y conoce tanto de teorías como yo de obispo. Quería comer, eso era todo.

Y como siempre hay agitadores que explotan a los que quieren comer, yo quise atraerme a unos y a otros. Los primeros meses de mi Gobierno los emplée en dar de comer a los que lo pedían y en dar puestos y honores a los que se me acercaban. Abrí los brazos a todos, especialmente a los *pelados*, como nos llamaban los felixistas.

Pero muy pocos se me acercaron, porque yo era militar, y los que conocían a los gobernadores militares me creyeron dispuesto a ayudar solamente a los de mi clase. No fueron suficientes todas las pruebas que di de mi indiferencia para ayudar a todos los elementos. Los ricos se dedicaron, como siempre, a abstenerse, a no mezclarse en los asunto de la política, por miedo a que la revolución los caS;tigara.

Por otra parte, tal cosa no me importaba. Había reunido en una junta que se llamó *de los notables*, a los elementos más cultos de la ciudad de México y de allí no había salido ninguna luz: se dedicaron a hacerse pedazos los unos a los otros, resultando unos teorizantes sin ningún sentido práctico.

Entonces, desilusionado del elemento civil, me eché en brazos del Ejército.

El Gobierno militar

La militarización de México la hice con el fin de obtener un gran contingente de fuerzas para el caso de tener que emprender una campaña, y también con este objeto: someter a todos los que quisieran oponerse a mi política, por medio de la disciplina militar.

No creo que nadie haya establecido un Gobierno militar como el mío. Todos los mexicanos fueron militares. Los maestros de escuelas, los empleados, los barrenderos, los ministros, los niños, los gobernadores, los secretarios particulares, los diputados, los empleados de todos los ramos ... Todos fueron militares.

Hasta las mujeres tuvieron grados en corporaciones militares: me valí de las instituciones de la Cruz Roja, la Cruz Blanca, la Cruz Azul ... de no sé cuántas cruces ...

¡En todas partes se veían cintas y galones en los brazos; las grandes existencias de telas de kaki, fueron insuficientes para los pedidos que llegaban de los más apartados lugares de la República; las fábricas de galones, ganaron un capital!

Regía la Ordenanza en vez de la Constitución. En la Secretaría de Justicia, los jueces tenían que obedecer a sus superiores jerárquicos, que se aprovecharon muchas veces para todo género de asuntos y en vez del criterio jurídico, se estableció el criterio de obedecer, que tenemos los soldados.

Por otra parte, extendía nombramientos de generales, de coroneles, de capitanes, de todos los grados, a los civiles que me lo pedían.

¡Y, señores, la militarización de México, acabó con el Ejército federal!

Los orígenes de muchos fracasos militares estuvieron en la participación que tuvieron *los irregulares* (así se denominaba a los militares que no eran de línea) en los combates contra los revolucionarios. Por un general Argumedo, que por su arrojo avergonzó a veintidós generales federales en el desastre militar más grande, en San Pedro de las Colonias, había mil generales y jefes irregulares que se queaban, mataban, incendiaban y huían ante el enemigo ...

La prostitución de las cruces

Otra de las causas más determinantes de la destrucción del Ejército federal, fue la prostitución de las *cruces del mérito militar*.

Nadie ha observado esto y, sin embargo, tiene importancia por los hechos que se relacionan con la disolución del Ejército federal.

Señores, para un militar del Ejército federal, del único Ejército de la República, la *Cruz del Mérito Militar* era la suprema aspiración.

Ni el general Díaz ni el señor Madero, habían otorgado la *Cruz del Mérito* a oficiales y jefes que no la merecieran. Se necesitaba que el gesto heroico que reclamaba la imposición de la *Cruz*, fuera de los más notables, digno de ser citado como ejemplo entre las más bellas acciones; llenar las condiciones que marcaba la Ordenanza que son muchas, una como necesaria: haber sido herido por el enemigo y no abandonar el puesto durante todo el combate.

Se necesita uno morir tres veces para obtener la condecoración del mérito militar, dicen los militares para explicar lo difícil que es obtenerla.

¡Y yo pedí una lista de los sublevados de la Ciudadela para darles la *Cruz del Mérito Militar*!

¡A todos los que me pusieron en esta lista les di la *Cruz*; a todos los que yo quise premiar para atraérmelos; porque eran honrados y valían, les di la *Cruz*; y a todos los que quiso el general Mondragón que yo premiara por el cuartelazo que rompía con la lealtad del Ejército, los condecoré con la *Cruz del Mérito Militar*!

Los que la merecían se sintieron humillados; los que no la merecían, se envanecieron y ya no ambicionaron nada más que enriquecerse.

Desde aquel momento la oficialidad no tenía ideales en el Ejército federal. Luchaba sin estímulo. Luchaba, señores, por lo que luchó a favor de don Francisco Madero: por hombría, según ese gascón que se llama Eguía Lis.

Los grados a los civiles y los ascensos sin causa justificada, hirieron al Ejército. No complacían los ascensos a los militares, pues la gran masa, la que combatía, la que daba su sangre por el Gobierno, era postergada.

Tengo la seguridad de que se me odió más en la clase militar que a don Francisco Madero, por lo menos más justificadamente.

La militarización llegó hasta los gobiernos de los Estados en una forma deprimente. Algunos civiles protestaban; otros vestían el uniforme sólo para servir de escarnio a los hombres independientes.

Los gobernadores militares desarrollaron una acción brutal, de fuerza, de medidas arbitrarias, de despojos ...

Se odiaba a todos los gobiernos militares, a todos, sin excepción.

La leva y las contribuciones eran deprimentes. Reclamaba la guerra un contingente que hacía perder las labores en los campos y el fruto del trabajo en los pueblos.

De los hogares eran arrancados muchos hombres para que los generales ineptos los ofrecieran de carnaza a la Revolución.

Los gobernadores se enriquecían a costa de operaciones en que fracasaban todos los esfuerzos de los contribuyentes.

¡Tal como yo lo implanté, es el verdadero Gobierno militar!

Mis hombres

Mis hombres lo fueron de todas las capas sociales: desde oficiales del Ejército procesados por el delito de peculado, como mi sobrino Joaquín (Maass), hasta los licenciados Gorostieta y Tamariz, modelos de honradez. y de inteligencia. vidas de una pureza ejemplar.

¡Políticos facasados del foro mexicano; filibusteros de la peor especie; ladrones conocidos, bravis de profesión; enterradores profesionales; poetas de prestigio universal, declamadores; tribunos; eminencias en las artes y en las letras; mediocres, condenados a fracasar; soldados abnegados y valientes; verdugos de profesión; periodistas, obispos; todo lo que sobresalía en la espuma o en la basura de la sociedad mexicana estuvo a mi servicio!

Diréis que todos los gobiernos disponen de malos elementos; sí, pero ningún Gobierno los tuvo tan cerca como el mío.

En muchas temporadas no quise tener segundas manos, yo mismo me entendía con los pícaros y con los hombres de bien.

Entre los hombres buenos que se acercaron a mi Gobierno, no había uno de mala fe: todos estaban animados por una idea nacional, salvar a México. Con sinceridad creyeron que la caída del gobierno de Madero, había sido un gran paso para el restablecimiento del orden y de la paz; ninguno supuso lo que hoy sé que es una verdad: que la Revolución no había muerto con Madero.

En efecto, señores, en aquella época, sólo dormía la Revolución, pero la prédica maderista, clamando por una gran conmoción social que arrojara del Poder a los hombres que disfrutaban de todas sus ventajas para substituirlos por los que nada tenían, estaba latente en el corazón de la República.

La gente de orden, es decir la gente satisfecha, tendría que ser arrollada por la gente del desorden, todavía hambrienta e insatisfecha.

Sin el cuartelazo, Madero habría sido sacrificado por la misma Revolución que acaudillo, porque Madero no hizo desde su exaltación a la Presidencia, obra revolucionaria: no llevó a todos sus amigos a los puestos públicos, no cumplió las promesas que había formulado a los humildes, no reformó la sociedad ...

Y no hizo todo esto por una sencilla razón: su familia, que había sido revolucionaria sólo en las horas más amables de la lucha, era, desde el triunfo, más conservadora que el **Partido Católico**.

Decía que escogí mis hombre entre todos los medios sociales. No escatimé favor alguno, no me opuse a una sola de las adhesiones que se me hicieron. Entre los hombres del cuartelazo y los que no habían tomado parte en el cuartelazo, no establecí ninguna diferencia. Todos recibían al mismo tiempo, lo que deseaban; satisfacían sus anhelos de lucro, o de honores.

Llegué hasta creer que con mi Gobierno todos los mexicanos eran verdaderamente felices.

Las ambiciones de Mondragón

Mondragón es el más trabajador de los hombres que yo conozco. No creo que lo pueda superar ninguno de los que luchan en México ni de los que están en el destierro. ¡Es un hombre que representa la actividad, pero la actividad desordenada, la actividad al acaso: se parece a una tempestad! Ni tiene orientación, más que sus ambiciones, ni su labor es ordenada: las energías se consumen en él estérilmente.

Su paso por la Secretaría de Guerra se marcó por estas dos tendencias: mucho trabajo para aumentar el Ejército y gran descuido para salvar a las fuerzas que combatían a los revolucionarios.

¿Me comprendió Mondragón? ¿Fue de los que vieron con toda claridad que yo deseaba que continuara el movimiento revolucionario para justificar así mi permanencia en el Poder?

Lo ignoro. Pero esto no tendría importancia. Su conducta política sí me fue del todo favorable. Inmediatamente que vió que lo estaba dejando enriquecerse con grandes contratos que el Gobierno no podía pagar, Mondragón me fue adicto y vió que mi discípulo Félix estaba alejado para siempre de la Presidencia.

Mondragón fue el hombre a quien más elogí durante mi administración. Hasta los triunfos de la *División del Norte*, mi más grande orgullo, los puse a sus pies, proclamándolo maestro de todos mis jefes y oficiales de artillería, en un banquete en el que cruzó por mi mente la idea de acabar con aquel hombre que no servía para otra cosa que para ganar dinero.

Uno que quería la presidencia

Después de Mondragón, Garza Aldape fue el que mayor influencia tuvo durante mi administración. Pero la tuvo porque lo permití, no porque supiera conquistarse ninguna confianza, ni porque su habilidad me obligara a guardarle ninguna consideración.

Garza Aldape quería ser Presidente de la República, por la misma razón que se me antojara ser Papa. Su inteligencia como político, puede medirse con el hecho siguiente: pensó y creyó que yo le ofrecería la Presidencia en un rato de buen humor.

En su inconsciencia, no llegó a temerme, como me temía Mondragón, sino por el contrario, creyó poder influenciar en mi persona lo suficiente para que yo le entregara el Poder.

Y así como a Mondragón le di un plazo para que abandonara el territorio nacional, a Garza Aldape lo hice salir del ministerio en la forma más dolorosa para él: ordené a mis ministros, los señores Moheno y Lozano, que le pidieran su renuncia.

Lozano y Moheno eran sus enemigos.

Inmediatamente que este hombre que no me había conocido, entregó su renúncia, se apoderó de él el pánico más grande.

No encontraba un lugar próximo a la playa donde se embarcaría para ausentarse de mí. Temía que lo asesinara.

Para calmarlo, le envié mi retrato con una dedicatoria en que le decía era él (Garza Aldape) el único hombre capaz de sucederme en la Presidencia.

La destrucción de mis hombres fue cosa fácil. No encontraba ninguna resistencia en ellos. Cedían ante mí, temerosos de que los mandara ejecutar como ellos lo hacían con los enemigos del Gobierno.

En vez de fortalecerse, de acostumbrarse con la frecuencia del derramamiento de sangre, se acobardaban como mujeres ante un espectáculo desagradable.

Mis ministros

A mis ministros los elegía sólo por ligeros datos que me daban mis amigos, o sus enemigos. No me preocupaba la elección de mis hombres, porque yo sabía que no había hombres en México.

Señores, voy a hablar con la rudeza de un soldado, como lo he hecho hasta aquí. Temo que se me critique por esto, pero no puedo dejar de expresarme en tal forma, porque escribo para que se me entienda.

He dicho que no había hombres en México y es la verdad: el señor general Díaz se había encargado de *castrar* a todos los hombres, de corromper a todo el que tenía alguna idea, a todo el que podía sobresalir un palmo de la *estatura obligatoria*, es decir, de la abyección y de ignomlnla.

Por esto cuando se dice que el general Díaz era patriota, no puedo menos de reírme. ¿Patriota un hOmbre que no había hecho Patria? ¿Patriota un hombre que dividió el Poder de la República

entre él y el más voraz de cuantos judíos han pasado por la tierra, el señor Limantour?

¡No! El general Porfirio Díaz no era patriota ni era grande. Era el peor de los gobernantes que le pueden haber tocado en suerte a un pueblo.

Para que se vea lo poco que me preocupó la elección de mis hombres, diré que que un *reporter* tuvo ingerencia directa en el nombramiento de tres de mis ministros y que el licenciado López Portillo, que después ha declarado que yo lo hice ministro a la fuerza, lo nombré en el mismo instante en que lo vi, sin pensar previamente que iba a designarle para tal puesto.

Recuerdo algo sobre el señor licenciado López Portillo muy interesante. Le dije a Lozano, mi ministro, que me diera su opinión sobre su paisano. Aunue habían sido enemigos, Lozano me dijo que Portillo era una persona excelente para desempeñar el cargo de Procurador de la República. Le dije que me lo llevara. Y en Consejo de Ministros, lo hice entrar y lo presenté como mi Ministro de Relaciones, es decir, como jefe del Gabinete.

Lozano se asustó tanto, que se iba a caer ...

Así escogí a mis ministros. ¿A ti, lector, no te tocó en mi Gobierno una secretaría de Estado? ...

El vértigo del Poder

La ocupación de un alto puesto, desorienta a los hombres, los hace cambiar de ideas, los hace vacilar en sus más firmes convicciones. Yo he visto que todos mis hombres cambiaron a mi lado. Vi a un hombre muy honorable, de una intachable conducta, convertido en asesino monstruoso, más asesino que yo, señores. Vi a liberales de las más firmes convicciones, proponerme alianza con el clero como única salvadora; vi a muchos humildes burgueses, devorados por todas las ambiciones ...

Con López Portillo ocurrió algo asombroso. Siendo gobernador del Estado de Jalisco, se le ocurrió excluir a las monjas de tres conventos para cumplir con la Constitución. Les propuso indemnizaciones, las trató de consolar ... pero las expulsaba ignominiosamente.

Ellas ocurrieron a mí, y yo, que no soy mocho, las dejé en sus conventos ...

Sólo un hombre no cambió en mi Gobierno: Lozano.

Yo fui mi ministro en todos los ramos y quise ser también el director de la campaña militar en toda la República. Salvo las épocas muy breves en que autorizaba a mis hombres para que obraran en tal o cual sentido, yo obraba por mi cuenta y escogiendo los medios que me parecían más apropiados.

Se acusó en muchas ocasiones al *Cuadrilátero* de ser el director en los asuntos públicos y se le concedió una influencia que estuvo muy lejos de tener en mi administración.

Como buenos mexicanos, los abogados del *Cuadrilátero* se dividieron en cuanto subieron al Poder y tengo la seguridad de que se hubieran hecho pedazos unos a otros si no se unen solo incidentalmente para batir a sus enemigos más próximos, los que estaban a mi lado desempeñando puestos tan importantes como los de ellos.

Yo llamé al *Cuadrilátero* porque soy un enamorado de la oratoria. Necesitaba oír hablar bien; y necesitaba que se me satisficiera en la más grande de mis debilidades: 'mi amor propio.

Señores, sin que alguien me llame grande; sin que se alfombrase mi paso con las rosas del elogio - como dice no sé quién-; y sin que se canten mis hazañas de la *División del Norte*; yo no hubiera sido feliz. La Presidencia era eso para mí, en lo que se refiere a la parte meramente ideológica.

Como buen militar me enamoraba de lo brillante, de lo ampuloso, de la ostentación. ¡Me gustaban las arengas de Lozano porque reclamaban para mi persona la admiración del mundo; sentía con ellas el orgullo de ser grande; me figuraba que ellas me alzaban sobre el nivel de todos mis compatriotas hasta la región de los héroes!

¡Cuando invocó la figura de Cuauhtémoc, ante el logo de Xochimilco, yo sentí que el héroe me sonreía y me llamaba *hermano*!

¡Ah, fue aquel el momento más bello de mi grandeza! Si Lozano me pide cualquier cosa ese día, se la doy.

(Bueno, cualquier cosa que fuera otra que la Presidencia).

La oratoria de la intelectualidad mexicana también proclamó mis triunfos. Donde quiera que un hombre inteligente hablaba, se decía de mi valor, de mi serenidad ante el peligro, de mis campañas.

Y cada vez que hablaba alguien así, conmovíame profundamente; cada vez sentía yo más grande, más intensa, la aspiración de dominar, de luchar por sostenerme en el Poder, de prolongar por toda mi vida aquella era de grandeza.

¡Ya me explico, señores, por qué Don Porfirio y todos los hombres que han estado en el Gobierno, olvidan la fecha de las elecciones y sólo se acuerdan de la reelección!

También yo hablaba y convencía a los que me escuchaban. ¡Hasta los conmovía a veces; los hacía llorar o estremecer hasta la raíz de los cabellos!

Sin embargo, yo no soy orador; soy un hombre que habla lo que no siente: eso es todo; pero pongo tal calor en mis palabras, que convengo a mis auditorios: empleo en mis arengas no sólo una literatura muy especial, sino también el tono imperioso al que estoy acostumbrado por mi profesión de militar.

Además, ya lo han dicho muchos, poseo un don que no tienen todos los hombres, sino los oradores y los grandes: el de sugestión. Convento al que trato de convencer, lo engaño .. *me lo tanteo*, como decimos en México.

Por eso mis discursos arrebataron a las multitudes. Cuando dije el primero en la Cámara de Diputados, una gran parte del auditorio me era hostil. Al terminarlo, todos me aplaudieron y todos estaban conmovidos: *me los había tanteado*, nada más.

Mi fe en Dios no es profunda -es decir, soy ateo- y mi fe en la religión católica sólo se fundaba en la atracción hacia el partido que en nombre de esa creencia tenía mas adeptos.

No tengo, tampoco, tendencias hacia el espiritismo, del que era gran adepto don Francisco Madero.

Mi alianza con los católicos fue aconsejada por mi compadre el doctor Urrutia. A esa alianza se debieron las persecuciones que los revolucionarios han consumado con tanta saña en sacerdotes y monjas, no obstante que, según el criterio general en mi país, los hombres del campo, que son en su mayoría los levantados en armas, son católicos.

Y bien, señores, yo debo hacer esta rectificación para que las iras de los revolucionarios no caigan sobre los desventurados religiosos de mi Patria.

El **Partido Católico** me prometió ayuda y me la prometieron los príncipes de la Iglesia mexicana; pero no me la llegaron a dar ...

Los católicos se conformaron con no atacarme; tal vez aisladamente algunos hayan dado hasta ayuda moral a autoridades secundarias; pero la ayuda que me podían haber dado, la ayuda que representaba todo el triunfo, el *dinero*, esa no me la dieron.

Y por eso, por hacer las cosas a medias, los señores ricos y los señores católicos no triunfaron entonces y hoy son vencidos.

Cualquier sacrificio de dinero que hubieran hecho para ayudarme, hasta la cesión del cincuenta por ciento de sus intereses, hubiera sido un excelente negocio para ellos: hubiéramos acabado con la revolución: hubieran tenido tiempo y leyes para resarcirse de la pérdida salvadora.

No quisieron, y hoy es muy posible que lo pierdan todo. ¡Allá ellos!

Yo he dicho la verdad en este caso, no sólo porque así lo he prometido al iniciar mi libro, sino porque quiero, a pesar de los perjuicios que me hicieron sufrir, evitar torcidas interpretaciones de parte de los revolucionarios.

Lo digo sin ironía.

La campaña

La campaña militar fue una serie de fracasos de los señores jefes a quienes estuvo encomendada; pero no hay responsables de tales fracasos: el único soy yo.

La guerra, señores, según Napoleón y según todos los hombres que tienen un átomo de razón, se hace con dinero. El general Joffre, sin haberes para su tropa, sería un ... iba a decir un Refugio Velasco.

Pero no sólo cooperó al desastre la falta de dinero; también y muy principalmente, la falta de un Secretario de la Guerra.

No voy a reprochar la labor militar de mi general Blanquet. ¡Por el contrario, tengo en su abono

sólo palabras de gratitud y una gran admiración por sus trabajos y porque quería fusilarme días antes de que cayera del Poder!

Subordinado a mí en todo, Blanquet tomaba mis acuerdos y hacía que se ejecutaran al pie de la letra.

Y yo ordenaba desde el Palacio Nacional, teniendo como única guía esta razón: *si crece uno de mis generales en la opinión y le confío un gran núcleo de fuerzas, me derribará.*

La verdad, mi régimen fue el de la desconfianza. Temía de todos mis hombres; consideraba que cada uno de los que tenían a su mando elementos de fuerza, podía volverse contra mí, pronunciarse y aplastarme: la escuela de la Ciudadela sin duda que había hecho adeptos.

Y por esto nunca intenté una reconcentración para batir al núcleo más fuerte, el de Sonora; por esto mis generales nunca mandaron más de mil quinientos hombres, salvo en ocasiones muy comprometidas, cuando yo sabía que iban a ser arrollados por la revolución.

Las columnas de mi sobrino Joaquín (Maass) y de mi general Rubio Navarrete eran tan pequeñas como grandes las señalaba la prensa.

Yo confiaba en Joaquín y desconfiaba de Rubio, pero este asunto merece capítulo aparte.

La imbecilidad del general Mercado, entregando Chihuahua a Francisco Villa, no me indignó mucho, pues desde que quité a Rábago el mando de la *División del Norte*, supuse que algo grave iba a ocurrir.

Sin embargo, preferí y preferiré siempre que me sirvá un Mercado, que nunca se me rebelará, a un Rábago, en quien veía un hombre inteligente y de prestigio, capaz de pronunciarse en mi contra y aniquilarme.

Después, la caída de Torreón me hizo comprender que Munguía era un imbécil, y que como éste necesitaba yó muchos hombres.

Bravo comandaba las fuerzas que defendían Torreón; pero se le había hecho una campaña política por los Garza Aldape y esto nos había privado de tan buen elemento para la defensa de aquella plaza.

La muerte del valiente general Alvérez no me causó la misma pena que a Blanquet que era su compadre y que lloró como un niño.

Cuando me comunicaron la noticia seguí embriagándome en el Café Colón en tanto que Blanquet lloraba.

La campaña siguió de fracaso en fracaso. Cada jefe malo, recibía elogios personales míos y tenía o un gobierno o una división a su mando.

Así Medina Barrón, Rasgado, García Hidalgo, Velasco, Ruelas, Cortés y tantos otros llegaron a ser divisionarios o gobernadores.

La matanza en detall

El sacrificio en *detall*, como el murmurador señor general Rubio llamó a la campaña militar, consistía en esto.

Se enviaba una pequeña columna a una zona donde el enemigo era fuerte. Allí quedaba abandonada la columna y al poco tiempo era batida y muchas veces aniquilada. Al evacuar la plaza, esperaba el auxilio que siempre llegaba tarde.

El enemigo repetía la derrota de mis fuerzas y entonces se mandaba una nueva columna al sacrificio. Era una matanza por tandas, era *el sacrificio en detall*, como dijo admirablemente mi general Rubio.

Las columnas de auxilio siempre estuvieron organizadas con precipitación, siguiendo un sistema muy especial que no arrancó protestas más que de los labios del señor general citado anteriormente. De los reemplazos que llegaban a los cuarteles, o bien de los barrios bajos o de los mercados, se tomaban quinientos o mil hombres. Se les embarcaba en los trenes militares y se les vestía en el mismo tren, en camino para el lugar del combate. Muchas veces estos hombres combatieron antes de que bajaran de los trenes, cuando los rebeldes asaltaban los convoyes militares.

Por esto es que se dió el caso, con alguna frecuencia, de que los soldados no supieran ni manejar el arma ante el enemigo.

Las hecatombes que se desarrollaron por la falta de dirección en las campañas alcanzaron una magnitud que sólo tienen las grandes derrotas.

De *la matanza en detall* como decía el señor general Rubio Navarrete, no se da un caso igual al que voy a citar a ustedes y que prueba la impericia de algunos militares a los que les di mando, no obstante que no eran aptos ni para mandar una compañía.

Hago estas revelaciones sólo con un objeto: que se dé al glorioso Ejército nacional, el lugar que se merece por su heroísmo, por su abnegación para el sacrificio.

Sacrificios

Desesperado de las imbecilidades que cometía mi secretario particular, el general Víctor Manuel Corral, lo envié a la campaña. No pudo objetar nada, como lo hiciera Guasque, quien con lágrimas en los ojos me había declarado su falta de valor para ir a combatir. Corral sí fue, todo asustado, a la campaña.

En San Luis Potosí, quedó durante algunos meses como jefe de las armas. Y bien, sólo en los destacamentos que repartió entre San Luis Potosí y Vanegas, murieron más de tres mil hombres en tres meses. El revolucionario Carrera Torres, con tres mil hombres caía sobre los pequeños destacamentos, los copaba y sin obtener la rendición de ningún soldado, ordenaba el fusilamiento en masa.

Por la impericia de Corral solamente, murieron allí muchos oficiales técnicos, ingenieros y artilleros que el general Corral mandaba a la campaña con diez y quince hombres, como si fueran sargentos o cabos.

Y esto ocurrió siempre; una vez por mil iban los soldados y los oficiales, mandados por hombres

más competentes que ellos.

¡El deber!

Y, sin embargo, el Ejército no se sublevó. El Ejército seguía siendo leal al Gobierno de la República. Sucumbía en los campos del norte y en las montañas del sur, sin una protesta, sin un lamento, con un heroísmo sin semejanza en los tiempos pasados.

¿Por qué no se sublevaron los jefes? Por varias razones. Los veteranos, los que habían estado en las campañas anteriores, me temían y sabían que el regreso al cuartelazo, a la sublevación, no los llevaría sino a una efímera era de prosperidad ... Y los otros, los jóvenes, los que habían salido del Colegio Militar de Chapultepec, no se habían mezclado en los pronunciamientos felixistas ni maderistas, por orgullo, por honor, por algo que condensaban en estas palabras: *por el cumplimiento del deber*.

Ah, señores, por esta palabra han sucumbido más de cincuenta mil hombres durante mi Gobierno; por esta palabra durante toda la época de mi Gobierno, bañé en sangre la República, desde el Norte hasta Guatemala ... Por esta palabra sagrada se consumaron más crímenes durante mi Gobierno que por todas las malas pasiones ...

Yo reclamo para los muertos, para los que cayeron pensando que sucumbían por el cumplimiento de su deber, el respeto de todos los mexicanos. Si yo fui malo, en cambio nadie podrá negar que el sacrificio de tantos hombres muestra la energía del alma mexicana.

Joaquín, mi sobrino

La guerra es dura. La sangre que en ella se derrama cae solamente sobre algunos culpables y sobre muchos inocentes. Las maldiciones, que deberían ser tan sólo para los jefes de los gobiernos que mueven a los soldados, caen sobre' los jefes militares que emprenden las operaciones. Esta injusticia es eterna, como todas.

Las represalias en las guerras civiles son cruentas, más que los combates, y por esto que durante la campaña militar que hicieron mis generales contra la revolución, se registraron escenas que no son sino la reproducción de las que registra la historia de todos los pueblos, en todos los tiempos.

¿Justifico con lo anterior la actitud de algunos de ¡mis jefes? ¿Logro desvanecer con estas razones los cargos que se hacen sobre los militares que por servirme consumaron todos los delitos que consideraron necesarios para obtenerl el triunfo?

Sólo quiero hablar de un general, el más atacado y vilipendiado por la opinión pública y aun por los mismos militares: me refiero a Joaquín Maass, mi sobrino.

Los defectos principales de Joaquín son de aquellos que hacen fuertes a los hombres: quería progresar y no se detenía para nada en los medios.

Joaquín no tenía para pagar pequeñas cuentas días antes de que estallara el movimiento militar de la Ciudadela. Estaba arruinado.

Yo lo había llevado a la *División del Norte*, infringiendo la ley, y hasta una orden de la Secretaría

de Guerra, donde se sabía que estaba procesado por peculado. Se le atribuía algún otro desfalco en Morelia, y creo que otro en la reconstrucción de unos salones de Chapultepec. Su fama era mala, porque quería dominar, porque era soberbio como todos los que quieren el triunfo.

En la *División del Norte* tuvo oportunidad de hacer dinero. Yo se la di en unos cuerpos de ferrocarrileros, pero si algo hizo fue una miseria. Entonces se conformaba, más que todo, con su rehabilitación. Procesado por peculado nadie puede ir a la campaña ... nadie que no tenga, como Joaquín tenía en mí, un buen padrino.

Ya he dicho cómo me sirvió más tarde, durante la Ciudadela. Con Cepeda fue mi agente confidencial. Aquellos dos hombres eran todo para mis planes. Inteligentes y valientes, me servían para mis ambiciones mejor que nadie, y especialmente Joaquín que no había de detenerse nunca por escrúpulos morales.

Si dijera que lo quería por gratitud o por afecto de familia, nadie me lo creería.

El general Rubio

Un choque entre Joaquín y el general Rubio Navarrete, choque originado sin duda alguna por la disparidad de caracteres, pues Rubio es la honradez personificada, me permitió utilizar a mi sobrino en algo más: en el militar que caería sobre Rubio en el caso de que éste se levantara en mi contra.

Cuanto diga yo de mi desconfianza de los hombres, es pequeño para explicar la idea que tengo de todos, absolutamente de todos ... Se entiende que menos de los que como algunos viejos generales son incapaces de levantarse ... hasta de la cama. Pongo por ejemplo a Joaquín Téllez.

Tenía desconfianza de Rubio porque es joven, valiente, impetuoso, enemigo del dinero. Señores, cuidense ustedes mucho de los hombres que no quieren dinero: no sirven para ayudar a gobiernos. A un hombre capaz de venderse por dinero, se le puede encadenar sólo con permitirle que haga cualquier fechoría; pero un hombre que no roba, que sólo ambiciona glorias militares u honores, y que es vuestro amigo, es más peligroso que todos los enemigos.

Y por esto dividí siempre las campañas, fraccioné el mando de las grandes divisiones, impedí que un solo hombre tuviera un poder que pudiera volverse contra el mío. Por esto yo fui mi ministro y mi general.

¿Necesito decir que si logré uno de mis objetos, en cambio perdí siempre en la campaña y en la administración?

A veces yo pensaba que mi desconfianza debía terminar, que debía dar mando militar a algunos jefes, pero un mando verdadero; sin embargo, temía que se sublevaran en mi contra. ¡Ya había sucedido así con don Francisco I. Madero!

Por tal causa la campaña de Nuevo León y Coahuila, la hicieron Joaquín Maass y Rubio Navarrete.

Con dos pequeñas columnas se batió a los revolucionarios en la forma más brillante. Y ya cuando sólo una partida de trescientos hombres quedaba frente a nuestras tropas, ya que había muerto la revolución carrancista, ordené que las operaciones se suspendieran: las dos brillantes columnas quedaron inmóviles y los revolucionarios pudieron rehacerse, volver a la lucha, crecer

...

¿Por qué hice esto? Por confianza en mí mismo, por la seguridad que tuve siempre en que el día que me reconocieran los Estados Unidos, la revolución se extinguiría por sí sola ...

Mueran los anti-huertistas

Los fracasos de algunos jefes que operaban en Torreón y en Zacatecas, dieron a mi sobrino una brillante oportunidad para emprender una buena campaña, pero por las difíciles circunstancias pecuniarias por las que atravesaba el Gobierno, y por el presentimiento de que muy pronto todo iba a terminar de manera desfavorable para mí, Joaquín cometió algunas torpezas.

El hacía la campaña a mi favor y a su favor: trabajaba con la fe de los ambiciosos, con el entusiasmo del que quiere y sabe que va a ganar mucho, mucho: todo lo que quiere, más quizás. Y emprendió su campaña atrayéndose el odio de los pueblos por donde pasaba: su camino se marcó con sangre, con maldiciones, con incendios. Su falta de tacto político hizo que la revolución prosperara en vez de decrecer: no tenía sino ese lema: *mueran los anti-huertistas*.

Sé que en varias ocasiones estuvieron a punto de asesinarlo. La opinión le fue adversa siempre. ¡A su llegada a Saltillo ordenó que se le entregara una gruesa suma en oro y la pidió en forma tan indiscreta que tal robo provocó una escándalo nacional!

Fue Joaquín con su familia el primero que salió del territorio nacional, el primero de los huertistas. No me pidió tal cosa: había venido del norte, por dinero y cartuchos. Ordené que se le dieran quinientos mil pesos, y cuando se me presentó para despedirse, le ordené que se embarcara con su familia para Europa, confesándole que ya había acabado todo.

Se llevaba bastante dinero. Había hecho negocios brillantes cuando fue jefe de mi Estado Mayor, y se había enriquecido en la campaña donde todo, absolutamente todo, lo acaparó para sí, no dejándoles a sus oficiales ni las migajas.

Mi enemigo Mr. Wilson

Obtener el reconocimiento de mi Gobierno por el de los Estados Unidos, fue para mí la mayor preocupación.

Ya la mayoría de las naciones habían enviado sus diplomáticos ante mi Gobierno; mi prestigio como hombre capaz de fundar un Gobierno estable, que diera garantías a los extranjeros, era universal. Los diplomáticos europeos me tenían simpatías. Veían en el general que había dominado a la revolución de Pascual Orozco, a un hombre muy semejante a Porfirio Díaz. La energía de que daba muestras mi actitud determinando la muerte de los dos gobernantes; la elección que hice de los hombres más aptos para formar con ellos mi Gabinete, auguraban un Gobierno sólido, hacían suponer en el restablecimiento de la paz Porfiriana.

Pero los Estados Unidos no me daban su reconocimiento: ante las naciones europeas, que me habían reconocido, no era yo sino un *Presidente de opereta*, a quien no se le podía prestar dinero.

Los banqueros reclamaban para sus empréstitos el reconocimiento de los Estados Unidos.

¿Por qué no obtuve el reconocimiento? Por muchas causas. La principal: falta de diplomáticos a

mi lado.

No es verdad que don Federico Gamboa sea un buen diplomático; y no es siquiera un canciller de consulado ...

Voy a probarlo con la narración general de los sucesos.

Las dificultades para el reconocimiento de mi Gobierno crecieron con la intervención de Mr. W. Wilson, el Presidente de la Unión Americana.

Una campaña muy bien orientada cerca de este señor, fue el origen de todo. El señor Wilson es un soñador, un hombre que ignora las necesidades, las tendencias y las pasiones de los pueblos de la América española. Cree el señor Wilson que se pueden implantar en México las reformas que existen en los pueblos más cultos; supone que en México la sucesión presidencial se puede consumir sin efusión de sangre; cree en la igualdad de tendencias del pueblo mexicano; y por último -lo que es más peligroso- piensa implantar sus teorías idealistas en toda la América española.

El primer argumento que opuso a los que lo instaban a hacer el reconocimiento de mi Gobierno, fue éste:

Es preciso que ningún Presidente llegue al Poder por la fuerza. Sentado este precedente fracasarán todas las revoluciones.

Yo lo confieso: la propaganda que los hombres de la revolución hicieron para ganarse a Mr. Wilson, fue activa. ¡Desplegaron todos sus esfuerzos en este sentido, enviándole agentes, yendo ellos mismos a hablarle y a convencerlo; buscando senadores que en el Congreso americano ejercieran influencia en el ánimo del Presidente; dando conferencias públicas en las que se señalaba a Madero como una víctima llorada por la República, cuando a nadie le había causado la menor emoción! ...

Por otra parte, Villa obtuvo triunfos que atrajeron la atención de los Estados Unidos sobre su persona. La casualidad hacia que Villa prosperara de una manera increíble. Tomó Ciudad Juárez y Chihuahua en unos cuantos días, y luego batió y dispersó a la *División del Norte*.

La suerte ayudaba a la revolución. Se ha hablado, también, de combinaciones financieras; se ha dicho hasta el fastidio de ayuda moral impartida por los Estados Unidos a la revolución; yo creo en todo, pues, el parque y las armas cruzaron por la frontera México-americana.

MEMORIAS DE VICTORIANO HUERTA

Autor anónimo

CAPÍTULO CUARTO

Sumario

Mis *diplomáticos* y Mr. Lind.- La desorientación de Wilson.- El populacho.- La orgía huertista.- Un diálogo.- El ejército nuevo.- Mi *amigo* Rubio Navarrete.- De Chapultepec a *El Globo*.- La venta de los gobiernos.- La Cruz del 20° Regimiento.- Un beso a mi ahijada.- La familia real.- Charreteras y bandas.- El puente de Tlaxpana.- Mi compadre Urrutia.- Propositiones desechas.- Mi reyismo.- La disolución de las Cámaras.- Mi enemigo Mr. Wilson.- Yo, el hombre de América.- El entusiasmo del pueblo.- A la guerra.- La labor revolucionaria.- El ultraje al suelo mexicano.- La lucha.- El heroico Veracruz.

Mis diplomáticos y Mr. Lind.

Cuando Mr. Lind me propuso el reconocimiento de los Estados Unidos con la condición de que entregara el Poder, rechacé tal proposición indignado.

Yo creo que Lind estaba convencido de que yo podía salvar a México; pero era un buen partidario político y por eso su opinión fue la de su jefe, el señor Presidente de los Estados Unidos.

Lind ayudó a muchos revolucionarios mexicanos, estando en mi país; Lind se mostró aliado de los revolucionarios: ya he dicho que era un buen partidario político.

Las dos notas sensacionales en que expuse al Gobierno de Washington que mi actitud sería la

patriótica de no someterme a lo que me proponían, las lancé después de que hice el último esfuerzo para atraerme a Mr. Lind.

Una de las notas, la primera, la escribió mi compadre el doctor Urrutia; la otra el Ministro de Relaciones, don Federico Gamboa.

¡Y bien, señores, la nota tan admirada por todos; la nota que le dió prestigio a Gamboa, era del doctor Urrutia! ¡Y la segunda nota, la que siguió aureolando a mi Ministro de Relaciones, fue la causante de mi fracaso!

¡Así son los prestigios en los Gobiernos de México!

Pero decía que la segunda nota, que sólo era una tirada literaria, fue la que me perdió. Si yo no consiento en enviarla, hubiera obtenido un acercamiento con el Gobierno de Washington, hubiera podido intentar una transacción: después de aquella nota todo estaba perdido. No sólo había arrojado el guante a Wilson, había herido el sentimiento de los americanos.

Todo estaba perdido. ¡Ya eran inútiles las gestiones diplomáticas: la literatura del señor Gamboa me había rematado!

A todo esto la revolución crecía. ¡Los jefes que estaban en la campaña del norte obtenían triunfos; las derrotas que sufrían mis generales en Torreón, en Guaymas, en el sur, apresuraban mi caída!

Yo disponía de un grupo de generales para los que siempre tuve todas las consideraciones y que me eran del todo útiles, pues además de ser completamente incompetentes para poder luchar contra mí en el caso muy remoto, de una insubordinación, de un nuevo cuartelazo, hacían todo lo que yo les mandaba.

Estaban tan vinculados a mí, que eran como de mi sangre: pensaban en mi persona, como un hijo piensa en su padre; obraban contra los rebeldes como un hijo contra los enemigos de su padre; fusilaban como si con ello me quitaran enemigos mortales; sólo hacían una cosa para sí: enriquecerse.

Joaquín (Maass) que puede haber soñado en ser Presidente; a Luis Medina Barrón, a Miguel Ruelas, a Angel García Hidalgo ...

Pero no quiero distraerme del punto que estaba tratando y que se refiere a mi política internacional.

Pensé que el Gobierno inglés me daría su apoyo, que no consistiría sino en esta única cosa: en dinero. Me hablaban de combinaciones de petróleo: me decían que con el petróleo se podía salvar al país de la ruina, a la que lo llevaba la deplorable situación que se prolongaba indefinidamente.

La riqueza de la zona petrolífera, tentaba a todos los financieros, pero sin el reconocimiento de los Estados Unidos no podía conseguir absolutamente nada. Inglaterra y el Japón me hacían la corte, pero me convencí que sólo era por obtener concesiones para japoneses e ingleses, no para una alianza que me salvara del naufragio a que caminaba.

La desorientación de Wilson

En un principio llegué a suponer que mi actitud de reto a los Estados Unidos, me elevaría ante el mismo Wilson por la presión que sobre él hiciera su pueblo; pero el pueblo americano, me consideró como a cualquiera de los presidentes de Centroamérica.

Se tomaba en los Estados Unidos el caso *México* como un asunto político para hacer fracasar al partido triunfante en aquella nación: el *Demócrata*.

Se caricaturizaba a Wilson, se le destruía en su prestigio, pero al mismo tiempo se me destruía.

Las caricaturas en que me pintaba como un ebrio, se reproducían en todos los periódicos de la Unión Americana. Ya hasta se consideraba como un acto humanitario aniquilarme, arrojarme del Poder.

Entonces Mr. Wilson, del todo desorientado -porque es muy fácil desorientar a un soñador- ideó el golpe de muerte a mi Gobierno.

El populacho

Voy a hacer una confesión que descarga mi conciencia. Me convencí de que el pueblo de México me detestaba, en un momento de lucidez. Algunos datos aislados pude tomar de mis íntimos, pues se me ocultaba la verdad como se le ocultaba a Don Porfirio, por servilismo. Me odiaban ya hasta en la capital de México: todos los hombres que morían era por conspiración en mi contra; y en las Comisarias y en la Inspección de Policía, y en la Secretaría de Guerra se decretaban sentencias de muerte a centenares de conspiradores contra mí.

Los ebrios y los que querían sacrificarse, gritaban: *¡muera Huerta!*

Las ejecuciones eran diarias y constantes. No se tenía predilección por la categoría de las víctimas: humildes y poderosos, ricos y pobres, eran fusilados en la misma forma que Don Francisco y Don Gustavo, a tiros de pistola y en la noche.

El sistema de ejecuciones iniciado con la desaparición de Don Gustavo, se implantó como el mejor: nada de formalidades, nada de aparatos: se conducía a la víctima en un automóvil, se le hacía bajar y se le cazaba a balazos.

Yo estaba satisfecho. Es decir estaba satisfecho del procedimiento, pero no del número de víctimas: necesitaba que cayeran más cabezas, necesitaba que el número de mis enemigos fuera igual al número de muertos ...

Quería vengarme, para decirlo de una vez, vengarme de México que era todavía maderista, revolucionario, enemigo del orden y de la paz.

Y entonces no tuve misericordia; entonces el asesinato lo tuve como pasión dominante ...
¡Ordené la organización de las pequeñas columnas, de fuerzas que habían de sucumbir bajo las carabinas de sus mismos amigos, de los revolucionarios!

¡El pueblo! ... ¡el pueblo!

¡No hay pueblo en México, hay populacho!

¿Cómo si existía el pueblo no me aclamaba a mí, no me tomaba por su ídolo, no me consideraba su salvador?

¡Porque yo creí muchas veces, muchas, que yo era la nación, que yo era la Patria! ¡Así me lo decían todos los hombres, así lo pregonaban los sacerdotes en los templos!

¡El general Huerta es el salvador de México! ¡Es el Hombre providencial! ¡Es el Redentor de México! *Dios ayude al general Huerta en su obra redentora.*

¿Por qué el pueblo no lo comprendía así?

Y bien, había que acabarlo: ¡no merecía vivir!

¡Fue entonces cuando decidí abandonarlo todo; repartir la República entre mis generales, embriagarme con mis ministros y con mis amigos, sacrificar por medio de la leva el mayor número de hombres, en tanto que Paredes, el Tesorero General de la Nación, me reunía una bonita suma para en su oportunidad marcharme al extranjero!

Y desde entonces los campos de México se regaron de cadáveres de mexicanos que yo mandaba al matadero con la misión de sacrificarse, de sucumbir, en tanto que yo juntaba unos millones de pesos ...

¡Cayeron cien mil hombres para saciar mi venganza y preparar mi fuga!

La orgía huertista

¡La orgía huertista! Así se trató de expresar el desorden de mi administración. Y en verdad, que se le designe de esa manera, está bien hecho, pues a la administración porfiriana se le aludía con estas palabras: *el banquete porfiriano.*

La administración mía, fue, pues, una orgía de sangre, de robos, de lágrimas.

¡Ah, señores, nadie me comparó con los Césares de la decadencia romana! ¡Y, sin embargo, no ha habido un Gobierno tan semejante a aquellos, como el mío!

¡Yo paseaba por la ciudad grandiosa, por la capital de aquella hermosa República en medio de los vítores de mis amigos, ebrio y rodeado de poetas, de tribunos, de sabios!

¡Contaban los periódicos mis glorias guerreras y era frecuente que en mis paseos tropezara con una columna de soldados que iban al sacrificio por mí, sólo por mí, el amo de la República, el dictador!

¡Diariamente se sacrificaban en los pueblos que dominaban mis gobernantes, centenares de víctimas acusadas de anti-huertistas! En telegramas y cartas, mis hombres me ofrendaban aquellas vidas.

Un diálogo

No creí que hubiera entregado, nunca, la Presidencia de la República a nadie. Sin embargo, para dar una idea de lo que significó para mí la estimación que le guardé a Joaquín Maass, voy a referir algo que ha quedado en el misterio.

Un día se trabó este diálogo entre Joaquín Maass, padre, mi cuñado y mi subordinado, pues era general de brigada, y yo.

- Este señor (le dije señalando a Joaquín, su hijo), será superior a ti.

- Me alegraré mucho -replicó el general.

- Y he de hacer -añadí- que tú tengas que saludarlo, como corresponde a un inferior jerárquico en la milicia.

- No está bien que digas eso delante de mi hijo -replicó entonces el general.

- Yo soy el Presidente de la República y puedo decir lo que quiera -respondí.

Y, señores, si no se muere, el general Maass, padre de mi sobrino, hubiera tenido que cuadrarse ante su hijo.

Una vez me dijo el general Rubio Navarrete algo que se me quedó grabado y recuerdo tal vez mejor que él, que es de mala memoria.

El Ejército nuevo

Me dijo: es preciso hacer el Ejército nuevo, el ejército que represente la defensa de los intereses nacionales. Allí irán todos los jefes que se distingan por su honradez o por su inteligencia, de ellos se formará el gran ejército que un día, que yo no creo muy lejano, irá a combatir por la patria.

Ese ejército tendrá una sola idea: servir a las instituciones dentro de la ley, con un amplio y serenísimo espíritu nacionalista. De ese ejército y no de los traidores haremos el verdadero ejército, el que prepare a la República para la gran crisis que presentimos todos esta muy próxima.

Y me dijo algo más, porque para Rubio y para todos los oficiales del Ejército, yo no era de los traidores de la Ciudadela. Esto tengo que explicarlo, para que pueda entenderse. Los que me sostuvieron a raíz e triunfo, creían que yo representaba al Ejército, creían que yo no había tenido arreglos con los hombres que estaban dentro de aquella fortaleza, sino en este sentido: en que depusieran su actitud para no comprometer a la República en una intervención.

No creían que yo seguía meramente fines personales, Por eso a Rubio Navarrete yo no le dije nada de mis intenciones de aniquilar al Gobierno del señor Madero, porque Rubio Navarrete había dicho en todas las ocasiones que se le había ocurrido hablar (y esto tan frecuentemente que estuve a punto de fusilarlo varias veces), que el Ejército no debía mezclarse en asuntos políticos y que un militar que se mezcla en tales asuntos, ni es militar ni es político.

Mi amigo Rubio Navarrete

Rubio Navarrete encarnó, pues, en el seno de la *División del Norte*, la idea de la legalidad, la idea del perfecto militar, del que se abstiene de pensar en asuntos políticos para dedicarse exclusivamente a los asuntos militares.

Frecuentemente se señaló a Rubio como uno de mis más adeptos. Son los errores que tuvieron siempre los revolucionarios: Rubio Navarrete, si no ha estado educado en el Colegio Militar y si no tuviera la conciencia de lo que es el cumplimiento del deber, se hubiera revelado en mi contra.

Yo estuve a punto de fusilarlo en tres ocasiones. La primera cuando uno de sus oficiales que le debía toda su ciencia y toda su brillante situación, me delató a su jefe como conspirador. Ordené a Rubio que se me presentara en México a la mayor brevedad (estaba en Lampazos). Rubio vino sólo con un oficial de su Estado Mayor y estuvo a punto de ser muerto en el camino. Creo que di la orden de que lo ejecutaran, pero se apresuró demasiado y pasó antes que mi telegrama.

En otra ocasión me demostraron, con testimonios que ahora sé que son absolutamente falsos, que estaba en tratos con los rebeldes. Se aprovechaban sus delatores; que eran dos señores generales, de que un oficial de las fuerzas de Rubio se había pasado al enemigo con unas ametralladoras. Y se aprovechaban de muchos otros datos.

Y no obstante esto, los revolucionarios decían que Rubio Navarrete era mi más adicto amigo.

En otra ocasión se me presentó indignado, en un arrébató de los que en él eran tan frecuentes y ante los que yo guardaba algún temor de que fuera a atentar contra su vida (antentando contra la mía) y me dijo que yendo con un periodista, Joaquín Piña, había logrado capturar a un policía que el general Bretón le había mandado por orden de la Secretaría de Guerra para vigilarlo.

No lo maté. Pero lo hice sufrir en todo lo que él quería gozar. Las campañas que me pedía se las negaba; el mando de grandes unidades de fuerzas, se lo negaba; cuando en Santa Engracia, Tamaulipas, estuvo a punto de lograr una gran victoria, pues había vencido al enemigo el día anterior, ordené que se regresara a Monterrey inmediatamente.

A Zacatecas lo envié con dos oficiales a que repararan la vía de aquella plaza a Torreón, vía sobre la que habían cultivado los rebeldes grandes sementeras. No le di un hombre. Y lo mandé el mismo día en que su madre agonizaba ...

Sé que el día que lo hice general de división cayó en un sillón de su casa, estremecido de odio contra mí ...

... Se quejó públicamente de que yo hubiera ascendido a todos los que no lo merecían y se quejó de que yo lo hubiera ascendido sin merecerlo y dijo una verdad que me irritó: que yo lo que quería era desprestigiar a todos los hombres para ser yo el único.

De Chapultepec a *El Globo*

Así era como trataba yo a los hombres en mí Gobierno ...

No despaché en el Palacio Nacional sino unos días. Después, cuando me convencí de que era inútil sujetarme a aquel encierro entre paredes tapizadas de sedas, convertí mi automóvil en Salón de Acuerdos.

Despachaba a cualquiera hora y en cualquier lugar. Citaba a mis ministros y a mi jefe de Estado Mayor en el *Restaurant de Chapultepec*, en el *Café Colón*, en *El Globo*, en Tacuba.

Tenía una casa en esta última población, una casa de campo, de aspecto muy humilde, pero en la que me dedicaba a beber coñac, y a la cría de gallinas. Cultivaba allí una pequeña hortaliza y recibía a mis íntimos, a mis generales y a mis ministros a horas indeterminadas, lo mismo a las tres de la madrugada que a las doce del día.

Sin duda que del tiempo que duré en la Presidencia de la República, una gran parte, la mayor, la pasé en mi automóvil.

De día y de noche andaba en aquel auto y era frecuente que me siguieran cinco o más automóviles llenos de mis amigos, de personas que querían hablarme, de diplomáticos extranjeros, etc.

Desde muy temprano salía de mi casa y emprendía mis excursiones al *Café de Chapultepec*, al *Colón*, a Mixcoac o a San Angel.

Era frecuente que me detuviera en una humilde cantina a tomar una copa; también en muchas ocasiones comí en los puestos de fritangas, a los que acuden los obreros más humildes y los mendigos.

¡Esto me daba cierta popularidad en los barrios bajos; pero solía adivinar en los rostros de los humildes, gestos de un odio feroz!

Ministros, financieros, gobernadores, tardaban días y a veces hasta semanas en encontrarme. Yo los burlaba tomando distintos coches, ocultándome en cantinas o en casas, sin importarme que no se resolvieran los más delicados asuntos administrativos o de guerra ...

El desorden de mis amigos y administradores era más grande que nunca.

La venta de los gobiernos

Mi hijo Jorge vendía los nombramientos de gobernadores y de jefes políticos; en la Secretaría de Guerra había comerciantes amigos de Blanquet que se enriquecían vendiendo despachos de generales, de coroneles, de capitanes, o bien traficaban con los ascensos de los postergados o de los ambiciosos.

Se remataban en otros ministerios las concesiones más grandes, donde se presupuestaban cifras enormes, millones de pesos; y de cada oficina salía una decena de automóviles a banquetes escandalosos de altos funcionarios con gente de trueno.

En un rato de buen humor, yo regalé la Cámara de Diputados a uno de mis mozos a quien previamente disfracé de coronel, a Guasque ...

De los banquetes a los que se me invitaba a diario, salían muchos de mis amigos a ordenar ejecuciones de sospechosos del crimen más castigado o el único castigado: anti-huertismo.

En el Ministerio de Comunicaciones hubo escenas de bacanal; se violaron en las oficinas, por altos empleados, niñas que estaban allí colocadas como empleadas ...

¡A los gritos de ¡Viva el general Huerta! se acallaban las lamentaciones de millares de desventurados!

¡Así era la orgía huertista!

La muerte de don Belisario Domínguez, senador por el Estado de Chiapas, se me ha criticado y se le llama *el más grande de mis crímenes*.

Preguntadles a los militares y veréis que me dan la razón. Tuve hasta la prudencia de esperar el segundo discurso, pues el primero, que fue delatado por un gran número de senadores que capitaneaba el señor don José Castellot, lo consideré como obra del vino o de la locura.

Pero el segundo lo entregó a la Cámara cuando ya estaba impreso y publicado en todas las esquinas de los barrios.

Blanquet se resistió mucho a fusilarlo, pero al fin se cumplieron mis órdenes y Domínguez fue cazado a balazos.

Más tarde he visto que cometí un error y hoy admiro a aquel hombre que ofrendó su vida generosamente por una idea.

La Cruz del 29° Regimiento

Otros muchos sucumbieron con menos abnegación que aquel hombre. Pero yo tenía que matarlos, pues me ponían en el dilema de dejar la Presidencia o acabar con mis amigos. Y yo siempre preferí lo segundo.

Hubo un movimiento político, blanquetista. Algunos oficiales y jefes atraídos por los ascensos y por la palabrería Vidaurrázaga, habían hecho un núcleo fuerte de amigos políticos de Blanquet.

Un hombre obscuro, admirable para hacer dinero (era discípulo de don Mucio de P. Martínez), llegó a capitanear aquella muchédumbre de muchachos.

Yo no intervine, dejé que mis oficiales désbarataran aquello. No lo supieron hacer y entonces le quité a Blanquet todos sus amigos, todos absolutamente, enviándolos a la campaña.

Bretón hizo en Morelos más estupideces que el mismo Rasgado. Debo decir, en abono de éste, que era más sanguinario Bretón, y tal vez más tonto.

¡Tuvieron suerte buena los zapatistas desde que dejó la campaña el general Robles!

Volviendo al asunto, Blanquet se rodeó de nulidades y de ladrones. Los que se diferenciaban del grupo, se llamaban De Maure y Carmona.

Cuando yo condecoré al 29° Regimiento, glorificando con ello la infidencia y la traición, uno de mis oficiales más adictos, temeroso de que en el momento del entusiasmo de la tropa me fueran a dar muerte, y a proclamar a Blanquet como Presidente de la República, colocó treinta ametralladoras en el Hipódromo de la Condesa. Al primer grito se hubiera acabado el 29° (¡el glorioso 29°!).

Blanquet y sus amigos no se dieron cuenta de que yo había tomado precauciones.

Un beso a mi ahijada

En la prueba, Cepeda había dicho algo de lo que sabía de la Ciudadela, de mis tratos con Félix Díaz y con Mondragón y esto me irritó, me molestó algo.

Una vez en la calle, Cepeda no tuvo otra misión que la que él se impuso: seguir mi automóvil. En la mañana, era madrugador como yo, seguía mi coche montando en el suyo, sólo la mayor parte de las veces, en los últimos tiempos con el licenciado Flores Magón que también me iba a pedir no sé qué cosa.

Cepeda quería, también, algo, algún negocio; algo, que lo sacara a flote, pues no andaba muy bien de dinero. Yo le mostraba mi enfado, un enfado que siempre mostre a los que aparentaba querer, porque yo, señores, fuí como Porfirio Díaz un gran comediante; nada más que Porfirio Díaz tenía dos gestos: el de las lágrimas y el juramento falso. Lloraba y juraba con una facilidad que le envidiaría un comediante.

Pero yo no tenía el gesto de las lágrimas: no necesitaba conmover a nadie; me bastaba asustar ... Y a mis amigos y mis enemigos me imponía sólo con palabras duras, con breves interjecciones que los desconcertaban.

Desesperado de que yo no le hablara; fastidiado de seguirme y de no recibir ni mi saludo, Cepeda volvió a embriagarse.

Ya he dicho que se había convertido en un hombre de bien durante su prisión y se necesitó que mi ingratitud trastornara nuevamente su cerebro para hacerlo enloquecer. Y Cepeda bebió ...

Creo fue sólo una vez. Completamente borracho dijo que era hombre capaz de darme de balazos o de matarse conmigo. Y esta confianza de los rencores de Cepeda, la hacía ... no puedo decir a quien.

De la casa donde ocurrió tal escena no paró Cepeda hasta San Juan de Ulúa.

Allí siguió hablando en mi contra, jurando que me mataría. ¡Y la verdad, señores, yo tuve miedo de aquel hombre, yo, el que no temía a nadie!

Recuerdo que fue una mañana, en mi automóvil, cuando me leyeron el mensaje en el que se me comunicaba que se habían cumplido mis órdenes ... Me dirigí al instante a la casa del que había sido mi buen amigo y compadre. Subí las escaleras. Saludé cariñosamente a mi comadre viuda hacía una hora y puse un beso en la frente de la huerfanita ...

La familia real

El nepotismo, vicio de Gobierno en el que cayó Madero con tanta frecuencia, yo lo practiqué en más alta escala, no por el número de parientes favorecidos, pues el señor Madero tenía cinco mil y tantos, y los míos no llegaban a diez. (Por lo menos éste era el número de los que yo favorecía).

A los señores que me han atacado porque ayude a los míos, a mis parientes y a mis amigos, debo

decirles que para eso se lucha y que si un gobernante no ayuda a sus amigos está condenado a perecer.

Las parrandas de mi hijo es lo que más se me ha criticado. Se dice que Jorge, un día antes de la Ciudadela, trabajaba como escribiente en una secretaría de Estado, con un sueldo de sesenta pesos mensuales, y que luego llegó a tener una fortuna de un millón de dólares.

Y bien. Esta acusación es ridícula. Yo no había triunfado para que se enriquecieran los hijos de Villa, pongo por caso.

Se llamaba *la familia real* a algunos de los oficiales de mi Estado Mayor que formaban un grupo de favorecidos. A Joaquín Maass, mi sobrino, se le denominaba con el mote de *el príncipe heredero*.

Los militares empleaban siempre esta frase para explicar su postergación:

- ¡Como no soy de la familia real!

Charreteras y bandas

Ya he dicho que hacía generales y coroneles a mis mozos o a los extraños que me lo pedían; pero no sólo a los que me lo pedían, sino a los que yo quería pagar algún servicio, les respondía con la banda del coronelato, o con las charreteras de generales.

Alguien le regaló a no sé quién de mi familia unas marranas y unos quesos; por respuesta lo hice coronel. Se apellidaba el tal individuo ... ¿para qué lo perjudico? No diré su nombre.

El general Blanquet también era pródigo en los ascensos, aunque, sin duda alguna, lo era en menor escala que yo.

En un banquete un día de su santo, hizo no sé cuántos generales. Yo correspondía a los ascensos que me indicaba para mis amigos, con acuerdos para que ascendieran los suyos. Tan empeñados nos mostrábamos en tal empresa, que bien pronto pasó de seis mil el número de generales.

El puente de la Tlaxpana

Se llegó a llamar al puente de la Tlaxpana, *el puente de la muerte*.

Era frecuente que los automóviles que seguían al mío, tal vez el mío, atropellaran a desventurados obreros, a humildes mujeres del pueblo, a niños y ancianos. Para llegar a mi casa, tenía que pasar por allí y los coches de la Secretaría de Guerra, igualmente tenían que hacer el mismo recorrido. La impunidad de que gozaban los choferes, que fueron camaradas de los generales en mi Gobierno, amigos de los altos funcionarios, partícipes de sus alegrías y de sus derrotas, les permitía caminar a toda velocidad por aquel lugar, que es el tránsito de mucha gente humilde. Las víctimas caían y nadie podía protestar. El muerto, el herido, era recogido por la policía, llevado al hospital y atendido, sin que se anotara la causa del accidente.

En ese lugar fue donde vi aquellas miradas de odio feroz a que me he referido.

Mi compadre Urrutia

Otra de las personas que más favores me prestó y que, sin embargo vive, es el doctor Urrutia. Le debo la vista y le debo algunos favores que no se los pagaré yo, porque ya no tendré oportunidad de hacerlo. Este hombre, que es un volcán de pasiones, quiso ayudarme, como quisieron Cepeda y tantos de mis amigos.

Su primer fracaso, se debió a la falta de cumplimiento de la orden que le di de que ejecutara a los licenciados Manuel Calero y Jesús Flores Magón.

Yo tenía aversión por estos dos hombres, por dos causas distintas. El primero me había pedido a Angeles (puede reclamar el señor Calero el servicio al señor general gUe hoy sigue los pasos de los señores Madero, pues si no ha sido por él, lo fusilo). No obstante se comprobó qqe este señor y su socio o amigo, para seguir la moda del zapatismo, estaban complicados con Emiliano Zapata. Ordené a mi compadre que los ejecutaran. El no pudo obedecer mis órdenes, porque el Jefe de la Policía, don Joaquín Pita, avisó oportunamente a Calero. ¡Con un grupo de amigos y de hombres muy respetables, la mañana en que debía haber amanecido muerto el señor Calero, se me presentó!

El golpe estaba evitado. Con inteligencia, pues el señor Calero es muy inteligente, se había salvado. Accedí a la invitación que me hizo de un gran banquete de amigos y cuando el doctor Urrutia me reclamaba que yo fuera amigo de aquellas dos personas a las que había ordenado ejecutar, le contesté:

¡Quién le manda! Usted tiene la culpa por no saber hacer las cosas.

El doctor Urrutia pactó ideológicamente, una alianza entre el Clero y mi gobierno. Las Cartas Episcopales o eso que hacen los curas, circularon profusamente y el Partido que creyó poder enfrentarse con el mío en las elecciones, fue encadenado por este medio a mi Gobierno. En lo de adelante el clero estaba comprometido en mi aventura. Tenía que esforzarse, pues su vida estaba ligada a mi vida.

Olvidé los beneficios que me hizo el doctor Urrutia y ordené que se le fusilara, pues se había atrevido a decir en mi contra, palabras que indicaban que se rebelaría. Blanquet recibió la orden de ejecución. Al día siguiente se me presentó el señor Ministro de la Guerra diciéndome que había cumplido mis órdenes. Lamenté que mi compadre hubiera sido fusilado. Entonces el señor ministro, que había sido enemigo político del doctor Urrutia, me confesó que no había ordenado tal ejecución, seguro de que yo cambiaría de opinión. Lo felicité y consideré que Blanquet era un hombre incapaz de gobernar.

Más tarde he sabido que el doctor Urrutia esperaba en su casa a los agentes de la policía que debían acabar con él, con un puñado de hombres armados y dispuestos a defender la vida del ex ministro. Esto quiere decir que mi compadre me ganó, que es cuanto se puede decir.

Proposiciones desechadas

Algunos amigos míos me propusieron transar, a fin de que saliera con bien de aquello que ellos consideraban como una ratonera, y yo con más puertas que una decoración de teatro.

¡Se me propuso dejar el poder en manos de don Manuel Calero y hasta de Fernando González!

Yo jugué con todos los ambiciosos que querían escalar la Presidencia, pero creo que con ninguno fui más cruel que con Federico Gamboa. Lo hice creer que le entregaría el Poder y al mismo tiempo ordené una campaña en su contra.

En alguna ocasión también hice creer a mi compadre el doctor Urrutia, que le dejaría el Poder en tanto que yo marchaba a la campaña.

A Blanquet se lo propuse, pero Blanquet se había asustado y no quería ser Presidente de la República. Yo creo que mi Ministro de la Guerra es el único hombre que no quiere ser Presidente, entre todos los mexicanos.

Mi reyismo

Recuerdo que en una ocasión estuve a punto de rebelarme contra el Gobierno del general Díaz. Fue por el año de 1901, cuando el señor general Reyes, mi jefe, estaba al frente de la Secretaría de Guerra y Marina.

Se recordará que en aquella época el general Reyes trató de militarizar a México, porque el ideal de mi jefe (que debo de decir que fue uno de los pocos hombres que sintieron el patriotismo muy hondo), fue enfrentarse a los Estados Unidos. El general Reyes en aquella ocasión se disponía a salir de su casa cuando me le presenté y le hablé claro.

- *¡Mi general -le dije cuadrándome militarmente y procurando darle a mi voz la entonación de sinceridad más profunda-, si usted lo dispone, mañana, en la ceremonia cívica del 5 de Mayo caigo sobre el señor Presidente y con mis soldados lo elevo a usted a la Presidencia!*

El general Reyes se volvió a mí cariñosamente y metiendo su mano bajo mi brazo, se echó a andar por la estancia, silencioso, midiéndola a grandes pasos, arrastrándome en aquellos paseos en que tantas veces lo acompañé.

- *¿Quiere usted?* -insistí.

- *No, Huerta; cálmese.*

Y sonrió pensando no sé qué.

En otra ocasión, hallándose el general Reyes en una hacienda del Estado de México, preparando algunos trabajos para presentarse candidato a la Presidencia de la República, enfrentando su candidatura a la de Madero, resolví ir a hablar con él, y para esto juzgué oportuno adoptar un disfraz.

Para disfrazarme había ido primero a la casa de mi amigo el señor licenciado Herrera, a quien pedí una gorra y un saco viejo. Me los dió, llamó un taxímetro y salí de la casa completamente transformado.

Llegué a la hacienda y por una vez más me ofrecí al general Reyes para sublevarme contra el Gobierno. No desechó de plano mi proposición. Me dijo que esperara, me prometió llamarme en su oportunidad.

La delación que hizo mi amigo Herrera de tal viaje, originó su muerte, cuando fungía de Jefe

Político de San Pedro de las Colonias, puesto en el que lo coloqué yo.

Yo había ordenado a Joaquín Maass, mi sobrino, que lo ejecutara; pero no se cumplieron mis órdenes hasta que Herrera juntó cuarenta mil pesos que guardó en el forro de su chaleco. Tal vez sin estos cuarenta mil pesos, se hubiera salvado.

Pero no siempre el dinero acarrea la felicidad ...

La disolución de las Cámaras

En la Cámara de Diputados había un grupo que conspiraba contra el Gobierno y otro en la Cámara de Senadores. Con mayores odios contra Félix Díaz y seguros de poder dividir la opinión, los maderistas rechazaron la convocatoria a elecciones que yo envié a la Cámara para cumplir con una de las cláusulas del **Pacto de la Ciudadela**. Pero cuando obtuvieron este éxito los maderistas, éxito que era mío más que de ellos, siguieron laborando contra el Gobierno.

Se pensó entonces en disolver el Congreso que me había electo Presidente y cuya legalidad era indiscutible.

Todos los señores ministros opinaron por el golpe militar, contra aquellos dos grupos de civiles que conspiraban sin sentir la menor inquietud, en el seno de la representación nacional, amparados por el fuero y envalentonados por los fusilamientos de algunos de sus compañeros.

Lozano me había propuesto la compra de la mayoría; había iniciado algunas gestiones, pero con poco resultado, pues las reuniones de los diputados hacían que éstos conversaran con más frecuencia de sus planes revolucionarios y se sintieran cada vez más fuertes.

Se discutió la forma. Creo que Lozano opinaba porque se pusiera en libertad a los diputados después de cerrar las Cámaras.

El licenciado Enrique Gorostieta se negó rotundamente a adherirse a aquella acción que a los ministros sus compañeros les parecía salvadora.

Se encarceló a los diputados, después de clausurar la Cámara en una forma violenta, con fuerzas militares y policía.

Las consecuencias de la disolución de las Cámaras fueron ineficaces para el reconocimiento de mi Gobierno. Gritos de protesta lanzó la Revolución. La prensa americana me atacó con más rudeza que nunca. El elemento civil vió el acto como un sacrilegio.

Fue una jugada que no acredita a mis ministros como políticos.

Mi enemigo Mr. Wilson

La sospecha de que yo había sido el causante de la muerte de don Francisco I. Madero y las ideas propias de Mr. Wilson, Presidente de los Estados Unidos, me crearon el más grande de los obstáculos para poder triunfar en mi Gobierno. Me habían reconocido ya todas las potencias europeas y sólo la americana y las naciones aliadas a ella me negaban su reconocimiento. Esto hacía vacilar a los banqueros que ofrecían dinero a mi Gobierno y me ponía en condiciones muy difíciles para solucionar los problemas de aprovisionamiento de mis fuerzas.

O Mr. Wilson quería a mi país, para ejercer sobre él un protectorado y con ello extender el imperio de los Estados Unidos por toda la América, o era que buscaba un ideal democrático en un pueblo extraño para él y donde sólo por la falaz diplomacia del dólar podía dominar.

Se me pusieron todos los obstáculos y al fin se consumó la ocupación de Veracruz, en una forma contraria a todas las leyes de la guerra, violando la soberanía de un pueblo y asesinando inocentes con cañones que disparaban a salvo de ser tocados.

Y todo para arrojarme del Poder, para satisfacer a Mr. Wilson y para darles el triunfo a sus amigos los revolucionarios que habían asolado todas las regiones que cayeron en sus manos.

Yo, el hombre de América

Señores, los pueblos son como las mujeres: poco les importa lo oculto; lo que les llama la atención es lo objetivo; lo que ven o lo que piensan que ven. Y lo que vieron en esta ocasión era que yo, el Presidente de la pequeña República de México, arrojaba el guante al coloso de América, al país odiado por todos los latinoamericanos.

De un confín a otro del mundo, se supo la noticia. Todos los periódicos la comentaron, los pensadores y los gobernantes de Europa y de América fijaron su atención en la lucha que se iba desarrollando entre un indio que dominaba a un pueblo pequeño y bravo, y el Gobierno de los Estados Unidos.

Hasta los países que me habían considerado como un usurpador, vieron en mi persona al hombre representativo de la América española, al indio que alzaba la honda de David contra el enemigo común: la Unión Norteamericana.

En la lucha, estaba destinado a perecer: así lo comprendían todos; se esperaba el momento de mi caída definitiva; pero apasionaba al corazón de los pueblos ...

¡Y fue entonces cuando yo, el acusado de todos los crímenes y de todas las perfidias, me convertí en el hombre de la América española!

Ya son conocidos los hechos: esperaba un cargamento de armas que me traía el **Ipiranga**, cuando la diplomacia americana inventó un ultraje a su bandera y reclamó una reparación deprimente para los mexicanos. El objeto era dejarme inerte ante el enemigo, según se ha explicado más tarde en documentos oficiales y por labios de los magnates de los Estados Unidos.

El entusiasmo del Pueblo

Señores, yo sé que soy incompetente para describir el entusiasmo de mi pueblo para ir a la guerra. Jamás podré dar una ligera pintura de aquel momento y nadie sabrá describir el entusiasmo de la gran ciudad el día en que se tuvo la noticia del desembarco de los marinos en el Puerto de Veracruz. México se estremeció aquel día como un joven león herido ...

Copio fragmentos de una crónica que describe las más culminantes escenas que se registraron con motivo de la intervención.

Las muchedumbres crecían ... En la Plaza de la Constitución convergían las oleadas humanas que acudían de todos los

barrios de la ciudad, anhelantes de mostrar su regocijo, ebrias de entusiasmo patriótico.

Obreros, niños, mujeres, graves funcionarios, empleados, profesores, burgueses, todos los habitantes de la ciudad, marchaban en son de triunfo, radiantes los rostros, agitando las manos en el aire, haciendo sonoras las calles con sus vítores a la Patria, a los Héroes, al general Huerta.

De los balcones y ventanas caían lluvias de flores sobre los manifestantes y respondían desde allí, a los gritos de júbilo de las gentes entusiasmadas.

Pronto las manifestaciones fueron ordenándose. ¡Los niños formaban de cuatro en cuatro; iban los obreros en filas apretadas; a su paso se pensaba que iban a ofrendar sus vidas en un último holocausto!

Las madres llegaban a la Secretaría de Guerra a ofrendar a sus hijos, a sus esposos, para que marcharan a la lucha contra el invasor.

A las cinco de la tarde, se alzó como ofrenda de amor, el Himno de la Patria. ¡Lo cantaban más de cincuenta mil voces y parecía que iba a hendir el cielo, hasta llegar a Dios, como un grito de protesta!

¡Y cuando cesaban los gritos, cuando se rompía la uniformidad de los coros que cantaban el canto de la Patria, miles de voces prorrumpían en vítores a Hidalgo, a Morelos, al general Huerta!

Frente a la Secretaría de Guerra, pasaron millares de manifestantes a inscribirse para ir a la lucha inmediatamente. Se dió el caso de que niños de diez años de edad y algunos menores aun, se presentaran a inscribirse.

En las oficinas telegráficas, se recibían noticias de toda la República, ofreciendo contingentes de hombres, de dinero y de elementos de boca.

A la guerra

Muchos generales revolucionarios, al llamado que les hice para que se unieran al Gobierno a emprender la guerra internacional, me respondieron patrióticamente.

Creí en la guerra internacional. Creí en una campaña que el señor general Rubio Navarrete había planeado con todo el entusiasmo de su juventud; en una guerra de sacrificio que enalteciera el nombre de México ...

Fuí, en aquellos dos días, un hombre que no he vuelto a ser; sentía que el corazón de México, que la sangre de mi raza, que las leyendas de mi pueblo, palpitaban con mi corazón, corrían por mis venas, llenaban mi cerebro.

Y me sentí fuerte, con la fortaleza de los héroes y de los apóstoles; me sentí más grande que todos mis contemporáneos, más que Porfirio Díaz, que no supo nunca hacer vibrar el gran corazón de la República que sólo alienta en las crisis que preceden a las catástrofes.

Y como dijera Un día a mi discípulo Félix, cuando descendió de su caballo de batalla para ir a abrazarme al Palacio Nacional, dije a todos mis generales y amigos: *Dios nos saque con bien de esta obra patriótica.*

La Cámara había recibido con aplausos la noticia de la guerra y me dejaba toda la acción en aquellos momentos, al mismo tiempo que me ratificó su confianza con un voto de adhesión al Poder Ejecutivo.

Ordené al general Rubio Navarrete, que ya en otra ocasión me había expresado en un telegrama entusiasta su súplica por ser el primero que se batiera con el invasor, que hiciera un reconocimiento de las fuerzas que habían desembarcado y me diera ideas para un plan de campaña a fin de detener la marcha de los invasores.

La labor revolucionaria

La idea de la lucha contra los americanos se expresaban en esos días con esta observación: si los revolucionarios se unen, está salvado México.

Era verdad. Los revolucionarios llegaban a cuarenta mil hombres y el Ejército pasaba con mucho aquella cifra. Así es que con cien mil hombres, aguerridos por una larga campaña y con cien mil voluntarios que se hubieran organizado rápidamente, la lucha era favorable para México. No había un cartucho, pero Dios estaría con nosotros.

Villa expresó sus ideas diciendo que no consideraba como un ultraje a la Patria, el desembarco de los marinos americanos. Carranza protestó por el desembarco, pero sus políticos enviaron telegramas a los revolucionarios diciéndoles que no era cierta la ocupación de Veracruz y que todo era un plan ideado por mí para salvarme.

De pronto, al tercer día de las manifestaciones, el pueblo se abstuvo de salir a la calle. La multitud se mostraba huraña. Los mensajes de los jefes federales que estaban batiéndose con los revolucionarios, expresaban el desconsuelo más profundo: los rebeldes no querían aliarse al Gobierno, querían continuar en la lucha.

Unas hojas impresas circulaban profusamente, a pesar de los esfuerzos de la policía para impedirlo. En ellas se decía que era falso que las tropas americanas hubieran desembarcado y que todo se reducía a un ardid mío.

La opinión pública, era ya adversa a la guerra.

En el fondo, no había sino el hervidero de las pasiones políticas, de las ideas de partido que en aquel momento llegaron a ser más ardientes que la afrenta del desembarco de los marinos americanos, que el derramamiento de sangre de niños héroes, y el ultraje a la bandera nacional arriada para que ondeara en suelo mexicano la de las barras y las estrellas ...

El ultraje al suelo mexicano

El desembarco de americanos en Veracruz, se efectuó en la siguiente forma:

Diez minutos antes de las once de la mañana, el Secretario del Consulado Americano, llamó al teléfono al Comandante Militar de Veracruz y le comunicó que el contraalmirante Fletcher tenía instrucciones de su Gobierno para desembarcar en el puerto y hacerse cargo de la plaza; que a la vez le indicaba que para evitar todo inútil derramamiento de sangre, no opusiera resistencia alguna, pues sólo trataba de apoderarse de la Aduana y que también le prevenía que no tomara ninguna disposición relativa al material rodante y máquinas que se encontraban en los patios de la Estación Terminal.

El Comandante Militar se limitó a contestar que eso no lo consentiría y que rechazaría cualquier

intento de desembarco hecho por los marinos americanos, así como que respecto a los trenes y todo lo referente a la plaza, tomaría las disposiciones que juzgara (el, Comandante Militar) más convenientes.

Se acababa de separar del teléfono, cuando el vice-cónsul de España, don Enrique Doller, acompañado del cónsul de Guatemala, así como de otras muchas personas, le participaron que los marinos americanos se dirigían en lanchas sobre los muelles y ya habían empezado a desembarcar. De manera que fue simultáneo el aviso telefónico del desembarco, con la ejecución de éste.

La lucha

Inmediatamente se ordenó que las fuerzas del 18° y del 19° Regimientos de Infantería (que no contaban ni con la mitad de sus efectivos) y que estaban dotados a lo sumo de ciento veinte cartuchos por plaza, se pusieran sobre las armas así como la batería fija. Ni un barco de la flotilla del Golfo, se encontraba en la bahía.

El Comandante Militar envió las fuerzas citadas a rechazar el desembarco a los muelles. Al desembarcar estas fuerzas en la explanada situada frente al edificio de Correos y Telégrafos, fueron recibidas con una descarga de los marinos americanos que ya estaban posesionados de los dos edificios. Las tropas mexicanas, que iban comandadas por el teniente coronel Albino Cerrillo, se posesionaron de los edificios inmediatos y desde allí se batieron con denuedo, dando tiempo a que el teniente coronel Zayas y el mayor ingeniero Joaquín Pacheco, sacaran todo el material rodante y más de 26 máquinas que se hallaban en los patios de la Estación Terminal, quedando abandonadas solamente dos, una descompuesta y una apagada.

Poco ante de las dos y media de la tarde, la Secretaría de Guerra ordenó al Comandante Militar que evacuara la plaza, retirándose con todos sus elementos. La orden le cumplió hasta las cinco de la tarde, por las dificultades del embarque de la artillería. A tal hora el Comandante Militar abandonó la plaza.

La orden de evacuación se comunicó a la Estación Naval (que no llegó a recibirla), a la artillería, al servicio sanitario y a la fuerza que guarnecía Ulúa, quedando el teniente coronel Cerrillo sosteniendo la retirada. Cerrillo logró retirarse a su vez a la una de la madrugada del día siguiente.

Durante el combate se distinguieron: la Escuela Naval, cuyos alumnos bajo las inmediatas órdenes de su director, rechazaron con éxito el primer intento de desembarco que hicieron los invasores por el muelle que se halla frente a la Estación y por cuya causa los norteamericanos se vieron obligados a sostener su nuevo intento de desembarco con la artillería del **Chester**, que bombardeó el edificio de la Escuela, donde los alumnos resistieron con denuedo, permaneciendo allí hasta las siete de la noche, hora en que emprendieron su retirada.

El heroico Veracruz

Por eso yo, señores, preferí siempre tratar con soldados y no con locos. Los locos me habían de ser fatales algún día: Madero, Cepeda, Belisario Domínguez, Wilson y Angeles.

El general Rubio llegó a darme cuenta de su misión: había interrogado a la gente del puerto, había expuesto su vida yendo, personalmente, a servir de espía.

Los hechos de Veracruz dejaban al pueblo jarocho en su lugar; los humildes se habían batido como nos sabemos batir los indios, y algunos soldados dispersos habían hecho el glorioso sacrificio de su vida. La campaña podía hacerse deteniendo a los americanos si intentaban avanzar hacia la capital de la República. El entusiasmo del pueblo de Veracruz encontraba un pregonero digno de él: el señor Rubio Navarrete que al tratarse de explicar la fe de los veracruzanos en el triunfo, me decía:

Sólo con el pueblo de Veracruz podemos contener a los invasores; en el pueblo más humilde hay un puñado de hombres que se ofrecen generosamente para ir a la guerra; al pasar el tren militar rumbo a Veracruz, vitoreaban a la Patria, todos, todos los hombres; parecía que hablaban las montañas!

¡Yo estaba desalentado: me preocupaba ya sólo esta idea: irme con dinero!

En un esfuerzo admirable habían logrado mis amigos desembarcar parte del cargamento de armas que estaba detenido en el **Ipiranga**. Pero no eran suficientes aquellas armas y tampoco había hombres que fueran a combatir, ni yo quería ya combatir. Sólo una idea me preocupaba: irme con dinero.

Había hecho algunas buenas operaciones por conducto de Moheno, asuntos de petróleo y por otros conductos había logrado hacer, igualmente, algunos negocios. Todo no llegaba a un millón de dólares, y yo quería algo más, aunque ya fuera tarde.

Entonces esperé el momento oportuno ... de mi huida.

Di a Rubio Navarrete facultades para organizar la campaña contra la invasión, mando que era su ideal. A Blanquet le ordené que hiciera la reconcentración de fuerzas en la capital; a Paredes, a mi buen amigo Paredes, le urgí dinero ...

Y aquellos días no perdí el buen humor. Seguí visitando Chapultepec, *Colón*, *El Globo* ...

MEMORIAS DE VICTORIANO HUERTA

Autor anónimo

CAPÍTULO QUINTO

Sumario

Mr. Wilson triunfa.- El saque de la Tesorería.- Para los toros del Jaral ... - Rubio contra Mondragón.- Contraste.- Los volcadores.- Mi guardia.- ¿Volveré? - Los aristócratas huertistas.- Un resumen ministerial.- Maldades de tequila.- La leva.- Cómo saqué dinero.- ¡Dios nos bendiga!

Mr. Wilson triunfa

Las naciones americanas que forman la llamada **Alianza del A. B. C.** (Argentina, Brasil y Chile), intervinieron amistosamente para solucionar el conflicto mexicano-americano.

La fórmula de un armisticio se celebró desde luego y México envió a tres de sus hombres más serios, los señores Emilio Rabasa, Luis Elguero y Agustín Rodríguez, como representantes a *Niágara Falls*, lugar que se escogió por ser zona neutral.

¿Qué iban a discutir los delegados? Se sabía que el pretexto del desembarco de marinos en Veracruz lo habían tomado los Estados Unidos, queriendo vengar ofensas que no había recibido la bandera americana por la captura; que hizo el jefe mexicano Hinojoso de unos marinos en el Puerto de Tampico.

Este sería, pues, el tema; pero en el fondo no había más que un solo punto a discusión: mi separación del Poder.

Para separarme del Gobierno se había movilizadado casi todo el Ejército americano sobre la frontera norte de México, se habían enviado sesenta unidades de la marina americana a nuestras costas,

habían sacrificado más de seiscientos soldados americanos en el desembarco de Veracruz y se había bombardeado una escuela de niños ...

¡El señor Wilson triunfaba!

El saqueo de la Tesorería

La mañana del día que debía abandonar la Presidencia y mi Patria, la empleé en distribuir el dinero que quedaba en la Tesorería y en todas las dependencias del Gobierno.

A algunos de mis ministros; a mis familiares; a varios diputados; a mis criados; a los que me habían servido de verdugos o de terceros, les di dinero. Las órdenes eran giradas con el carácter de *muy urgentes* a Paredes, que se afanaba por hacer aquel reparto, sin duda para aumentar el número de los complicados en el fraude oficial.

Señalé sueldos fabulosos y comisiones imposibles a algunos de mis oficiales. ¡A Aguila, mi cuñado, a quien había hecho general, lo comisionaba en París para que estudiara los progresos de la caballería austríaca!

¡A Carlos Aguila que sólo era un borrachín, pero que me había servido de muchas cosas!

Di obsequios de cien mil, cincuenta mil y treinta mil pesos, se entiende que tomados de la Tesorería.

¡Era el último reparto y había que ser pródigo!

Mi renuncia yo la hice personalmente. En ella aparecía como realmente era: una víctima de Mr. Wilson. y hasta decía que con mi dimisión exhibía ante el mundo el atropello consumado por el Presidente de la Unión Americana contra mi persona.

Deliberadamente había dejado sin comisiones en el extranjero a algunos de los jefes y amigos que no me querían, pero que por haber servido con lealtad, estaban expuestos a las iras de la Revolución.

Para los toros del Jaral ...

Durante mi viaje, más de cinco mil hombres me cuidaban la vía. Yo no había de sufrir un asalto al tren, como el general Díaz, pues tenía tomadas las precauciones que me señalaba mi experiencia.

Sin embargo, sé que alguien pensó en cortar un puente para que el tren cayera al fondo de un precipicio y así obtener una ganancia fabulosa. Blanquet había celebrado un acuerdo con gentes de Nueva York para fusilarme. Yo había sabido los arreglos que tuvo mi ministro, pero siempre lo consideré incapaz de realizar tamaña acción.

El día de la fuga, habían entrado y salido de la Secretaría de Guerra muchos de sus amigos con pequeñas bolsas llenas de monedas de oro para el viaje del ministro. Había hecho todos sus preparativos: la calle de la Moneda estaba manchada por las cenizas de los papeles que habían sido del archivo de Blanquet.

Y sin embargo ... yo desconfiaba de que a medio camino se arrepintiera y que con la gente del 29° y *Supremos poderes*, dos cuerpos que le eran a él más adictos que a mí, intentara regresar a México, después de aprehenderme.

En Tierra Blanca, una estación donde decidí pasar la noche, el pensamiento de que Blanquet me asesinara, me obsesionó.

En la noche, cuando en mi carro dormitorio ya no velaba nadie, salí oculto en mi capa y fui a sentarme al pie de un árbol, desde el que podía notar todo lo que ocurriera en derredor del tren.

Y pensaba ... Si Blanquet decidiera aprehenderme hoy en la noche, se acercará con los soldados a! tren; yo veré la maniobra y podré salvarme ...

Pero, señores, ocurrió algo que no había pasado por mi mente. ¡Cuando ya estaba durmiéndome en mi observatorio, apareció a mi lado el general Blanquet!

También él había creído que yo lo asesinaría aquella noche.

Rubio contra Mondragón

Cuando me di cuenta de que Rubio Navarrete era hostil a los sublevados de la Ciudadela, comprendí que podía utilizarlo muy bien en el Departamento de Artillería, lugar que llenaba las aspiraciones del más ambicioso, menos de Rubio.

Este joven jefe inició una campaña contra *los Ciudadelos*, como él los llamaba. No podía comprender que el Ejército se hubiera sublevado; consideraba con toda la pasión que lo dominaba que el cuartelazo sólo abriría una etapa de disolución del progreso en que suponía encauzada a la República; en su oficina, que estaba situada debajo de la del general Mondragón, reclamaba a gritos y ante sus subordinados, el castigo de los sublevados.

Como le pidiera la Secretaría de Guerra que rindiera un dictamen sobre la posibilidad de bombardear la Ciudadela, respondió que tal cosa era imposible, a menos de que se expusiera a la ciudad a grandes daños; por esto se le consideró mi cómplice, pero nadie sabía que me propuso más de diez ocasiones asaltar la Ciudadela con una pequeña columna, y tomarla en media hora, cosa factible.

Así es que no sólo su amor al Ejército sino su amor propio, los sentía heridos con el triunfo de los sublevados. Y esto lo demostraba atacando en público a Félix Díaz y a Mondragón.

Contraste

Tenía yo controlado a Mondragón, con Rubio en el Departamento de Artillería. De subjefe, estaba un hombre inteligente propuesto por Rubio contra la voluntad de Mondragón: el coronel Salvador Herrera y Cairo.

Hubo una división muy curiosa entre el ministro y el jefe del departamento: Rubio prohibía a los contratistas que le trataran asuntos de dinero. Desdeñaba éste como si fuera a causarle la muerte. Hasta un cartelón que indicaba que los comerciantes no debían entrar a su departamento a hacer proposiciones, fue fijado en la antesala de la oficina, por orden del jefe de la misma.

Y arriba, en la oficina del ministro, sólo se hablaba de política y de millones.

Los volcadores

Muchos periodistas me han preguntado mi opinión sobre los personajes de la revuelta de mi tierra. Ya se las he dado como amigos, no para que las publiquen, pues no tiene objeto que digan mis pensamientos, hoy que ya no soy el responsable de lo que ocurre en México.

Carranza es un senador de Don Porfirio, es decir, es un porfirista de los más identificados con el régimen porfiriano. Su sistema de Gobierno sería el de Don Porfirio: una dictadura deprimente para todos los mexicanos. Pero no se asusten ustedes, señores: Carranza no hará nunca un Gobierno.

Villa es un bandido inteligente, muy volador. Tiene cualidades como hombre de acción. Se mueve mucho pero siempre se está acordando en sus acciones de que es un bandido. No tiene idea de lo que es un Gobierno y los políticos que lo rodean son los más desprestigiados, todos del grupo que manejan los señores Madero. Es muy volador. En esto se parece a mí. Nada más en esto.

Mi guardia

La guarnición del Distrito Federal, nunca fue menor de cinco mil hombres, durante mi Gobierno. Y era de la tropa más escogida, de oficiales leales y de militares incapaces de una sublevación, por lo menos en la forma en que se había combinado el golpe al maderismo.

Esta guarnición nunca salió a campaña. Con movilizarla y ponerme al frente de ella, hubiera aniquilado a cualquier grupo de revolucionarios, pero yo no quise emprender la campaña, porque siempre vi tal cosa como un peligro. Sin ser muy inteligente, cualquiera podía comprender que en el caso de que saliera de la ciudad de México, no volvería a la Presidencia de la República.

La guarnición era, pues, mi guardia personal.

Los militares que iban a las campañas, se quejaron mucho de que algunos oficiales permanecieran siempre en México, recibiendo el favor presidencial; que estos oficiales recibían más honores y más ascensos, preocupaba mucho a los que andaban en las campañas.

La verdad, el asunto no tenía importancia. Los que estaban más cerca de mí, tenían que recibir más beneficios, salvo Joaquín, quien desde lejos tenía todo lo que quería.

¿Volveré?

También aquí, en Barcelona, hay un *Café Colón* ... Me persigue este nombre. Aquí, en este *Café Colón* donde no hay parrandas, ni generáles, ni muchas otras cosas, yo me aburro.

Ya sabe el mozo que tomo coñac, pero hasta el sabor es diferente del que tomaba en México. Ya no me vienen a buscar los señores generales, ni los señores ministros, ya no puedo ir de aquí a mi casita de la Colonia de San Rafael, a jugar *siete y medio*.

Y, sin embargo, yo podría volver. ¿No estaba en peores condiciones cuando paseaba con mi amigo Mitre, con mi amigo Batalla y con el hoy ministro Zubarán?

Y sin embargo ...

Los aristócratas huertistas

Los señores de la aristocracia de México o cuando menos de las clases adineradas, pues alguien me ha dicho que en mi país no hay aristocracia, toda vez que los orígenes de las familias son muy recientes y casi todos humildes, se me arrimaron cuando les vino la desilusión de mi discípulo Félix.

Me ofrecieron un banquete en el *Jockey Club* y quedaron convencidos en él de que yo podría ayudarles en sus negocios mejor tal vez que el señor Madero, aunque en realidad aquel señor no les estorbó nunca en sus empresas.

A mi Estado Mayor hice entrar a varios que antes de un año tendrían que encontrar en el destierro alivio para su pena de perderme ...

Y a mi Cámara llevé a los más caracterizados señores de la aristocracia, a los más ¿cómo diré? a los más aristócratas, pues no se me ocurre otra palabra. Y sé que en la huida de los elementos huertistas para el extranjero, algunos lloraron en Veracruz y hasta hubo quien se inyectara ¡cacodilato para no morir de pena al saber que le habían robado su automóvil ...

Un resumen ministerial

Voy a recordar a mis ministros. Por algunos guardo tanto afecto que si yo volviera a México les devolvería sus carteras.

Fueron mis secretarios de Relaciones Exteriores: don Federico Gamboa, don Querido Moheno, don Manuel Garza Aldape y don José López Portillo y Rojas.

De Guerra: don Manuel Mondragón y don Aurelio Blanquet.

De Instrucción Pública: don Jorge Vera Estañol, don José María Lozano y don Nemesio García Naranjo.

De Fomento: don Alberto Robles Gil, don Leopoldo Rebollar, don Eduardo Tamariz y don Querido Moheno.

De Gobernación: don Alberto García Granados, don Aureliano Urrutia, don Manuel Garza Aldape e Ignacio Alcocer.

De Comunicaciones: don David de la Fuente y don José María Lozano.

De Justicia: don Rodolfo Reyes y don Enrique Gorostieta.

De Hacienda: don Toribio Esquivel Obregón, don Enrique Gorostieta y don A. de la Lama.

Fueron encargados del Despacho de Comunicaciones: mi compadre el ingeniero Alvaradejo, y de Gobernación: don José María Luján.

Llamo ministros de Fomento a los que fueron de Industria y Comercio.

De estos, quien mató más, fue mi general Blanquet y ... yo no creo que haya ladrones más grandes, que De la Lama y Alvaradejo.

Maldades del tequila

Los hombres que estaban cerca de mí sufrían con más frecuencia mis engaños. Me los *tanteaba*

sin motivo, sin objeto, sin voluntad de hacerlo en muchas ocasiones.

Los señores que formaban el famoso *cuadrilátero de la Cámara de Diputados*, fueron los primeros en recibir las imaginarias carteras ministeriales que, la verdad, no tenía pensado ofrecerles en serio, nunca.

Recuerdo que con aquellos señores me iba a visitar con mucha frecuencia mi amigo el señor licenciado Francisco Escudero. El señor licenciado era mi paisano y no hizo mal en arrimarse a mí, pues yo lo estimaba ... porque era mi paisano. Que bebe mucho o que por aquella época bebía mucho, es asunto en el que yo no quisiera meterme. Los hombres no desmerecen ante mí por ese defecto.

Y bien, al señor Escudero le ofrecí una Cartera. Me creyó cuando los señores del *Cuadrilátero* ya no me creían. Aceptó conmovido el obsequio. Y como pocos días después ocupaba el ministerio ofrecido otro señor, el licenciado Escudero cometió la imprudencia de tomar mucho coñac o tequila, no recuerdo qué fue lo que tomó; pero el caso es que se fue a la Cámara, pronunciando un discurso en el que habló de recoger la bandera ensangrentada de don Francisco I. Madero y de vengar aquéllo ...

Al día siguiente, ya en mejores condiciones mentales, le dijo alguien lo que había dicho en la Cámara. Y se fue con Carranza o con Villa o con los dos.

La verdad, yo hubiera sido capaz de darle, a pesar de su discurso y tal vez por su discurso, la Cartera ofrecida u otra cualquiera ... pero hay hombres que no saben esperar ...

La leva

El sistema de cubrir las bajas de las filas federales con presos sentenciados, no lo implanté yo, pero sí lo amplié permitiendo que aquellos hombres que sufrían algunos procesos pudieran salir de las cárceles y entrar a las filas del Ejército como forzados. Esto entró en mi programa de militarización, tan alabado durante mi tiempo por los señores periodistas y literatos que me rodeaban.

Yo hice alguna vez esta consideración a los señores jueces que se oponían a darme sus presos para la campaña: *Muchos soldados rasos han llegado a ser generales. Podía repetirse el caso con aquellos desventurados que salen de las manos de ustedes.*

No se resistieron mucho a mi disposición algunos funcionarios, pero hubo jueces que me dieron la razón en forma tan completa, que quedé convencido de que había resuelto un problema de economía para el Gobierno: vaciar las cárceles y aumentar las filas.

El sistema fue objeto de ataques por los que lo consideraron como inmoral. Yo no quiero defenderlo. Me decían que los presos, una vez en libertad, huían para volver a sus correrías. Esto era verdad; los rateros regresaban a poco de salir uniformados con destino a la campaña, pues había señores jefes que les daban su libertad mediante un reemplazo y unos cuantos pesos.

Ocurrió también que los que eran sacados de las cárceles, gustaran de la vida militar, y entonces las poblaciones en las que se encontraban de destacamento los libertados de las cárceles, sentían tal pavor, que muchas veces deseaban la entrada de los revolucionarios, y hasta en ocasiones se batieron desde el interior de las casas con los que los habían defendido por tanto tiempo de los ataques de los pronunciados.

Encontraban más facilidades para delinquir los criminales natos, armados de mausser y con sus uniformes de soldados, que antes vestidos de camisa y calzón blanco.

Pero también era verdad que aquellos delincuentes se batían y lo hacían bien a la hora del combate, que siempre era para ellos la esperanza de la siguiente, de la del saqueo de las plazas que iban a ocupar o de las que estaban defendiendo.

Mi sistema lo seguían los gobernadores de propia iniciativa y los jefes políticos y demás autoridades. Era una reforma de gran importancia desde otro punto de vista; pues, las autoridades, acostumbradas a tener a los delincuentes en la cárcel, sentían ahora la necesidad de defensa y se lanzaban a la lucha para no perecer a manos de los mismos soldados huertistas, antes calificados de asesinos o encerrados en jaulas de hierro.

Había cierta cobardía en un principio para cumplir esta orden; pero poco a poco se fueron familiarizando las autoridades en la forma de reclutamiento y lo que se empezó a llevar a cabo de noche, se hizo al fin en pleno día: las poblaciones, pudieron ver las cuerdas de presos conducidos a los cuarteles y horas después los contemplaron uniformados y armados con sus fusiles y sus uniformes nuevos ya convertidos sus componentes en defensores de la sociedad, capaces de dar su vida por el Supremo Gobierno.

Cómo saqué dinero

¿De dónde saqué dinero para sostenerme durante el tiempo que estuve en la Presidencia de la República? Ni yo mismo lo sé. Las dificultades que encontraba para obtener dinero eran innumerables. La falta del reconocimiento de mi Gobierno por el de los Estados Unidos, me obligaba a buscar dinero en México, donde no lo hay ni lo podrá haber en mucho tiempo. Se llegaron a plantear algunos empréstitos en el extranjero, pero todos fracasaron. Uno que tuvo más probabilidades de llevarse a buen término lo intentaron el general Mondragón y sus amigos.

Fue un escándalo la sola proposición de tal empréstito. ¿Qué hubiera sido si se lleva a cabo? Pregúntenle al señor Mondragón.

No faltaron consejeros que me orientaran hacia los Bancos de la República. No sé si el mismo Paredes fue quien me propuso que tomara de los Bancos el dinero que hubiera para atender a las necesidades de la campaña. Ordené que se consideraran como efectivos en Caja, los certificados expedidos por la Comisión de Cambios y Moneda y también las letras y obligaciones giradas por los generales y gobernadores de los Estados contra el Gobierno federal.

Con esto inicié el saqueo de las instituciones bancarias, un saqueo que sólo produjo cerca de ciento veinte millones de pesos.

Reduje el cincuenta por ciento de la garantía de los billetes de banco al treinta y tres por ciento y como no alcanzaba tanto dinero para todas las necesidades de mis amigos, parientes y generales, ordené la emisión de billetes que no tenían garantía alguna y en ocasiones los saqueos de los Bancos por la gente armada.

Las arcas de la Tesorería no eran suficientes para satisfacer las hambres de mis generales, hambrientos unos desde sus mocedades y otros desde que el general Díaz los tenía de *la jáquima*, como decimos los rancheros.

De la Secretaría de Guerra a la de Hacienda corría un río de oro y de acuerdos ...

No era un saqueo metódico, porque Paredes, que era quién lo presidía, no es metódico no obstante que trabajó muchos años bajo la sabia dirección del señor Limantour.

Paredes no sabía hacer las cosas. Tal vez dentro de este hombre ocurría una catástrofe motivada por el uniforme de general en que lo encerré y que él gustaba ponerse como si fuera a librar un combate contra los intereses nacionales.

¡Cosas que no comprendo!

¡Dios nos bendiga!

Me siento cansado, pero no con la laxitud del que quiere abandonar la lucha por falta de fuerzas. Sin arrepentirme quisiera haber muerto frente a las fuerzas que ocuparon Veracruz. Si yo hubiera ido entonces, con mis soldados, con mi pueblo, a sucumbir allí

Y digo esto sin creer en la gloria, como no creo en las virtudes de los hombres. ¡Pero, señores, la vida en el destierro, lejos de mi Patria, después de haber triunfado, de dominar a un pueblo!

Es preciso regresar a México. Yo que nunca fui impaciente, puedo esperar ahora el momento oportuno. No hice otra cosa en mi vida, y con este único sistema logré el triunfo que había ambicionado por tantos años. Esperar el momento oportuno, tener energía para resistir los embates de la adversidad, no impacientarse, sufrir estoico todos los golpes de la fortuna hasta que llegue el momento oportuno, he allí la única regla para triunfar.

Así, pues, yo volveré.

Dios bendiga a ustedes, señores, y a mí también.

Barcelona, España, año de 1915.